RAUL SALINAS DE GORTARI ALEJANDRA ZORRILLA MARTÍNEZ

Diálogos de un día





Diálogos de un día

Didiogos de un dia

Raul Salinas de Gortari Alejandra Zorrilla Martínez

Diálogos de un día



PRIMERA EDICIÓN, AGOSTO DE 2005

DERECHOS RESERVADOS

0

ISBN 968-13-4149-X

Diseño de portada: Salvador Martínez

Copyright © 2005 por Alejandra Zorrilla Martínez y Raul Salinas de Gortari.

Copyright © 2005 por Editorial Diana, S.A. de C.V. Arenal No. 24, Edificio Norte, Ex Hacienda Guadalupe Chimalistac, 01050, México, D.F. www.diana.com.mx

IMPRESO EN MÉXICO – PRINTED IN MEXICO

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización por escrito de la casa editora.

Es traición contra la divina justicia publicar delitos de reos y obligar con fraude y violencia y penas, a no descubrir los delitos propios de jueces, siendo que son más graves.

Es traición contra la divina justicia sepultar en vida a nadie, el impedir la natural comunicación con gentes y el recurso público.

Es traición contra la divina justicia fingir deposiciones y cautelas para enredar y prender, y recibir por testigos a los que el derecho excluye por inhábiles e incapaces.

GUILLÉN DE LAMPART Preso de la Inquisición 1642-1659 Es escaiçan contra de chievas paintes podrâme dictive de seu y châgar con francis posichmen y posice a condesembrie las deleves proposa de freces sienda que son mategranes.

lei pedestin contra de alpiños justicia sepultar en vola a sadio, el tespeale la castenel consecucionibe con puters y el casten printes.

In antespre costos la dessea juazzea jurge de partecesar y conseja jura amediar y poredes, y rectoir per ecupar a los que es dissolte escluye por publishin a mesquest.

Thems. I de secundo Médigaign I d'abrase? That Light

CONTENIDO

I.	Alejandra. Lo vi quedarse9
	Raul. En el suave aleteo
III.	Alejandra. El sentido del privilegio
IV.	Raul. Un tema complicado
V.	Alejandra. No podía faltar
VI.	Raul. De política no sé nada
	Alejandra. A las dos de la mañana 51
VIII.	Raul. Escribo para saberme vivo 57
IX.	Alejandra. No es problema menor 61
	Raul. Al amanecer me sorprendo 67
	Alejandra. Completamente callada
XII.	Raul. Me detengo en una jacaranda83
XIII.	Alejandra. Hacemos un todo 87
	Raul. Ya nada es igual
XV.	Alejandra. Mi encuentro conmigo 95
XVI.	Raul. Me duele
	Alejandra. Santiaguito no está en la guía 105
VIII.	Raul. La poderosa muerte
XIX.	Alejandra. Se queda conmigo115

XX.	Raul. Su nombre es importante
XXI.	Alejandra. Me conmueve
XXII.	Raul. Agotadas las palabras 129
XXIII.	Alejandra. Para salir de su celda 131
XXIV.	Raul. En busca de espejos
XXV.	Alejandra. Cosas que no sé
XXVI.	Raul. Sabiduría milenaria141
XXVII.	Alejandra. Amigo instantáneo
XXVIII.	Raul. Nada se queda para siempre

I. ALEJANDRA. LO VI QUEDARSE

 \mathcal{L} o vi quedarse. Me siento terriblemente cansada, exhausta, llena de ideas y pensamientos que necesito explorar.

Escribir es un privilegio. Es como leer, pero para adentro. Es transportarse a los mundos internos que surgen de la imaginación y se confunden con las experiencias que uno vive paseando por la mente.

Uno siempre está y no está. Vivimos entre la realidad y la percepción, entre lo que es y lo que creemos que es, entre lo que sentimos y lo que pensamos que se siente, entre lo que creemos que debemos vivir y lo que vivimos, entre miles de preguntas que quieren saber por qué estamos aquí o allá; para qué tenemos o dejamos de tener; cómo llegamos o cómo nos quedamos; dónde estuvimos y adónde vamos. Preguntas propias y heredadas. Deudas nuevas y antiguas, tan antiguas como la humanidad o más. ¿Cuáles son mías y cuáles nuestras? ¿Quiénes conformamos el nosotros? Estoy cansada de tanto sentir y de tanto pensar lo que siento.

Salir del penal no fue para mí ni un ápice más fácil que entrar. Esta vez me vi irme y lo vi quedarse. No fue mucho más fácil que verlos irse cuando me quedaba. Pareció el mismo sentimiento revuelto, lleno de incapacidad, de imposibilidad, de incompetencia y de impotencia. Nudo en la garganta, agua en los ojos, piernas automáticas que llevan a la calle o a la celda sin remedio, sin voluntad, siguiendo un camino trazado por otro que manda. Los candados tardan años en abrirse y nada en cerrarse de nuevo.

Cuatro custodios escribían sus reportes y comentaban algo que para mí no tenía pies ni cabeza. Inamovibles mientras esperábamos que abrieran el candado para abrir la reja que me llevaría a un pasillo, que daba a otra reja con otro candado donde firmaría una libreta y recibiría la instrucción de cruzar un patio para llegar a otro pasillo con otro candado y otra libreta. Tardaron siglos en abrir porque el momento era denso y frágil. Una especie de cristal biselado de marfil envolvía todo y a todos.

Pensé que los pasillos oscuros que me esperaban eran cortos y amistosos frente al corredor que quedaba atrás de mí y enfrente del amigo, quien lo recorrería de regreso para encontrarse con su encierro y su expediente. Se acercaba la hora de irme y comencé a sentir el peso del candado sobre la aldaba de hierro. No es que fuera mi candado, no estaba allí para detenerme a mí. Pero eso no tiene la menor importancia.

La hora de despedirse siempre es difícil cuando uno está a gusto en una tertulia, pero cuando hay un candado de por medio es de la patada. Pesa el doble, el triple, el cuádruple, un millón de veces su peso en plomo, en platino, en esa aleación, la más pesada del mundo, que no me acuerdo cómo se llama, pero sé que una cuchara de té pesa más de una tonelada cuando se fabrica con eso.

Pienso en todas las tertulias que terminan sin querer, aunque existan para siempre. En todos los candados que no nos dejan ir cuando debemos marcharnos. Siento la pena de aquel primer amor que se despide en aquella última cena. Han voceado la salida del camión o del vuelo. Uno debe irse a estudiar a otra ciudad, otro se queda. El mesero del cenáculo no entiende su prisa y se tarda para siempre en traer la cuenta, detiene cruelmente el tiempo que ha terminado y prolonga la agonía de los novios que no saben si el destino les permitirá acariciarse u observarse en esos ojos algún día, aunque saben que estarán retratados en el otro para siempre. El diálogo de entonces ha acabado y no se encuentran ni en la foto de sus álbumes porque aún no se imprime, ni en el denso espesor de la prisa que irrumpe en el ahora con la impaciencia que sólo existe en la infancia. Se prolonga la despedida que quiere convertirse en un nuevo encuentro y no sabe cómo.

Me duele la prisa de la madrugada cuando, después de una noche de insomnio que vale la pena, la aurora me avisa que es hora de terminar de escribir para reincorporarme a la vorágine de la vida cotidiana, aun cuando no he terminado el párrafo más importante de un capítulo que me cura el alma, aun cuando no he terminado de besar al hombre que amo, aun cuando no he terminado de soñar.

Me duele la urgencia del chofer del trailer rojo que ama el atardecer y el camino, pero que en ese ocaso no puede rebasar en la subida y no ve la puesta de sol porque lo deslumbran las luces del retrovisor que le recuerdan las velas del pastel que arriba en la montaña, en su casa, apaga en ese momento su primogénito, que celebra sin su abrazo el último día del primer año de vida.

Me duelen todas las esperas con prisa. Me duelen todas las soledades acompañadas en que se convierte esa tarde, abruptamente, la densa presencia de mi prisa que invade su celda. La angustia del candado se apropia de mi mente. Recuerdo con precisión aquellas noches aisladas en que el agotamiento devastaba mi argumento de supervivencia que reza: "Ser feliz es una decisión y no una circunstancia. Nada ni nadie puede impedirme estar bien". Siento la nostalgia con que Anna le dirá a su amigo de siempre, mañana en la madrugada: "Me duelen los días contigo cuando ya no estás".

El ambiente enquistado desgasta a ratos la voluntad más férrea y el desánimo se apropia de las palabras, de los sonidos, de las preguntas y de las respuestas que gritan: la justicia *no* existe. El mundo está loco. No entiendo nada...

Me escuché decir que es sólo un simulacro pensar que se puede ser buen capitán, porque igual te ahogan las tormentas y te paraliza la calma chicha, pero mi amigo alegó:

- --: Sabes qué es lo que hace un buen capitán en la calma chicha?
- —Nada —dije yo, sintiéndome incapaz e inútil al no encontrar una respuesta. Sabía que sabía, pero no tenía ya fuerza para defender el clima. Me imaginé al mejor capitán desmayado sobre la cubierta después de haber soplado a las velas, implorado ayuda e insultado al viento.
- —Tener paciencia. Eso es lo que hace —respondió tolerante su voz serena, adivinando en mi tono la impaciencia, el miedo y el coraje que me invadían. Como si quisiera meter en razón al capitán tirado sobre cubierta.

Él, ahí, entonces, lo sabía porque necesitaba saberlo para sobrevivir. Yo, en cambio, fungía como espectadora y era puro desaliento frente a su encierro que se convertía de pronto en todos los encierros. En mi esquema mental, no hay más remedio frente a la evidencia que asumir la verdad. En aquellos dos párrafos que acababan de brincar del expediente judicial del ingeniero Raul Salinas de Gortari, un juez escribió y firmó algo así:

"Reconozco la evidencia de que el testigo miente. Sin embargo, sostengo que los dichos del testigo ponen en evidencia que el acusado es culpable."

Lo leí con mis propios ojos al tiempo que escuchaba con atención dispersa, divagando entre lo micro y lo macro, entre el caso concreto y la vida. Sólo el propio acusado era capaz de implorar paciencia en ese instante. Yo, en cambio, sólo escuchaba el eco de mi pensamiento que repetía sin piedad: "La justicia *no* existe y tú, seas quien seas, eres vulnerable a la decisión de un juez vendido, de un tercero inepto, de un trabajo inclemente, de un sistema violado por su propia esquizofrenia".

Habíamos terminado de comer y la conversación llegó a un punto que detonó una ráfaga de movimiento. Raul se levantó movido por un resorte invisible, tomó su expediente y lo trajo a la mesa. Hasta ese momento, todo había fluido entre la comodidad impersonal de la teoría y mi expediente ya resuelto. Es decir, ya no estoy en la cárcel, aunque mi caso, mi prisión, es otra historia.

En algún momento del día Raul me dijo que lo que escribí sobre el peso de mis propias decisiones en aquella estadía obligada le había servido para comprender que no era sólo una víctima desvalida, sino un actor copartícipe de su momento. Pero en ese instante yo sólo pensaba en el peso de la letra de la ley, en el incalculable peso de la decisión de un sistema desequilibrado y parcial, hecha sentencia a través de un juez irresponsable que dicta y firma el encarcelamiento de una persona a partir de falsedades, impávido ante la verdad.

Así que lo único evidente era que tenía que irme; pero, claro, por razones del destino, o del sistema, los candados tardan años en abrirse y nada en cerrarse de nuevo. Tocamos a la puerta para que un custodio abriera el candado invisible para nosotros; y aquellos dos minutos que permanecimos parados frente a la puerta cerrada parecieron años.

El custodio, amable, dijo que nos pedía esperar el turno de salir porque, como era día de visitas, había mucha gente saliendo y la entrada-salida estaba saturada. Nos quedaban diez o quince o veinte minutos más. No había tiempo para expedientes, jueces, leyes o injusticias, pero nos dimos cuenta de que habíamos olvidado el tema-pretexto de mi visita, que era la reedición de mi libro. Así que hablamos de eso. ¿Cuántos? ¿Para quién? Punto y aparte.

La historia de la reedición del libro y el encuentro empezó porque mi amiga Julia se lo dio a alguien, quien le sacó unas copias fotostáticas y se las llevó a Raul. Un contacto llamó a mi oficina de parte del ingeniero para solicitar un ejemplar original, pero, como tengo pocos, le ofrecí unas copias. No sabía que ya tenía unas, ni cómo se había enterado de mi existencia.

Poco a poco, el interés expreso y reiterado del ingeniero por tener su ejemplar original se convirtió en un vínculo que despertó viejos recuerdos y renovó mi interés en el tema. Pensé que debía reeditar el libro. Pensé también que me gustaría conocerlo a él. Supe que necesitaba aprovechar la oportunidad para cruzar la puerta de visitas y explorar el otro punto de vista y el mismo punto de vista, con alguien que podría ayudarme a entender mis miedos desde adentro. Me acuerdo bien de haber pensado, asomándome desde la reja de mi celda, que desde adentro se ve lo de afuera y que desde afuera se ve lo de adentro.

Hace ya doce años que me soltaron de esa celda con candado, pero creo que no he logrado sacar el último pie de adentro. Desde una perspectiva, podría decirse que tengo dos puntos de vista, dos posiciones que me dan una visión más amplia. Desde otra, creo saber que parte de mí se quedó en un limbo de sonidos y fantasmas que aprietan y liberan al mismo tiempo y que suelo sentirme confundida con tanta dualidad.

El lunes descolgué el teléfono, llamé a Tere, mi contacto. Le dije que me gustaría platicar personalmente con el ingeniero. Raul Salinas se comunicó conmigo más tarde desde la pública caseta que comparte su encierro y la escasa privacidad de su cárcel. Acordamos vernos el sábado. La decisión estaba tomada. Todo mi mundo sabía, por un medio u otro, que acudiría a esa cita el sábado. Leí todo lo que cayó en mis manos sobre el ingeniero y su caso.

Entre la bulla, fue saliendo el único tema que valía la pena del evento. Un hombre preso, lastimado y atrapado por un expediente vago y embustero, recibió un libro escrito por una mujer que vivió una circunstancia que podía tener algo de similar con la suya y lo encontró valioso. Esa mujer, que decidió un día compartir su experiencia, soy yo; el hombre, él. El personaje y la escritora no tenían cabida en esa cuestión.

Fue una semana emocionante y turbadora. Pensar en el libro, la justicia, el personaje, las historias, la política, el país y la libertad, ocupó buena parte de mi energía. Contestar preguntas como "¿No te da miedo?" "¿Qué quieres conseguir?" o "¿Cómo fue que se interesó en lo tuyo?", y escuchar todo tipo de información relevante o necia sobre las noticias y rumores del hermano del ex presidente y de éste, llenaron mis horas de suspiros, gruñidos impotentes y más confusión. El mundo confabula contra lo central, contra la búsqueda de la verdad, contra la búsqueda de la esencia, y luego te pide respuestas dogmáticas en dos cuartillas.

El jueves le pidieron a mi hijo Cristóbal, como tarea, un ensayo de dos cuartillas que respondiera la pregunta "¿Somos realmente libres?" Discutimos hasta altas horas de la noche el caso Raul Salinas que plantea el libro *Tópicos médicos penitenciarios*, del doctor Eduardo Gómez Bernal. Reconstruimos mi estadía en la cárcel, mis encuentros y desencuentros con la realidad. Las dos cuartillas fueron el pretexto. La búsqueda de lo nuestro puso al descubierto motivos ocultos y postulados rotundos sobre el amor, pero no localizamos las definiciones claras de lo que es la libertad de los hombres, mucho menos contestamos la pregunta.

Esa tarde se agotó el tema del libro en tres minutos. El pretexto, motivo o razón que tuvo en su momento perdió peso relativo a la luz de la importante disertación que tuvimos sobre varitas mágicas y dulcerías encantadas. Era casi la hora de partir. Por la mañana no estaba segura de querer salir de casa. Me bañé con agua muy caliente durante cuarenta y cinco minutos, traicionando mi compromiso con el entorno. Me vestí mucho más despacio de lo normal. Mi hijo Alejandro, quien había tenido un desacuerdo con su novia el día anterior, quedó de recogerla a las once, después de dejarme, para que según lo acordado Lalo, el chofer de los Salinas, me llevara al penal.

Olvidé la tarjeta en la que tenía apuntado el número de la casa. Llamé a Tere, quien me dio instrucciones precisas de cómo llegar; supongo que no las anoté bien, porque dimos cuatro vueltas por la zona antes de encontrar el lugar. Finalmente, pasamos frente a la ex casa de mis abuelos, donde celebramos mi primer cumpleaños. Estaba a diez números de distancia en la misma calle. Claro que luego la remodelaron los nuevos dueños, pero como se cambiaron a tres calles de allí, he rondado por el rumbo toda mi vida. No había

motivo para perdernos, salvo que mi hijo y yo diéramos vueltas para retrasar, cada uno y los dos, un encuentro pendiente que nos daba miedo.

Ya en la carretera me dolía la cabeza con una insistencia necia. Tenía tantas preguntas en el alma que casi no hablé durante el tra-yecto. ¿Qué busco? ¿Qué quiero? ¿Qué espero? ¿Por qué a mí? ¿Por qué hoy? ¿Por qué él? Hubo un momento en que el tráfico se complicó y me entró una prisa infantil casi ridícula. El dolor de cabeza desapareció en cuanto vi el letrero verde que indica el camino hacia Almoloya. Salimos de la ciudad. Llamé a casa sólo para saber si todo estaba bien.

Tuve que contenerme siete veces para no preguntar: "¿Ya vamos a llegar?" Se instaló en el espejo retrovisor la escena del burro de Shrek cuando recorrían el camino hacia la Tierra Muy, Muy Lejana. Mi mente se relajó y empezó a desvariar: ¿Quién soy en realidad? ¿Soy el burro? ¿Soy el ogro simpático pero maloliente? ¿Soy la princesa verde? ¿Soy la bruja disfrazada de hada madrina? ¿Soy el gato mosquetero?

De repente un simpático cerrito medio pelón, medio reforestado, medio verde, medio extraño, me llamó la atención. Seguía preguntándome si ya íbamos a llegar pero dije:

- —Qué simpático cerrito —mi voz venía de una Tierra Muy, Muy Lejana.
- —Enfrentito está Santiaguito. Ya llegamos —me dijo Lalo—.
 Ojalá encontremos un lugar cerca de la puerta porque hoy es día de visita.

Regresé. Respiré. Respiré hondo y profundo. Cerré los ojos y recé. Canturreé un pedazo de mi oración favorita: *Hazme, Señor, un instrumento de tu paz.* Se me olvidó el resto. Había luz en mi

cabeza y conmoción en mi corazón. Dejaron de importar las preguntas, los pretextos y, por supuesto, los personajes de Shrek. Habíamos llegado.

La fila para entrar no era tan grande en tamaño como en emoción. Todo el mundo gesticula, suspira, ve al techo, al suelo, al lado, al otro lado. Señoras agitadas, muchachos exaltados, viejitos tristes, niños y niñas vestidos de fiesta comiendo, corriendo, brincando, totalmente ajenos a la pena.

Los custodios vestidos de negro con botas negras van registrando aprisa a los visitantes que entran y salen de los cuartitos. Los hombres por la izquierda, las mujeres por la derecha. Entran, salen, entran, salen, entran, salen. Mi turno. Entro. La señorita me urge a quitarme los zapatos. Me los quito. Un gesto rápido me dice que levante los brazos. Lo hago. Escucho las manos de la señorita palmotear mi cuerpo con prisa. Su voz dice: "Siguiente". Salgo volada.

Pasamos al primer libro de registro. Firmamos y seguimos al segundo candado. Se tardan mucho en abrir, pero en cuanto cruzas la puerta escuchas que se cierra detrás de ti y la velocidad del mundo aumenta. Patio, pasillo. Segundo libro de registro, tercer candado, se tarda mucho en abrir, pero cuando cruzas la puerta se cierra junto a ti impetuoso y aceleras el paso. Pasillo. Reja. Sólo candado, sin libro de registro. Este candado es más grande. Se tarda más en abrir, pero en el instante en que cruzas la puerta se cierra casi en automático, casi encima de ti, obligándote a correr. Pasillo. Último candado, el de la celda del ingeniero. El tiempo se detiene. Los candados me dan miedo.

El custodio toca y abre sin esperar respuesta. Mi acompañante se asoma y pregunta: "¿Don Raul?" Voces. Entramos. El candado se cierra fuera de nuestra vista, dentro de nuestros oídos. Don Raul

aparece, saluda, sonríe. Me ofrece una silla. Saludo, me siento. Saluda también a Lalo. Hablan entre ellos. Escucho algo de unas cartas que tiene que llevar Lalo a algún lado. Agradece que haya venido, y en el intento de explicar que soy yo quien agradece la invitación, hablo, hablo y hablo casi sin parar.

Creo que estaba contando puras cosas que no venían al caso. Me escuché de reojo.

—Creo que estoy hablando demasiado porque estoy nerviosa
 —percibí mi voz claramente y logré callarme.

La velocidad del mundo regresa a la normalidad, se estabiliza, se calma, se instala, y el tiempo comienza a fluir por la pequeña rendija que hay debajo de la puerta. Escucho la voz tranquila de mi interlocutor. Lee y comenta mis propios dichos, las palabras cobran sentidos diferentes e iguales. Me siento cómoda hablando con alguien que puede leer entre líneas las cosas de adentro.

Raul Salinas había anotado en la contraportada de mi libro el número de las páginas en que se encontraban las citas que le gustaron. Supongo que eran las que quería platicar consigo mismo desde adentro. Encuentra las palabras clave y las comparte conmigo. Es un hombre metódico y ordenado.

El tema de los jueces nos atañe. Hablamos largo y tendido sobre el desafortunado caso. Coincidimos en que muchos no son más que simples títeres que obtienen un nombramiento por haber cooperado con el sistema. Coincidimos en que el drama no empieza ni termina con los jueces, sino en que los ciudadanos estamos tan ocupados buscando culpables, tan concentrados en exigir venganza, que no tenemos ojos para buscar soluciones. El resultado es exactamente lo que pedimos: funcionarios encargados de aplicar la inútil crueldad de la venganza y espectadores salpicados de sangre que como

bestias miopes se muerden solitos, engañados por el tufo de la sangre ajena. Se vuelve divertido escuchar mi propuesta de que, dado que la función de un juez es aplicar justicia, quien no tenga pantalones debería meterse a peluquero.

Si pusiéramos la vida en prevenir el daño, o repararlo en el peor de los casos, como la ponemos en buscar circos romanos para que los leones nos deleiten mientras se comen al primer chivo expiatorio que encontramos, otro gallo nos cantara. La justicia no existe porque en las casas se golpea a los niños que golpean para enseñarles a no golpear; porque si se caen les pegan; porque lastimar al otro es el nombre de ganar el juego; porque ser valiente es matar dragones, sin detenerse a pensar que son sólo seres sin dueño, construidos de luz y sombra, de tierra y fuego, que si bien no saben, ni pueden, ni deben convivir con los príncipes de los cuentos, tienen el derecho de todos de buscar, en su mundo autónomo y lejano, su verdad.

El ingeniero hace una pausa para ajustar con Lalo algunos detalles de las cartas aquellas. Deciden que es un buen momento para ir a dejarlas al centro. De alguna manera coincido, aunque no sé de qué se trata el asunto. Somos muchos en un espacio pequeño.

Tocan a la puerta para que el custodio la abra desde fuera. Es normal. Aquí todo es al revés pero inmutable. Eventualmente se escucharán los pasos y la llave entrará, dará la vuelta y abrirá el candado.

La pausa me permite terminar de llegar y observar mejor el sitio. Una pared completa adornada con fotos de su familia. Una pequeñísima cocina en la que el comal platica con la olla y la soya convive con la miel, supervisados por más fotos de la familia. Un librero que comparte el espacio con fotos de la familia. Es claro que sus hijos son su punto de referencia, su vida real. Un caballete de pin-

tura, pinceles y tubitos de óleo. Todo es libros, arte y familia. Casi, casi, exactamente, un pedazo de hogar fuera de lugar.

En la celda de "Doña Lady", que compartí cuando me llevaron a la cárcel hace doce años, un pensamiento neurótico, redundante y repetido llenó mi mente durante un buen rato del primer día que pasé ahí: "Todo cabe en un cuartito sabiéndolo amontonar". Es increíble con qué precisión recuerdo algunas cosas de ese tiempo y cómo se apropian de mi mente en ocasiones en que hay una referencia que me traslada hacia allá. Aquí las cosas caben ordenadas cuidadosamente, aunque sin pretensiones de perfección. Hay orden en el caos. A primera vista, la referencia me invitó a convocar la neurosis perturbadora. En mi celda había cierto orden cuidadoso y amable, como aquí. Sin querer, refraseo: "Todo puede acomodarse en un cuartito". La neurosis se apaga. Me invade una sonrisa profunda, de reencuentro conmigo, de liberación.

Haciendo cuentas, hace diez años que Raul Salinas está encerrado. Diez años son una eternidad. Divago. Parece que poco a poco ha ido recuperando espacio. Se respira disciplina y perseverancia. Hay sensibilidad a flor de piel. No es que se quepa holgadamente en el cuartito. Las puertas cerradas con tanta violencia acotan el espacio, pero me siento aliviada cuando comparo el lugar con aquella celda de alta seguridad en que sobrevivió los primeros años. Pienso en el ojo electrónico que persiguió cada uno de sus movimientos. Siento un escalofrío perpetuo. Sé que la celda de "Doña Lady" está metida en mis huesos. Sé, también, que la celda de seguridad que recibió a Raul al principio de su encierro lo va a perseguir sin piedad el resto de su vida. Pero sé también que hay treguas en la memoria. Eso me tranquiliza.

En algún rincón se nota que a veces se le encuentra desesperado, agotado y agraviado. Por allá hay evidencias de que otras veces está enojado, rabioso y trastornado. En general no cabe duda de que es paternal y cariñoso. Estoy convencida de que a veces es bueno y a veces no tanto. A ciencia cierta, el tipo es un ser humano inteligente y sensible. Me duele su encierro.

Me da vergüenza estar hurgando sus cosas con ojos de estudiante en un laboratorio. Me perdí del otro lado del espejo. Me siento observada en mi propia celda, en mi propio encierro. Estoy segura de que no es esto lo que vine a buscar. Intento regresar al momento. Me concentro en los pasos que se acercan, en la llave que entra, da la vuelta y abre el candado. Nos despedimos de Lalo.

Raul se sienta de nuevo frente a mí sin ingeniero. En silencio le ofrezco una disculpa y comenzamos de nuevo. Me doy cuenta de que él también está hurgando mi alma. Tal vez está tratando de encontrar pistas de la suya. No es momento de falsos pudores. Retiro mi disculpa y me dispongo a que exploremos juntos los temas, las vidas.

Perdí totalmente la noción de las horas que pasaban y las que se quedaban. En algún momento entre la mañana y la tarde, un custodio anunció la llegada de Fidel, quien traía el corrido de regalo para el cumpleaños de Juan José, el hijo de Raul.

Fidel es un ex compañero que ahora viene a firmar los sábados. Nos hizo una demostración de talento y entusiasmo. Fue un evento delicioso. Con todas las ganas de agradar al amigo, al maestro, al jefe. Con la fuerza de dar todo, de demostrar la lealtad amarrándola con cuerdas de guitarra y canto charro. Mi pensamiento estaba ahí, allá y acullá. Me concentraba en detener la hoja de papel frente a Fidel para que siguiera la letra. Instalada al mismo tiempo en aque-

llas tardes guitarreadas de mi encierro, en aquellos mariachis que tocaban en el rancho de mi abuelo, en los conciertos de carretera que armaba mi papá en el camino a Cuernavaca, en las fiestas de ex alumnos de mi escuela, en la sala de mi casa con mis hijos, en la letra de ese corrido escrito por encargo de un padre amoroso para un hijo que es su gigante, su niño y su heredero, estaba atenta al momento de voltear la hoja.

La ubicuidad existe porque cada instante es eterno, y es sabroso convocarla en el encierro porque es una forma de pitorrearse de las puertas, de los candados, de los custodios y del sistema. Qué maravilla que hay música y que la música no discrimina. Para los de adentro y para los de afuera, una canción compartida es siempre un regalo. Una tarde bohemia con ritmo ranchero es aliento patrio que sabe a infancia, a familia, a cuates y hasta a borrachera. (La borrachera es muy importante cuando no hay permiso de tomar ni un tequilita siquiera.)

Has rander guidente des de militar en en agreda a matimidia que random en el marder de mi abrello, en los consucions de las estados que enquelas en papel en el compos a lucrotraria, de las las estados en aluminos de en escada, en la esta de militar como bipor la las ocados ser como las estados por consugorde un pacise en aresen que sa lajor que es en gigueres so mira en heralica, estados comos el mostremo de valleger la hoia.

La mbicuidad, reixte pur mer rada in tanna es memir, y as mbrasa contro acuda en di enciente porque ca una forma de pimorence de ina puentas, de los campados, de los campados y di los campados, de los campados y di los de propertas ademicas y para los de ubias la campado computida se sucrepro ma regulo. Una trade hobrema con timo en alberto es alegado parrio que salve y matra es borres camba parrio que chera es may importante cambado no bas permaso di tumar en un escribar es may importante cambado no bas permaso di tumar en un escribar es may importante cambado no bas permaso di tumar en un escribar es may importante cambado no bas permaso di tumar en un

II. RAUL. EN EL SUAVE ALETEO

Dicen que el suave aleteo de una mariposa en el Amazonas puede desencadenar cambios en el equilibrio atmosférico del mundo. A mi mundo llegó de pronto un vendaval llamado Alejandra.

El sábado 28 de agosto de 2004 conocí a Alejandra Zorrilla. Alejandra es autora de una hermosa novela titulada *Donde el tiempo se refleja*. Hace unas semanas conocí su libro; lo leí con verdadera entrega y compromiso, deleitándome con cada uno de sus párrafos, haciendo míos esos pasajes, sintiéndome explicado en aquellos sus sentimientos.

Estoy asombrado de la capacidad de introspección y de la belleza y facilidad de la prosa de Alejandra. Me remite a *Bonjour tristesse* de Françoise Sagan, que a final de los años cincuenta me leía mi papá con verdadero asombro (¡qué manejo del lenguaje, qué estilo!). Me cautivó la sencillez del lenguaje, que permitía vestir con elegancia un texto de profunda sensibilidad. En cada uno de los pasajes de la novela hay el cuidado de cultivar los sentimientos básicos que rigen la vida de los seres humanos.

Entusiasmado con la lectura, que trata del injusto encierro de esta mujer por un delito que no cometió, y que "gracias" a una serie

de fabricaciones de sus acusadores y de testigos falsos, pagados (¡historias repetidas!), vivió un tiempo importante de su vida en la cárcel, me di a la tarea de hacerle llegar a la autora mi gratitud por lo mucho que me regaló su texto.

Para mi sorpresa, no sólo establecí contacto con Alejandra, sino que además fue generosa en su respuesta, y planteó ella misma la posibilidad de un encuentro.

Alejandra, que pronto aprendí que es como un vendaval, vino a visitarme a mi celda de Almoloya, en la cárcel de Santiaguito. Su presencia se apoderó de mi espacio. Puedo decir que la calidad y la dimensión que la caracterizan hizo que pronto reinara en el territorio.

Tres o cuatro días después de su visita, que fue como un verdadero regalo para entibiar la frialdad de mi soledad, recibí un texto maravilloso titulado *Lo vi quedarse*. El texto es extenso, por momentos avasallante, pero siempre cercano, íntimo y directo al corazón. Lo he leído más de una vez.

A manera de respuesta, ahora me propongo subrayar algunos párrafos; no porque sean los únicos que merecen una reflexión, sino porque son aquellos que de manera inmediata me permiten establecer un diálogo con Alejandra.

Dialogar por escrito con Alejandra es una tarea que implica para mí, además de mi concentración emocional, un esfuerzo mecánico, pues sin duda la capacidad que tiene para escribir en la computadora es inalcanzable. Escribir para ella es como leer, ella misma lo confiesa; pero para mí es como deletrear. Cuando leo sus textos me doy cuenta de que sus manos están directamente conectadas a su corazón. Por eso es que en sus textos nos hace sentir que escuchamos expresiones espontáneas, mensajes directos de lo que late en su pecho.

La plática que tuvimos el sábado fue todo menos formal. La naturalidad, el tendernos la mano, se dio de inmediato, para señalar ahí donde nos duele. Platicamos como amigos que hacía tiempo que no se veían, pero que nada se podían ocultar.

Físicamente, la imagen de Alejandra es parecida a lo español. Muy desenvuelta, apenas maquillada, un cierto desdén por explotar sus atributos femeninos. Es también un poco escandalosa, habla mucho, pero reconozco que nunca es superficial y mucho menos frívola. Venía vestida de manera verdaderamente sencilla: una blusa sin ningún atractivo especial, a la que decoraba un fino suéter abandonado pronto sobre el respaldo de una silla. Portaba con naturalidad y gracia unos pantalones vaqueros que le van bien. El pelo, oscuro, lo lleva con grácil abandono, a veces lo mueve como si fuera un muchacho (es casi veinte años menor que yo).

Nos supimos amigos desde siempre.

Pronto me hizo saber lo que de la propia novela se desprende: su adoración son sus hijos. En esto coincidimos de inmediato. Su naturalidad, acompañada de su inteligencia, nos permitió un diálogo franco y sin dobleces.

Para mí, una visita es siempre motivo de vivo interés. Una presencia nueva hace un día diferente en la cárcel; hace una cárcel diferente. Y todo cambio hace la memoria de lo pasado más llevadera. Un ser que llega a visitarme hace que todo un mundo de sufrimiento quede en el pasado; y así el presente se construye a partir de esta nueva imagen. El secreto de la supervivencia está en convertir un largo e interminable encierro en una infinidad de capítulos independientes, unos más dulces, otros más amargos. En el momento en que me dijo que tenía interés en venir a verme, me preparé para

esa dualidad que me toca vivir: ofrecer de mí lo mejor que tengo; y esperar nada con gratitud.

La presencia de una mujer siempre es motivo de alta acción para mí (quise escribir atracción, pero escribí acción: buen *lapsus*). Cuando supe que venía, me ocupé de hacerle llegar un ejemplar del libro del doctor Gómez Bernal, donde cuenta su testimonio sobre mi dolorosa estancia en la prisión de alta seguridad, así como el texto que publiqué en la revista *Milenio* con el título "Lo que viví en Almoloya". Tengo mucho dolor adentro y me incomoda que alguien que nunca me ha visto llegue a la celda y no vea más allá de lo que en este momento me rodea.

Aparentemente Alejandra no puso atención especial a lo que había leído. Sin embargo, me di cuenta de que en silencio había escuchado mis gritos y que con los ojos bien abiertos había mirado la oscuridad que me había rodeado en el penal de castigo extremo, donde me tuvieron por varios años. Al iniciar la plática, era fácil coincidir en un punto: la justicia en México no existe. Lo dice en su libro *Donde el tiempo se refleja*: "La palabra del juez no vale nada". Y deja para siempre un párrafo por demás elocuente:

"Entiendo que el 'señor juez' tenga muchas presiones de mis acusadores. Entiendo que es un muchachito de veintiocho años con poca experiencia. Pero de igual manera entiendo que el trabajo de un juez es aplicar justicia, y para eso no se necesita mucho cuando uno sabe lo que es justo. Es solamente cuestión de pantalones, y quien no los tenga, que se dedique a peluquero."

Le comenté que en alguna ocasión el doctor Gómez Bernal me había preguntado si había muchos inocentes en la cárcel. Incluso me pedía le diera algún porcentaje de inocentes entre los internos. ¿Veinte, treinta por ciento? Con convicción, le referí a Alejandra lo que le dije al doctor: no es fácil poder decir si 20 o 30 por ciento de entre los internos sean inocentes. Pero lo que sí me atrevo a afirmar, sin temor a estar muy lejos de la realidad, es que un muy alto porcentaje de las sentencias están mal dictadas. Es decir, la injusticia campea tanto sobre inocentes como entre los culpables (y por lo tanto en perjuicio de la sociedad). Creo que hay tantos inocentes dentro de las cárceles como delincuentes en las calles. ¿Cuántos? ¡Los que quieras! Lo incuestionable, lamentablemente, es que para quienes se ocupan de la justicia, la libertad de un ciudadano, de un ser, pareciera no valer nada.

Pronto abandonamos este tema para tocar las fibras sensibles lastimadas por la cárcel. También aquí nuestras coincidencias aparecieron una tras la otra. Estimulados por nuestro encuentro, mejor dicho por el reencuentro de nuestras almas doloridas, con sinceridad extendí mi mano hasta tocarle primero el pelo y después la mejilla. Nosotros sabemos lo importante, lo insustituible, lo desesperadamente necesario de una caricia cuando se está en la cárcel. Podría preguntarse: ¿por qué la caricia?, si soy yo y no Alejandra quien está ahora en la cárcel. Pero ella vino a contarme que hay un pedazo de cárcel que se queda con uno para siempre. Yo lo adiviné y busqué adormecer su dolor. Así que mi caricia fue para ella y también espejo para mi alma.

Cuando llegó Fidel nos pusimos a revisar el avance del corrido compuesto para Juan José, mi hijo, que habíamos iniciado ocho días antes. La presencia de Alejandra se incorporó de manera natural. No es fácil describirlo con palabras, simplemente puedo decir "supo estar". Me gustó. Con mi lenguaje corporal se lo agradecí: empecé a moverme con absoluta confianza.

Terminada nuestra sesión de cantada y guitarra, volvimos al territorio donde nos encontramos: su libro. Le dije con sinceridad y de manera espontánea que en su narración había una gran ausencia, que se notaba una de sus grandes pérdidas, la de su esposo. Me di cuenta por la estructura de su familia de que cualquiera que fuera su relación personal con su pareja, perder su matrimonio había sido para Alejandra una catástrofe sin frontera. En cuanto lo mencioné me percaté de que había tocado su corazón. Sentí brotar de mi ser una solidaridad incondicional y abundante. Era una catarata de cariño, inmensa como las que escurren del Niágara. Puedo decir que en ese momento la quise. Por lo menos quise que su corazón no sufriera. Me ha dolido tanto la cárcel que no quiero que nadie más sufra, nunca más, por nada.

Ahora releo su texto:

"Sé, también, que la celda de seguridad que recibió a Raul al principio de su encierro, lo va a perseguir sin piedad el resto de su vida."

Me pregunto si este párrafo es un reconocimiento o una sentencia. Pareciera un oráculo, me asusto. Sin embargo, lo que enfrento es contradictorio. Es contradictorio mi respectivo recuerdo. Al tratar de recordar la celda del área de máxima seguridad en Almoloya, no sé si lo que recuerdo son los muros, el cemento del piso, o recuerdo mi miedo, mi ser cautivo torturado. Entonces no entiendo a Alejandra. Es decir, qué es lo que me va a perseguir sin piedad el resto de mi vida, ¿unas imágenes, o unos sentimientos? No alcanzo a com-

prender la sentencia de Alejandra. Por lo pronto me parece tan incierta como todas las sentencias que se emiten en torno a la justicia.

No quiero detenerme más a contemplar estos fantasmas, aún no es su tiempo. En tanto siga yo en la lucha por obtener la libertad, la libertad aún no existe. No existen entonces ni sus alegrías, ni sus sombras, ni sus fantasmas. Sí puedo, por otra parte, al seguir el texto de Alejandra, darme cuenta de que ella observaba mi entorno con mucho mayor atención de la que mostraba. Es sin duda una mujer inteligente y muy perceptiva.

Me detengo de pronto a medio camino. Un párrafo me llama la atención:

"La ubicuidad existe porque cada instante es eterno, y es sabroso convocarla en el encierro porque es una forma de pitorrearse de las puertas, de los candados, de los custodios y del sistema."

Poder escapar del sitio donde nos tienen los carceleros; tener el poder de irnos de su encierro, de estar en otra parte aunque mantengan nuestros cuerpos, es un tema que sin duda nos atrapa. Alejandra me cuenta que una manera de esconderse es en el humor. La risa, nos dice, "es un escondite infalible". Yo también cultivo el buen humor, porque una carcajada en la cárcel da más libertad que limar un barrote.

Pero más allá, su texto me lleva al exorcismo que hacemos los internos para escapar, aunque sea con la mente, de la limitación forzada de la cárcel.

El primer conjuro es escribir y leer. Alejandra escribe en su libro:

"Leí un montón de libros de todo tipo. Pude disfrutar de paisajes, lugares, personajes y amores que fueron míos sin pertenecerme; ahora, cada vez que leo lo que escribo, me pregunto si los momentos que he vivido, aquí, conmigo, son más o menos míos que aquellos que he leído en otros cuentos.

"Así, estuve en París, en Nueva Orleáns, en el mar y en un campo en Suiza. El refresco se convirtió en champaña; el aire del ventilador, en brisa del mar, y el calor, en chimenea. Cada día me repetía que ser feliz es una decisión y no una circunstancia."

Yo hacía algo parecido en los años más difíciles en la celda de aislamiento donde me tenían en Almoloya.

El doctor Eduardo Gómez Bernal (EG) escribió en su libro:

"Después de traspasar casi media docena de túneles y las trece puertas electrónicas que separan el área del Servicio Médico del área de Máxima Seguridad, no sin antes gritar el clásico "puerta oficial, por favor" en cada una de ellas para que se me otorgue el acceso y después de identificarme con mi gafete con el custodio de guardia a través del cristal blindado del diamante respectivo, llego a su estancia, solicito al custodio me abra la puerta. Inicia esta conversación:

"RS –A veces pienso que voy a tronar, pero tengo que salir de esto. Cada mañana que despierto, no me queda otra que tomar dos actitudes durante el día que empieza: o soy optimista o soy negativo.

"EG -O sea que no hay términos medios.

"RS –Así es, doctor, y esta actitud me ha mantenido y me seguirá manteniendo... no hay de otra."

La felicidad o infelicidad, dice Alejandra, es una decisión, no una circunstancia. Así lo he vivido.

La lectura ha sido un recurso, por supuesto. Primero, la Biblia. Fernando Senderos me contó que cuando lo secuestraron, lo que lo mantuvo firme fue la lectura constante de la Biblia. Pedí mi Biblia, la he leído completa varias veces. Entiendo que es de Dios y es de los hombres. En todos los terrenos se encuentran respuestas, sorpresas y también más preguntas. Después, el inagotable mundo de la literatura. Lo persigo, me embeleso, me dejo atrapar. Lo disfruto como si fuera bálsamo en mi piel.

Pero otro recurso del que me he valido es el "no estar" en algún lugar específico. Ya siendo adulto, he podido contar con algunos lugares que me son particularmente gratos. El sitio más querido y disfrutado es la hacienda de Las Mendocinas. Había también otros lugares adonde ir para desplegar nuestro profundo amor por la naturaleza. La playa es siempre un puerto adonde llegar. Y la montaña y la nieve son caricias para los pulmones y maravillosas ocasiones hacia donde mirar.

En la cárcel, donde no sólo me impiden estar en libertad, sino me obligan a estar ausente de los lugares donde mi ser se encuentra en casa, me construí un razonamiento para no amargarme con estos pensamientos de ausencias, y para darme la posibilidad psíquica de estar lo mejor posible. Poco a poco fui desmenuzando los procesos por los que decidía estar en un sitio y no en otro. La primera conclusión fue que siempre hay que optar. Y desde luego que no se puede estar más que en un lugar. Esta aparente perogrullada me llevó de la mano a pensar que cada vez que optaba por "estar" en un lugar, optaba simultáneamente por "no estar" en otros sitios que también me eran muy queridos. Sin embargo, este "no estar" en los terrenos de mi querencia no me hacía infeliz, porque era mi decisión "no estar" en ellos. Así que para evitarme nostalgias y amarguras, he de-

cidido, durante este tiempo carcelario, "no estar" en los lugares que amo tanto. Por mi decisión "no estoy" en Mendocinas, ni en la montaña ni en el mar. Pero si no estoy donde amo estar, ¿en dónde estoy?

Pues he decidido "no estar" en esta celda ni en esta cárcel. He decidido "estar" conmigo, en mí. Estoy en mi cuerpo; en la temperatura de mi cuerpo que disfruto como la calidez de la costa. Estoy en mi reposo que me mece en su hamaca sin par. Me refugio en el horizonte de mis recuerdos que es más amplio que toda la cordillera occidental. Y me visto con un cinturón bordado de pita de los que hacen los internos en el penal, me miro al espejo sintiéndome más ranchero que Jorge Negrete y Pedro Infante en la película *Dos tipos de cuidado*.

Así, con mis decisiones de "no estar" y de estar tan conmigo, tan en mí, en mi espíritu y con mi alma, despliego alas de mayor envergadura que las de los cóndores de los Andes que maravillaron a Neruda.

Como dice Alejandra, convoco sabrosamente a mi imaginación, a mi ubicuidad y a mi "no estar" en el encierro, y si no me pitorreo de las puertas, de los candados y del sistema, al menos el encierro me toca menos y a veces casi no me duele. Y esto es, cada día, ganar la partida.

III. ALEJANDRA. EL SENTIDO DEL PRIVILEGIO

Raul me platicó de aquella periodista que le preguntó si tiene privilegios en la cárcel. Él dijo que sí. En el más amplio sentido del privilegio, él, como casi cualquier recluso y no recluso, tiene el privilegio de imaginar, de recordar, de cantar y haber cantado, de amar y saberse amado. No todos tenemos el privilegio, ni estando adentro ni estando afuera. Pero casi todos tenemos momentos ricos que recordar, y alguien que lee, definitivamente tiene un doble privilegio al poder visitar los mundos que nos cuentan los cuentacuentos y los escritores.

Hay algo de terrible en tener privilegios. Hay malentendidos, hay deudas heredadas del mundo, hay mucha culpa, hay soledad, impotencia y ganas de que las diferencias no existan. Hay también anécdotas que disculpan y, como soy cuentacuentos, cuento ésta que cura un poco, aunque no resuelve mucho.

Estábamos celebrando misa en casa de Meche. Sergio Delmar oficiaba. Un misionero larguirucho de pelo largo, no muy largo, y ojos pequeños, no muy pequeños, pero muy profundos y muy expresivos. Leímos la parábola de los talentos, que era mi coco. Siem-

pre estaba angustiada por tener que duplicar mi capital, mis dones, mis monedas, mis privilegios y repartirlos. No sé por qué, tenía esa idea de que luego había que repartirlos, o regresarlos para que el Señor no te los quitara. Le expliqué a Sergio que esa parábola me angustiaba. Que por más que trabajaba no sentía que avanzaba, que a veces me pesaba mucho ser tan afortunada. Haber nacido en una familia linda, saber leer, poder recordar el olor de sopa de fideo de Yaya (mi abuela), haber buceado el Caribe, haber sentido la nieve, tener tres hijos sanos y maravillosos y, en fin, la carga de toda esa fortuna que traía yo encima era a veces aplastante. El misionero sonrió. Juntó las manos y me explicó que no hay ninguna culpa en ser privilegiado. Dijo que era soberbia creerlo. Que no existe tal cosa como ser culpable por tener un privilegio y mucho menos que existe una deuda que tienes que pagar.

—Eres sólo una invitada de la vida —dijo— y la verdad, no te alcanza ni para la propina. Así que yo que tú, daba las gracias y ya. Luego se puso serio y continuó:

—Ten cuidado con la culpa, que te paraliza; y sobre todo con el complejo de culpa, que no te deja ver, ni agradecer, ni comprender. Y ten cuidado con la envidia, porque es lo que hace perder los talentos, los privilegios y los motivos.

No se me ha quitado la soberbia y muchas veces después de esa conversación que adopté como parte de mi filosofía, y que he contado y explorado mil veces, me he sentido culpable por tener privilegios. Sobre todo me pesa cuando siento que "casi todos" no somos todos. Puede ser que algunos no puedan recordar el olor de una sopa de fideo, de una caricia de su madre, de un pollo preparado con cariño, de un pastel de fresa, de unos calcetines nuevos. Me sigo sintiendo culpable cuando leo las cifras y las condiciones de

personas reales que en las estadísticas se cuentan como individuos que viven en extrema pobreza.

Supongo que sería diferente si en lugar de estar paralizada por la culpa y cegada por el complejo de culpa los ratos que dedico a sentirme culpable los dedicara a agradecer mis dones y, en el mejor de los casos, hasta podría hacer algo que esté en mi mano para que alguien que esté cerca tenga otro recuerdo lindo para opacar los momentos feos. Cuando me distraigo de mis culpas y me dedico a cosas que sí valen la pena, la ganancia personal es haber compartido momentos y tener otro recuerdo lindo para opacar mis momentos feos. Creo que por ahí va lo de duplicar los talentos.

El tema, de nuevo, es mi educación, que me lleva a encontrar culpables en lugar de buscar soluciones de vez en vez.

Y bueno, según yo, no soy muy envidiosa, pero sí soberbia y criticona. Me dio pena y coraje con la pobre periodista, aquella que pierde tiempo y vida en averiguar si Raul Salinas tiene privilegios en la cárcel, y que seguro sufre en carne propia porque le dijo que sí, en lugar de aprovechar el día en contar sus propios dones. ¿Será que nunca ha probado un pastel de fresa? ;O que cree que ella tiene más derecho que Raul de amar a su familia? ¿O que lo envidia porque cree que él come su sopa de fideo en platos de metales preciosos y adorna su mesa con flores prohibidas, de colores nunca vistos por el común de los mortales? Tiempo perdido el que dedico a la periodista esa. Para terminar con mi momento bíblico, me olvido de ella porque por estar metiéndome en la paja de su ojo, estaba olvidando que vine a compartir un rato ameno y a trabajar para quitar los barrotes de los míos. A eso vine, a explorar desde afuera la cárcel, a ver si logro encontrar el camino de mi salida y a compartir un rato padre con un hombre que se está convirtiendo, desde siempre, en un amigo.

personas reales que en los estadísticas se cuentan como individuos que viven su extrema pobreza.

Supongu que sería diferente si en lugar de estar paralizado por la culpa y expeda y or di culpa y expeda y or di culpa los anon que dedicar a servirmo culpabile los dedicara a aquadente mis donos se en el arener ale los esans, basta podeña bacer algo que este en no mano para que al-culen, par este entre a renga or to restreirdo lendo para opara par alementos feros. Cuando nte distruigo de mis culpas y me dedico a desan que at valen la pera, la garancia personal es háres comparte de momentos y tenes arro nemento lindo para opacas mis montentes feros. Circo que por anil va lo de duplicar los ralgunos.

El rema de mievo, es un educación, que melleve a enconseau

Y buenu, segúa ya, nu any muy envidiosa, pero al ministra y criticona. Me dio pena y comic can la pobre periodista aquella que y sente riempo y vida en aveniguar ai kand Salunaevicos privilaguos en la carcel, y que seguro sidire en carce propia parque le dio que al en la carcel, y que seguro sidire en carce propia parque le dio que se al eque de aprovecion el dia en contar sus propios donce abra que que anno ha probado un pomel de ricer? 20 que to enclue ella trene que elle dia de anna a nu familia? 30 que lo envida por que en en esta come su sopa de tideo en plates de merales otranos unas y atronas su mera con flores probabileas, de colores nunca vistom con el comida de los acorcales? Tiempo perdido el que dedico a la periodista sua Para recominar con mi momento biblico, me aladito de cila parque por esta mercindome en la prija de su ojo, caraba al periodis o que vine a comportir un rato ameno y a mistajar para quistar los barrones de los mios. A movine, a explorar derde afuera la caracida, e ser al lugro encontrar el camimo de mi valida y a compartir caracir puder con un hombre que se esta conservacion, desde afuera la procesa en puder con un hombre que se cata conservacion desde afuera la proce en un amige-

IV. RAUL. UN TEMA COMPLICADO

 \mathcal{L} os privilegios son un tema complicado, nada transparente, porque de hecho todos tenemos ciertos privilegios frente a los demás. Mi papá me decía que escribir Raul sin acento era nuestro privilegio.

Entiendo que normalmente se busca saber, siguiendo la etimología *privi/legios*, si alguien está exento o por encima de las leyes, de la norma que se aplica a todos.

Durante mi encarcelamiento, mi privilegio radica en el amor y la solidaridad de mi familia, porque a diferencia de la mayoría de los internos que acaban abandonados, en mi caso mi familia no me ha dejado solo siquiera una semana, nunca. Pero la cuestión es mucho más compleja, al menos para mí.

Durante toda mi vida me he sentido privilegiado porque en un país de carencias me han tocado muchas oportunidades que muchos no tienen. He tenido una familia amorosa, unida y que económicamente progresa a lo largo de las generaciones. Con ello, estudios, cultura, salud, viajes, idiomas, en fin, todo lo que da herramientas para mejor luchar en el mundo.

Aquí me conecto nuevamente con el texto de Alejandra cuando escribe: "Le expliqué a Sergio que esa parábola (de los talentos) me angustiaba. Que por más que trabajaba no sentía que avanzaba, que a veces me pesaba mucho ser tan afortunada."

Lo cierto que es que yo también he sentido culpa a lo largo de mi vida por todo lo que me es dado. La culpa me acompaña desde niño. Mis padres, cotidianamente, nos hacían ver las terribles diferencias que existen en nuestro país. Era algo siempre reprobable el ver tanta miseria. Ellos vienen de familias que siempre se esforzaron, pero jamás se sintieron de clase superior alguna, para nada. Muchos sábados o domingos, además de ir a misa (a lo que insistía mi abuela paterna, pues mis padres eran producto cultural de los resabios de la guerra cristera y de las marchas de jóvenes cardenistas), era normal que nos llevaran a auxiliar a algunas familias que vivían entre minas de arena a la salida de la carretera a Toluca. Convivíamos con ellos, incluso uno de los niños, Edie, que era de mi edad, se vino a vivir a la casa para que fuera a la escuela. Lo recuerdo como mi amigo, a quien yo trataba de dar lo que era mío. La experiencia no fue positiva, al menos para mí. Me dolía la diferencia, me hacía sentir culpable. Edie se fue; años después reapareció como pintor, pero siempre con terribles carencias materiales.

Y había más. De niño, mi madre nos llevaba a todos sus hijos, cada fin de año, a repartir ropa, juguetes y cobijas entre las familias de pepenadores, que aparecían como una comunidad de fantasmas, que vivían en los tiraderos de basura del oriente de la ciudad de México. Las imágenes eran aterradoras. No sabía uno si ayudaba a niños y familias que merecían lo que les dábamos pero que por alguna razón inexplicable todos les negaban, o si nos empeñábamos en sacar

del infierno, por nuestra propia mano (¡vaya soberbia!), a "los condenados de la tierra" (como los llamó Frantz Fanon).

Mi culpa crecía. Tenía en la casa de mis papás, por aquellos años, una yegua, la *Golondrina Presumida*. Había noches que la ensillaba, cruzaba la calzada de Tlalpan y me perdía entre los maizales que rodeaban la ciudad de México por el sur. A veces cantaba, enamorado, y otras lloraba por las injusticias del mundo. La culpa no me dejaba.

En ocasiones, dentro de mi alma, siento que este encarcelamiento plagado de irregularidades tiene más que ver con los "excesos" que, frente a otros, me ha dado la vida, que con cualquier otra cosa, inventada o no por las campañas de opinión en mi contra, o por lo torcido del mundo de las leyes. No he tenido paz. He luchado porque lo que más me irrita es la injusticia de los sistemas legales en mi país. Muchos, muchísimos sufren injusticias, dentro y fuera de la cárcel. Pero aun en la cárcel sigo mirando mis privilegios. El color de mi piel hizo que una interna, de un estado costeño, me dijera un día, cuando le pedí que me tuteara: "Usted es muy blanco, mejor le digo *usted*". Me quedé helado.

¿Qué hacer en un país que apenas si mira lo que tiene frente a sus ojos? ¿En qué país vivo, que el color de la piel se suma a las diferencias que nos dividen entre privilegiados, culpables y amolados? Muchas veces supuse, ¿o invoqué?, que alguna vez la vida me cobraría el darme tanto. Pero aun así me confundo, porque este encierro ha sido un privilegio para mirar y mirarme tanto.

Me sé un invitado especial de la vida: tanto encierro, tanto ir hacia adentro: no es un castigo, es una oportunidad. ¡Es, nuevamente, un privilegio! ¿Acaso es que Dios me cuida tanto que me llevó a un alto en mi vida, para mi bien? ¡Incluso trae a mi celda a seres hu-

manos cuya cercanía es un privilegio! "Dios no juega a los dados con el universo", hay que recordar que dijo nada menos que Albert Einstein. Todos los que quieren estar cerca de mí saben dónde encontrarme, y me encuentran: ¡qué privilegio!

Tengo pegado a la pared un escrito de mi puño y letra que dice:

"Lloré amargamente los primeros meses de encierro. Imagino que estaba convencido de que había perdido algo muy grande o todo.

"Ahora no recuerdo qué es lo que imaginaba haber perdido, porque siento que esencialmente no he perdido nada.

"Incluso me siento menos vulnerable, menos dependiente y por ello más fuerte.

"Diría que no he perdido, he ganado."

La lección surge de las manos de Alejandra: "No hay que andar pidiendo la cuenta para pagarla, porque no nos alcanza ni para la propina". Hay que dar gracias y ya.

Agradezco cada palabra.

V. ALEJANDRA. NO PODÍA FALTAR

Por supuesto no podía faltar una exploradita inocua al confuso tema de la situación política del país.

Siempre, en cada reunión, cada día, hay una oportunidad para explorar el tema. Es lo cotidiano. Incluso creo que se ha convertido en tema rompehielos, porque todo el mundo está de acuerdo en que la situación política del país es un enredo. Cuando menos en eso uno puede estar de acuerdo prácticamente con cualquiera. Pero, dado que no soy ninguna politóloga, el interlocutor me inhibió. No necesito ser una experta para saber que estaba hablando, ni más ni menos, con el hermano del ex presidente de México, y tampoco se necesita demasiada perspicacia para descubrir que Raul Salinas es un preso político que vive en carne propia los desvaríos políticos del país.

Respiré hondo y profundo. En mi alegoría de la situación del país, el asesinato de Ruiz Massieu y el encarcelamiento de Raul Salinas son parte de una serie de acontecimientos que, según yo, algún grupo, personaje o ente, no sé qué ni quién, fue produciendo para destruir la propuesta de Carlos Salinas de Gortari. Yo supongo que el presunto grupo, personaje o ente, estaba siendo perjudicado por

los cambios de la propuesta y puesta en marcha del proyecto de país que el entonces presidente de México parecía estar logrando. Eso, u otra cosa que el presidente de México estaba alcanzando, le pisó los callos a alguien capaz de articular un silencioso pero certero golpe al Estado, casi tan sutil como la ley.

Desde mi punto de vista, el problema del país, hoy, viene de entonces. Aquellos o aquellas o lo que sea, se ensañaron de tal forma con el personaje que no se dieron cuenta de que estaban haciendo pedazos la silla en que se sentaban el orden y la institucionalidad del país. Destruyeron la Silla Presidencial y luego nadie se pudo sentar en ella porque sólo quedaron unas cuantas astillas en el suelo. Entonces, bueno, hay que reconstruir la silla, pero mientras tanto, está cañón gobernar desde el suelo...

Raul Salinas sonreía atento y yo me sentía estudiante de prepa tomando un café con un profesor. Ya encarrilada, rematé con algo así como: "Fatales jugadores de billar, por cierto. No se dieron cuenta de que al tratar de sacar a Carlos Salinas de la jugada con ese golpe, le daban a la bola negra en lugar de a la que le tocaba".

Mi imaginación descomunal había convertido a mi anfitrión en instrumento utilizado por un ente destructor de sillas presidenciales y a su hermano en bola de billar. Estaba a punto de morirme de vergüenza. No es lo mismo contarles mis alegorías a mis amigos en la sobremesa, que a los actores del drama. Gracias a Dios, apenas hubo tiempo para reflexionar en eso. La llegada de Fidel me rescató, aunque, lástima, no tuve la oportunidad de escuchar la opinión de mi interlocutor. Eso me pasa a veces por parlanchina.

No volvimos a tocar el tema. Pero el domingo me advirtió Julia que más me vale tener cuidado en cualquier relación que establezca con el hermano del ex presidente. Ojalá fuera sólo Raul, me dijo, pero no es cualquier Raul. El personaje puede ser un encanto o un demonio, eso no me preocupa. Lo que me inquieta es que, como tú dices, no necesitas ser experta politóloga para saber que este hombre tiene enemigos peligrosos. Muy peligrosos.

Es posible que haya yo escuchado llamar a Raul Salinas "este hombre" algún otro día, pero ese día, "ese hombre" formaba ya parte de mi vida, de mi aprendizaje, de mi corazón. Me enojé con mi amiga. Y ya no le hice más caso.

pero no es cualquier bard. El paramaje puede ser un encanto o un demissio, eso no me prescripa. Lo due une inquiera es que, como rá dices, no occasitas ser capara, policologa para saber que este hombre viene encanigos peligranos. Muy peligrasos

Es pouble que haya yo vacueltado llamar a Raul Saimas "one bombre" algún ours día, pero ese día "ese bambre" formalas ya parre de mi vida, de mi aprendizaje, de mi contrôn. Me enajé yan mi enega. Y ya no le bice más casu.

VI. RAUL. DE POLÍTICA NO SÉ NADA

La verdad es que de política ya no sé nada. Simplemente porque en México ya no existe lo que yo conocí como política (en general o incluso a la mexicana). Se acabó. Es difícil saber quién avanza o qué se gana. Nos deben dar esperanza el avance democrático y la transparencia.

Lo que sí registro es la toma de posición de Alejandra:

"Tampoco se necesita demasiada perspicacia para percatarse de que Raul Salinas es un preso político que vive en carne propia los desvaríos políticos del país."

Prefiero quedarme callado. Pero no dejo de reconocer que es buena la imagen construida por la agudeza de Alejandra:

"No se dieron cuenta de que estaban haciendo pedazos la silla en que se sentaban el orden y la institucionalidad del país. Destruyeron la Silla Presidencial y luego nadie se pudo sentar en ella porque sólo quedaron unas cuantas astillas en el suelo."

Prefiero continuar callado respecto al exterior, pero esto me lleva a preguntarme a mí: ¿cuándo empezó en mi vida esto de los enemigos? ¿Qué es esto, por qué?

Una parte de mi ser se sigue identificando, reconociendo, con el niño de primaria que me gustaba ser. Me gustaba llegar bien peinado, con limón en el pelo para que me sostuviera el enorme copete que derramaba mi frente durante todo el día. Disfruté profundamente hacer bien mis tareas, bolear mis zapatos. Me gustaba el blanco de mi uniforme de gimnasia. Lo blanco de los tenis, de los pantalones, de la camiseta: todo mi mundo se vestía de blanco y me gustaba. Todo marchaba bien.

¿Cuándo empezó a gestarse el monstruo, el huevo de la serpiente? ¿En qué instante se transformó el cumplir bien en algo que lastimaba a mis semejantes: vanidad, soberbia? ¿Cómo un niño que se peina con jugo de limón para mantener el buen aspecto y cuida su uniforme blanco durante todo el día, llega a tener "enemigos peligrosos, muy peligrosos"? ¿Qué pasó en el camino?

Desde niño, muy niño, me dan mucha ternura los animales. Los patitos, los conejos, las codornices, las palomas, los perritos recogidos en la calle poblaron mis encantos, fueron mis tesoros. Pocas cosas tan delicadas y amorosas para mí, en la naturaleza, como un venadito de ojos grandes, y vulnerable hasta las lágrimas. Me encantaba colorear los mapas: los ríos de azul, pero un azul diferente al mar, las montañas de café, las selvas de verde, las sabanas de ocre y el desierto de amarillo seco. Me sabía de memoria los nombres de los cabos, de las islas y de los archipiélagos que acompañan a cada continente, que adornan cada país. Recorría con la punta de mi dedo índice cada contorno, cada vertiente. Fui concentrado explorador en el territorio de mi cama. En mi mochila de niño (que era de

color verde, con tirantes) guardaba cada día ilusiones de un mundo por conocer, compromiso de lo por venir, el gusto de comer una torta de cajeta, de reír con mis amigos, de acariciar un cachorrito. Frente a mi maestra de primaria fui mirada de asombro, y satisfacción del deber cumplido. Nunca pensé que en ello me hiciera de enemigos.

¿En qué momento me hice hombre y transformé en agresiones, amenazas o envidias mis tareas de niño? Los juegos se fueron haciendo más rudos, las voces más agrias, los deseos menos nobles. Los mapas fueron terrenos, las maestras mujeres y los compañeros, amigos unos y otros rivales. Pero frente al espejo, en el baño del penal, puedo cerrar los ojos y sentir que soy el mismo niño. ¿Y ahora? ¿De qué voy a llenar mi mochila para los nuevos pasos que voy a dar?

Me parece que lo primero será un envoltorio de humildad, pero no por sentirme menos, sino para pensar más en los demás. Un buen manojo de paciencia, mucha capacidad para andar por los prados con los pies descalzos, con los ojos abiertos, con la sonrisa como quien tiende la mano. En paz. Un poco de agua para apagar tanto fuego. Inocencia con hierbas de asombros, magia con y sin varita, credulidad acompañada de su hermana incredulidad. Un pedazo de piedra que cante. Un tamal de tiempo que vibre. Una gota de mar que se evapore en el viento para que se lleve mis penas y las de los demás. Y unos calcetines que quiten el frío de los pies. Una cajita de suspiros suaves y otra de sabor tormenta. Y desde luego, agua con néctar para mi colibrí, para que siempre esté tan cerca que me despeine.

color verde, con cinantes) gravitaba cada dis ilusiones de un numdo por cenocer, compromiso de lo por venir, el gusto de conser tinaserra de caseca, de neir con mis amigos, de acariciar un exchorirol rente a mi maestra de primaria fui mirada de asomisto, y sanafueción del debet cumplido, climica pense que en ello me bisiera de enemigos.

En qué momento me hice hombre y transformé en agresiónes, athenasas o envidias mis tarest de niño? Los inegos as hicronlaciendo más mátes, las vocas más agriar los de toos menos nobles. Los mapas fueron terrenos, las masistis majeros y los compañeros, amigos unos y otros revales. Paro frante al espejo, en el haño del penal, puedo cerm los nios y sentir que cay el mismo pato galangal. De que voy alterar mi mocinia para los mueros paros que voy a dar?

Me purces que lo período terá un anvoltorio de immitatel, pero no por senirme menos, uno para pensar más en los demás. Un baco manojo de paciencia, mucha capadidad para andar por los prados con los pies descaleos, con los ojos abireros, con la soarias como quiem aende la mano. En pal, Un pocio de agra para apagar nanto fuego, inocencia con bisciosa de asómbros, magos con y sin varian prediciidad assumpañada de su hacumana inocentidad. Un pedaso de pieden que came. Una santa de mempo que vibre. Una gon de nom demás. Y imos cames que quiten el frio de los pies y las de los demás. Y imos calentes que quiten el frio de los pies tina caja de asímpiros, suaves y circa de sabre tormenta. Y desdo luego, equidade simpiros, suaves y circa de sabre tormenta. Y desdo luego, equidade con con que mo con como para que mentamenta para ma colibri, para que siemipar ono ten cerca que me despetine.

VII. ALEJANDRA. A LAS DOS DE LA MAÑANA

Son las dos de la mañana. Hace tiempo que no escribía tanto y con tanta impaciencia.

Escribo, como siempre, para explorar; y allá, en mi más profundo yo, empiezo a creer lo que pienso, a querer lo que siento y a respetar lo que soy.

Hay insomnios que valen la pena ser vividos.

Estas noches ha estado junto a mí el libro-pretexto que es un sitio de por sí turbador y profundo de mi alma. En la portada veo todo el tiempo el espejo del que hablé con Raul. Un espejo en el que soy niña, mujer y anciana. Un espejo que orgullosamente diseñé junto con mi hijo Roberto hace tres años, casi cuatro. Es un espejo mágico para el imaginario colectivo que vive en mí. Un espejo donde exploro la dualidad de mi personalidad geminiana, el desdoblamiento de mis muchos yoes.

Regreso a la celda de Raul donde también hay un espejo. Donde busco respuestas a lo mío y a lo suyo para interpretar el mundo. No puedo evitar saber lo que sé y sentir lo que siento. Escucho de nuevo una frase que oí en la radio, que reza: "Sé lo suficiente para saber que de eso no quiero saber". Pienso que debí haberle hecho caso al dicho, pero me respondo que sé lo suficiente para saber que no sé lo suficiente y quiero saber más y más. Me gusta escribir porque puedo ver las cosas desde adentro y desde afuera.

Casi habíamos terminado de comer un pescado bastante bueno acompañado de arroz integral y la famosa ensalada Almoloyita que preparó Raul, cuando me soltó una pregunta *knock out* que casi me hizo comerme el plato.

—¿Te da miedo que te puedan volver a encarcelar? Terrorismo mental.

—¿Quién no tendría miedo de ser encarcelado habiendo visto tu expediente y vivido el mío? —contesté desde el más profundo de mis miedos: saber a mis hijos vulnerables frente a semejante sistema de justicia.

Leo de nuevo la parte en que Raul se pregunta qué le hubiera sucedido si lo hubieran enjuiciado por lo que en realidad hizo, en lugar de usar brujas y sembrar huesos en su jardín.

Vaya respuestas a tu pregunta, Raul. Tú qué opinas, ¿te daría miedo que te pudieran volver a encarcelar si fueras yo, sabiendo que no te encierran por lo que haces, sino por estar parado en un lugar equivocado o porque estorbas o porque a alguien que no te quiere se le ocurre sembrar huesos en los jardines o inventar historias que compran los jueces? Créeme que a cualquiera le puede pasar y volver a pasar. El riesgo de ser castigado o encarcelado no tiene relación con qué tan culpable eres, no viene de una consecuencia lógica. El riesgo y lo que me asusta es que no hay certeza jurídica, no hay certidumbre. No hay derecho. Toco madera por mis hijos, por mí y todos mis compañeros...

Ya antes me había dicho que cuando leyó aquel párrafo que dice: "Yo estoy aquí por una consecuencia lógica de mis propias decisiones...", que está escrito en alguna página de mi libro que él subrayó y que seguramente puede encontrar cuando quiere porque está apuntada en la tercera de forros del ejemplar que vive con él, pensó en que el problema de su decisión fue acercarse al abismo. Me reí porque siempre he pensado que tengo una tendencia insana a acercarme a los abismos, al peligro, al riesgo. El riesgo me seduce más que casi cualquier otra cosa.

Por cierto, yo suelo comer la ensalada de entrada y no de postre. En eso no nos parecemos, pero como yo no sabía sus gustos y él no sabía los míos, tuvimos que comernos todo junto en el mismo plato. Mientras pienso en esto, sentada en la sala de mi casa en la madrugada, tengo sobre las rodillas un escrito del propio Raul, que espera ser releído una y otra vez más. Estoy sumergida entre escritos ya escritos y nuevos escritos; viejos recuerdos, nuevas reflexiones.

La portada de *Donde el tiempo se refleja* se ve al revés de los dos lados y, por azahares del destino (digo azahares que llenan mis sentidos de aromas mágicos, no azares que desconciertan mi seguridad), cuando regresé con un nuevo café encontré que la amabilidad de la niña y la vieja que ocultan un poco el dolor de los barrotes en la portada de mi libro compite, ferozmente pero con acierto, con el escrito de Raul que explica que los tiempos en la cárcel se confunden, que el pasado se hace presente a cada instante, que en sus recuerdos encuentra consuelo, pero que de pronto los horrores de la prisión de alta seguridad invaden sus recuerdos. Hay certeza en algo: los recuerdos horribles que regresan, se mezclan, se diluyen al evocar la suavidad de un caricia, de un acuerdo, de un acierto.

Tengo más preguntas. —¿Para qué me mandaste el libro del doctor Eduardo Gómez Bernal? —le pregunto a Raul en el silencio de mi sala.

Tomo como único detalle personal de tu carta el recadito de tu puño y letra que dice "y sincera gratitud" acompañado de tu firma. Las cartas que estabas ensobretando eran idénticas a la mía y el libro que las acompañaba también. Te vi firmar varias. ¿Para quién eran?

Te conté que he participado en varios programas de radio relacionados con la cárcel. Mujeres y cárceles se llamó el último. Esa vez conocí a un grupo de mujeres que trabajan en las cárceles femeniles tratando de dar ánimo a las reclusas. Pensé en participar en algo. No sabía en qué y nunca llamé. Pero te cuento que participo activamente en mi círculo cercano promoviendo el dejar atrás la venganza y comenzar a encontrar soluciones. Predico entre mis amigas que no castiguen a sus hijos, que mejor les enseñen a reparar el daño, a asumir las consecuencias de sus actos y sobre todo a perdonar. Si pintan la pared, la limpian y punto. Si rompen un florero, lo pegan y asumen que nunca va a quedar igual, pero que la vida sigue; si te hablan feo les pides que vuelvan a intentar, no les gritas de regreso. En fin, cosas como esas. Por cierto, mis hijos tienen que pedirme que vuelva a intentar algunas veces, porque puedo ponerme loca y hablarles feo. Pero el tip funciona. No tienen que enojarse y castigarme, vuelvo a intentar y me perdonan nomás así.

¿Qué me agradeces? ¿Qué recaditos escribes en las demás cartas? A veces hago esto cuando escribo. Me permito dialogar directamente con un ausente. Espero que si algún día lees este escrito, no lo tomes como falta de respeto. Pero si te agrediera, dime que vuelva a intentar y lo intento de nuevo. Bueno, a esta hora, es la única forma que tengo de hablar conmigo y necesito respuestas.

Además, Raul Salinas no está ausente de mi vida en este instante. Desde aquella conversación telefónica el lunes pasado, he pensado en su caso y en su causa con tanta frecuencia que se ha vuelto un poco omnipresente en mi pensamiento. Por angas o por mangas, tenemos un objetivo común que se relaciona con la necesidad de hacer pública la injusticia. Más aún, por diferentes razones, ambos tenemos la necesidad de hacer al mundo consciente de la diferencia entre venganza y justicia. Un caso son todos los casos, no importa, porque todo es parte de lo mismo.

Desconozco muchas cosas del expediente penal de Raul Salinas. Casi todo lo que sé lo sabe la mayoría, porque ha sido publicado y replicado durante años. He manifestado mil veces en las sobremesas que Raul Salinas está en la cárcel por un crimen que no cometió, y esto ha sido constante en mi discurso desde mucho antes de conocerlo personalmente; lo he dicho con la seguridad que me da el sentido común y el dolor que siempre he compartido con él, porque estuve presa acusada de un delito que no cometí.

Escuchar o leer que la hechicera y los huesos del jardín son una prueba que inculpa a Raul Salinas del asesinato de su cuñado es tan ridículo o más que haber escuchado en el juzgado que yo me paseaba con portafolios llenos de dinero para impresionar a los clientes de mi marido. Por favor. Si hasta para conseguir un crédito es suficiente presentar en tres, cuatro, o máximo doce hojitas impresas, tu estado de cuenta; es ridículo decir y menos creer que una señora se pasea por un aeropuerto con portafolios llenos de dinero. En mi novela, la tipificación del delito de abuso de confianza de Fernanda Romero es sustentada con los dichos de un testigo que dice que la señora le mostró un portafolios lleno de dinero en un rastro. En mi expediente penal dice lo mismo que en el libro, salvo que se lo mostré al fu-

lano en el aeropuerto. Una amiga de mi mamá me dijo un día que tengo una imaginación descomunal. "¿Cómo se te ocurrió lo del portafolios lleno de dinero?"

Si no fuera tan público el caso de Raul Salinas, cualquier cuentacuentos se podría plagiar el argumento y todos aplaudiríamos su imaginación. Pero la defensa pública de Raul es mucho más complicada que el reconocimiento de la ridícula falsedad de las acusaciones que se le imputan. La gente se enreda en otros mil y un temas que no vienen al caso con tal de no soltar al chivo expiatorio que tanto placer les causa ver enjaulado. Se argumentan contra él cosas como la difícil situación de la economía del país, ser un conquistador de mujeres, montar con buen estilo o la marca de sus zapatos. Incluso se le juzga por tener faltas de ortografía, lo que si fuera cierto, yo compartiría.

Evidentemente las cartas y el libro están dirigidos a cualquier persona que pueda hablar en favor del caso de Salinas. Evidentemente es muy difícil que un preso político salga de la cárcel por la vía legal. Evidentemente la presión de la opinión pública es una herramienta política importante. Evidentemente es ridículo, pero es real.

Me temo que no está fácil. Creo que el primer paso es hacer al mundo consciente sobre la diferencia entre venganza y justicia. Un caso son todos los casos, no importa, porque todo es parte de lo mismo.

VIII. RAUL. ESCRIBO PARA SABERME VIVO

Alejandra, le digo en algún momento, escribo para saberme vivo. Cada carta que he enviado (son miles) es como una botella que el náufrago lanza al mar. Siempre esperamos que alguna llegue a manos que no puedan olvidar. ¿Acaso el náufrago quiere que la gente crea su verdad? ¡No! Lo que los hombres abandonados en una isla en medio del mar (de la indiferencia) queremos, es que nos sepan vivos.

Cuando me encerraron en Almoloya, no me llevaron a una cárcel, era un mausoleo. Un monumento a la venganza; contra culpables o inocentes, no importa. Es monstruoso, es un sepulcro oficial, de tránsito, para honrar, si se puede, a la venganza.

Las lágrimas que derramaron mis seres queridos eran lágrimas de mis deudos. Fui testigo de mi entierro. Mis hijos me lloraron en el encierro-entierro. Y yo lloré con ellos. Mi esposa, mis hermanos, mis amigos todos, me lloraron en mi sepulcro y yo miré con mis ojos sus ojos de duelo.

La cárcel de Almoloya es una isla donde lo que nos vigila son seres anónimos ataviados de negro y los tiburones se visten de ministerios públicos y de jueces. La cárcel es un coliseo donde los condenados a muerte miran, paradójicamente tras un cristal contra balas que los "protege", a los verdugos arrancar su intimidad, despedazar su nombre, destrozar su historia, inventar sus recuerdos, malograr sus aciertos, desdibujar sus afectos, borrar sus gestos.

Yo vi, impotente, a las "autoridades" hacer de mí, de mi historia, un cuento macabro. Los miré actuar sin el menor pudor para construir un monigote que sustituía al hombre que estaban enterrando entre paladas de papel y computadora. Escuché, asombrado, a los falsarios declarar "la verdad"; a los ausentes jurar su presencia. Sufrí, incrédulo, a los jueces decir que nada de mi vida —la que he vivido cada día— es cierto; y que la verdad "legal" es la que ellos acaban de dictar. Me sustituyeron "legalmente" por un monigote, por un judas de los que se queman y despedazan en las ferias de pueblo.

¡Buen monigote para la quema frente al pueblo! ¡Buena feria! Mi celda era un ataúd, un sarcófago de concreto. Frío, callado, inclemente. Las celdas son ataúdes de paso, que se construyen en serie.

Un historiador divulgó que había abandonado a mis hijos. Mintió.

Un periodista publicó que importé leche contaminada. Mintió. Un testigo declaró (a cambio de 500 mil dólares) que fui asesino. Mintió.

Un juez falsificó constancias del propio expediente. Mintió.

Un procurador que sembró huesos en mi jardín afirmó que se había acabado el tiempo de sembrar cadáveres. Mintió.

Un juez sentenció que pasaría cincuenta años en la cárcel. A todos mintió.

El presidente Zedillo juró respetar las leyes. Mintió.

¡Todos mienten! Nuestros líderes, nuestras autoridades, ¡todos mienten! Hace tiempo, yo también formé legión en las filas de la mentira.

Es desesperante, Alejandra.

Entre Gritos y susurros, me dice Ana María Olabuenaga:

"La historia cotidiana en nuestro país está escrita así: Todo lo que parece que es, no es. Todo lo que debería ser, tampoco será. Lo que realmente está sucediendo es lo impensable, lo improbable, lo imposible.

"¿En qué país vivimos — se pregunta— que un simple publicista le hace más sentido a la gente que un político?"

A lo que me responde Carla Rippey:

En México, "lo que unos consideran una mentira, para otros es una defensa de su espacio personal, de su posibilidad de desplazarse libremente. Un mecanismo de sobrevivencia en un mundo de jefes arbitrarios, esposas (os) sofocantes, padres represivos, etc. Una forma de ejercer poder a pesar de tener negados otros poderes. Y claro, como es una arma, una manera de tener poder y se supone que todo poder corrompe, pues ya imagínense las posibilidades infinitas de utilizar esa arma y sus posibles abusos."

¿Para qué escribo, Alejandra?

Callarme, "porque así conviene", me mata, Alejandra. También callando se miente. Tanta mentira nos está matando a todos. El país no avanza porque está encadenado a la mentira. ¿Qué escribo en mis cartas? La verdad, Alejandra. Por eso tengo respuestas, y no todas terminan en el cesto de la basura. La verdad es mi supervivencia: es el agua de coco de mi isla. Porque ante tanta mentira, ante tanto mo-

nigote, ante tanto circo, no podía desangrarme solo, callado, muriéndome de frío. No podía dejar que el llanto de los míos se secara ante la indiferencia y la pequeñez.

Escribo porque no voy a seguir permitiendo que me entierren vivo. Escribo, mi querida Alejandra, para saberme vivo. Porque aunque tenga que luchar toda la vida, no voy a permitir que me sepulte tanta mentira.

Sin embargo, en tu propio texto escucho tu sabia respuesta:

"Me temo que no está fácil. La palabra venganza suena más fuerte que la justicia."

Sí, Alejandra, es cierto.

Pero recuerda lo que te dije: una ola de resentimientos me trajo hasta este arrecife y su encierro. Y una nueva ola, positiva, o su resaca emocional en la sociedad, me habrá de hacer libre, físicamente libre.

IX. ALEJANDRA. NO ES PROBLEMA MENOR

Que algunos jueces sean corruptos, que los abogados cobren por inventar detalles tortuosos y novelescos para sustentar la tipificación de los delitos y que las leyes sean difusas y confusas, no es un problema menor. Especialmente para quienes tratan de encontrar la salida de un penal.

Por la mañana escuché el caso de este muchacho que atropelló a un pequeñito de cinco años, en la voz de una amiga de la familia de la víctima. No estoy hablando del chiquitito, que me provoca gran pena, sino del muchacho. De la víctima del sistema.

No quiero imaginar que alguno de mis hijos tuviera una desgracia similar. Que por arte de magia saliera un niño corriendo de una casa y por arte de un descuido, de una distracción, de la inexperiencia, del miedo, de la falla de un reflejo motor o de un lo que sea, no tuviera tiempo de frenar. No quiero imaginar la angustia de un muchacho veinteañero que atropella a un niño. La culpa, el desasosiego, la desesperación. Veo a los padres del bebé furiosos, desesperados, hundidos, llenos de complejos de culpa idiota que no los deja ver ni comprender. Los veo gritar:

—Castiguen al muchacho. Sáquenle sangre, aplástenlo, desbarátenlo.

Y con el puro olor de la sangre, los vecinos gritan también:

—Aplástenlo, desbarátenlo; jVuEsNtGiAcNiZaA sobre la tierra.

El dolor de encontrar a un hijo destrozado por las llantas de un auto debe ser insufrible, espantoso. Ninguna madre, ningún padre, ningún hermano podrá dejar de extrañarlo, de tener pesadillas, de ver en cada auto a un enemigo, a un verdugo, a un monstruo. Hay un lamento punzante en el viento. ¿Qué hacer? ¿Cómo perdonar al destino, al muchacho, a la humanidad entera por haber fabricado automóviles que matan? ¿Cómo derribar la impotencia de tener en tus brazos el cuerpo de un hijo que ya no respira? ¿Cómo callar el lamento de una muerte violenta, involuntaria, injusta? ¿Cómo sobrevivir al arrepentimiento de no haber puesto una doble chapa, de no tener más ojos y más manos, de no haber estado ahí para evitar que este bebé estuviera en el lugar incorrecto en el momento preciso para que un accidente, una equivocación, un reflejo tardío, una comedia de errores le arrebataran el alma?

No hay forma de reparar el daño. No hay manera. Pero hay forma de hacer más daño. Mucho daño. La palabra *venganza* suena más fuerte que la otra, *justicia*. En estos tiempos, la palabra *justicia* es el disfraz más común de la venganza. Invade los medios de comunicación, las mentes, los pensamientos...

El abogado recomienda a los padres del bebé asegurar que el muchacho atropelló al niño y regresó en reversa para terminar de acabar con su vida, para después huir. El castigo por asesinato imprudencial no es suficientemente "justo" para el caso. De esta forma, con esta "mentirita" inculpadora, aseguramos que el "agresor" no salga pronto, no salga nunca de la cárcel. El muchacho que atropelló al niño

está roto, asustado, desconsolado. Qué importa. Tenemos la oportunidad de terminar de destrozar otra vida, de vengarnos de la muerte, de maltratar a un chivo expiatorio que seguro, con su sangre, hará que los dioses nos envíen prosperidad y quién quita que hasta nos den vida eterna. ¿No sería suficiente dejar a la víctima viva del accidente vivir con la zozobra de haber matado a alguien sin querer? ¿Con la impotencia, el dolor y la culpa de pensar que pudo haber evitado la muerte de un inocente?

Escucho a mi hijo decir:

—Mamá, si hubiera sido yo, me muero del remordimiento. Pobre cuate.

Ser víctima de un accidente es doloroso. Ser víctima de un sistema es penoso, lamentable y cruel. Así es nuestro sistema.

Son las cuatro y diez. Mañana tengo un largo día de trabajo y necesito dormir. ¿Cómo dejar tanto tema pendiente? Apenas empiezo a vislumbrar mi cárcel y a explorar mi salida, me instalo en su tema. Últimamente todo gira alrededor de este mensaje. Mensaje para ti, mensaje para mí, ¿mensaje para quién?

Mi novio está un poco celoso de esta incipiente relación con el famoso y controversial ingeniero Raul Salinas de Gortari. Hablo de él, pienso en él, escribo sobre él, me reflejo en él, pero creo que más bien debía estar celoso de mi búsqueda de motivos. Creo que tiene cierto fundamento pero ninguna razón. Estoy encontrando la lógica de mi laberinto y toda mi energía se encuentra en eso. Algo perdí en esa cárcel hace doce años y no lo encontraba. Algo que me llenaba de nostalgia porque ya no estaba y ni siquiera recordaba qué era o cómo era...

Mi amiga Lucía fue ayer a una entrevista a Greenpeace. La última pregunta que le hicieron fue si estaría dispuesta a ir a una ma-

nifestación en la que hubiera un alto riesgo de ir a la cárcel. Omitieron la parte que explica que su organización puede pisarle los callos a los poderosos, y que en este país ese es el motivo más poderoso para ir a la cárcel. Pero no necesitas ser experta investigadora para leer entre líneas el riesgo que implica pertenecer a una causa que puede generarle algún disgusto a alguien que hace porquerías. Y que, para vengarse, simplemente levanta el dedo y te transportan a la cárcel. ¿Cómo voy a evitar relacionar la pregunta con el caso de Raul? ¿Cómo no voy a sentirme agraviada?

Mi momento actual puede ser kármico o nada más resultado de algunas decisiones tomadas aquí y allá, a veces tarde, a veces temprano, otras veces justo a tiempo. La decisión de hoy está tomada, voy a explorar este asunto hasta la última de sus consecuencias. Voy a encontrar mi verdad de alguna forma, o cuando menos la voy a buscar. Pero hoy ya casi es mañana y el tiempo no se detiene aquí afuera. Tampoco adentro, pero es diferente. Las cosas suceden de otra manera, en otra secuencia, con otra lógica y otras prisas más agudas pero menos propias, menos tuyas. Son tuyas porque te afectan, pero ajenas porque parecieran no depender de ti, aunque un poco sí. ¿Dónde está la sutil línea roja? ¿Hasta dónde decidimos y hasta dónde somos sólo parte de una historia, de una circunstancia permanente, de una moda, de un vientre, de un momento, de una referencia en el periódico de hoy?

Nadie que haya estado en una cárcel deja de haber estado ahí. Nadie que haya perdido la virginidad para siempre en una violación es la misma al día siguiente. Nadie que haya sufrido la ofensa lastimosa de una violación, sea o no virgen, puede dejar de saber lo que es ser violado. A nadie que haya tenido hambre se le olvida lo que es el hambre. Nadie que haya tenido sed se sacia de agua. Nadie que

haya ido a la guerra piensa que la paz es un estado mental. Nadie que toca la ventana de un auto con estéreo para pedir un peso deja de resentir al conductor, y ningún conductor puede mirar sin pena al hombre que pide un taco, ni dejar de sentirse culpable por dirigirse a su casa donde le espera una sopa de fideos. Nadie es libre mientras otros sigan atrapados en las cárceles, en las drogas, en la pobreza, en las diferencias que duelen hasta la médula con cada encuentro que a todos nos señala. Parte de lo mismo. Parte de nada. Parte partida que evoca el pecado original, el bien y el mal, la luz y las sombras, el goce del deber ser y el inmenso placer de lo prohibido...

Desvarío. Definitivamente, me voy a dormir en un tiempo que no existe, en un espacio que está lleno de nada, en un instante de recuerdos que se mezclan, que dicen todo en el silencio de la ausencia. Significados ficticios, palabras que no se piensan y mucho menos se dicen, ficciones verdaderas que se han soñado tanto, que de tanto negarse se vuelven mares. Quimeras que al rebosarse sobrepasan los límites de la realidad que abunda en la carencia...; Qué me pasó ese sábado, que puso límites a mis impulsos al tiempo que detonaba la libertad de mis manos, de mi inexistencia guardada en un cajón, de mi permanente desencuentro con la negación de mis nadas? ¿Qué me pasó este sábado con fecha, que me llena de palabras intemporales, que me acecha como un león enjaulado, que me rige como un sultán a su pueblo, que me convierte en Sherezada que cuenta cuentos para salvar su cabeza, que me habla con la certeza con que Sor Juana nos canta cuando insinúa al niño que pone al coco y luego le tiene miedo y me deja tan hambrienta como la luna a Sabines cuando se la come a cucharadas?

X. RAUL. AL AMANECER ME SORPRENDO

Me duermo pensando en el texto de Alejandra. Al amanecer me sorprendo recorriendo el mismo territorio sin descanso. Leo tus escritos, me deslumbro por tu intensidad, por tu infinita capacidad de vivir y dar vida. Me deslumbras.

"Mi novio está un poco celoso de esta incipiente relación con el famoso y controversial ingeniero Raul Salinas de Gortari."

Entonces te pienso mujer, una mujer... tremenda mujer.

Me digo que me imagino a tu novio ahora y a tu marido hace años: ¡pobres hombres! ¡Cómo se sentirían con una mujer tan grande junto a ellos! Pues pequeñitos, amenazados, muy asustados.

Los entiendo. Sobre todo a tu marido que se casó con una niña, casi, y de pronto debe haber sentido que crecías y que lo amenazabas (quizá ni fue consciente). Imagínate un hombre que va al super y compra una macetita de clima templado, con una plantita muy bonita (tradicional), pequeña, muy a su gusto y de acuerdo con lo que piensa adornar. Y de pronto, con los años, sin saber cuándo ni

por qué, se da cuenta de que dentro de su hogar, ¡de su cama!, ha crecido una mandrágora, una planta exuberante, tropical, quizá hasta devoradora... ¡Pobre hombre! Qué otra cosa hacer que salir corriendo. Quizá alucino, no lo sé.

Y ahora tu novio, que te dice que está celoso de tu arrebato por este personaje tan cuestionado (por decir lo menos). ¡Pobre hombre! Lo que te está diciendo es que lo asustaste. En el fondo, que le quedas grande. Imagínate tú a Jean-Paul Sartre, diciéndole a doña Simone de Beauvoir: "Simona, por favor, me parece que esa falda que traes se te ve muy corta... no lo digo por ti, sino que no está bien la forma en que te miran los hombres...". Doña Simona se quedaría callada pensando (en francés, supongo): "Pues ve a ver a ti quién te cambia los pañales (aunque te creas un hombre adulto y tengas 30, 40 o 100 años)".

Lo que te ha sucedido es que nos quedas grande (así, en un plural que me incluye). ¡Todos los hombres les quedamos chicos a las mujeres! Y eso es mejor que lo sepamos todos, incluyéndote a ti y a mí por supuesto.

Me reconozco en ti en cuanto que eres un espíritu libre. No puedes ser mujer de nadie. Nadie es de nadie, si bien a algunos nos gusta creer que somos de alguien o que alguien más es nuestro, de nuestra propiedad. O que está al menos bajo nuestro dominio, nuestro poder. No que no seas mujer de tu pareja. Es otra cosa, es que nadie puede tratarte como si fueras de su propiedad, porque entonces te sientes amenazada, atada, agredida incluso. Entiendo que el hombre que te tenga cerca desee con toda su alma poseerte ampliamente. No sólo por la felicidad de tener una mujer tan hermosa, sino como una garantía (por demás inútil) de que no te vayas. Pero cada vez que quieran retenerte, te irás siempre: ni hablar: eres un ser, una

mujer libre. A los hombres esto nos amenaza, nos asusta, incluso nos disgusta.

Recuerdo que estábamos a punto de preparar la comida. En la estrechez de la celda me volví hacia la parrillita eléctrica que me han permitido tener para cocinar; coloqué mi sartén de usos múltiples (comal, recipiente para baño maría, tapa, y por supuesto sartén) para preparar un pescado. En la protección que me daba estar de espaldas, confesé que de mi primer matrimonio me había ido por miedo.

Ana María, la mamá de mis hijos, era una bella joven universitaria en los años setenta y como tal participaba en lo que, en aquel momento, se llamaba la liberación femenina, y esto fue suficiente para que a mí, un macho tradicional, me amenazara más que el paredón. Lo más aterrador es que de esto me di cuenta dieciocho años después del divorcio, cuando me encontraba en la profunda soledad de Almoloya.

Un día, de pronto, me dije: "Ahora sí ya sé por qué me divorcié de Ana María". Me divorcié porque me dio miedo, y era más fácil salir huyendo que mirar de frente a una mujer, sobre todo a una mujer que está creciendo en el sentido más amplio del término. Lo más grave de todo es que creo que no soy un hombre particularmente miedoso, me temo que pertenezco a la generalidad e incluso algunos piensan que soy de los valientes. Pero lo cierto es que los hombres les tenemos miedo a las mujeres. Éste ha sido uno de los daños colaterales del feminismo si se quiere, en términos negativos; o del crecimiento de las mujeres, si se acepta en términos positivos. Lo cierto es que hoy en general los hombres les quedamos chicos a las mujeres, porque ellas crecieron y nosotros, por el miedo, nos inventamos mil historias que nos impidieron crecer con ellas.

Hace años, las mujeres buscaban que se les considerara algo más que empleadas domésticas que atendían a los machos en el hogar. Así, y por cuestiones económicas, se lanzaron a conquistar los mercados de trabajo y lo hicieron con éxito. A la vuelta de varias décadas, lo que tienen, además de hombres chiquitos, es un muy demandante trabajo, la obligación de ir al gimnasio porque además deben ser guapas, y también que atender como empleadas domésticas a los machos en el hogar. Incluso me atrevo a decirle a Alejandra que otro de los daños colaterales de la llamada "liberación femenina" es que a los hombres ya no se les admira: el mamut que cazan es igual o más pequeño que el que caza su mujer.

Lo que ha sucedido es muy penoso, por lo menos en mi caso. Cuando mi esposa empezó a crecer junto a mí, tuve miedo y me fui. Peor aún, ni siquiera lo hice consciente, sino que me inventé una historia heroica (un gran amor a primera vista por el que valía romper con todo) y me salí del hogar.

Reconocer todo esto no me es fácil. Es tan penoso para mí como si de pronto Homero nos contara, en la *Ilíada* y en la *Odisea*, las intimidades emocionales de los héroes de la guerra de Troya, y nos mostrara sus flaquezas. Ulises se fue de Ítaca no por luchar por la gloria de Menelao, sino porque le dio miedo que Penélope fuera mucha mujer, y para disfrazar aún más la cosa se le ocurrió todo lo del Caballo de Troya, para ocultar su verdadero miedo. De regreso al hogar, para no llegar tan apenado y tener más historias heroicas que contar, se lio a golpes con el cíclope, como quien se pasa un alto y se pelea con los policías. Y así, aunque llegue tarde a la casa, viene rodeado de patrullas y un olor de heroicidad. No da oportunidad a que Penélope le reclame y le diga que ya ni la friega, que ella quiere otra cosa: ser su igual.

Esto no es fácil.

Uno quisiera tenerte, o tenerme. No se puede. No se puede amarrar el vendaval en casa, a una pata de la cama, entre las manos. No se puede. En el extremo, los hombres tenemos que entenderlo: de lo único que serás mujer prisionera, cautiva (voluntaria) para siempre, será del amor a tus hijos. Y eso te hace aún más mujer, y menos comprensible para el hombre que quiera tenerte: ¿por qué para ellos sí y para mí no?

Alejandra me lanza otro reto:

"La decisión de hoy está tomada, voy a explorar este asunto hasta la última de sus consecuencias. Voy a encontrar mi verdad de alguna forma, o cuando menos, la voy a buscar."

¿Y yo?, ¿cuál es mi verdad, qué busco? ¿Qué es en mi vida eso que estoy dispuesto a lograr hasta sus últimas consecuencias? ¿Qué busco en este diálogo con Alejandra? ¿Qué busco en este mundo? ¿Es una meta; es un camino? La respuesta es total: busco el sentido de mi vida.

Vivir, escribió —magistralmente, para mí— Pessoa, es ir hacia uno mismo, con escala en los demás.

Desde que nací he ido viajando hacia mí mismo. Y ese viaje ha estado marcado por una frase de mi mamá. Ella me contaba que desde que estaba en su vientre me hablaba. Me decía amorosamente: "Tú vienes a la vida, a este mundo, a ayudar a mucha gente". Independientemente del proceso de mi madre, en donde quizá ella me encargaba la tarea que creía propia, a mí su mensaje me marcó.

¿A qué vengo a este mundo?, me he preguntado bajo todos los cielos y todas las noches. ¿Seré explorador, mago, caballero andante, amante, militar, líder, ministro, ingeniero, místico, científico, carpin-

tero, suicida, político, empresario, mártir, agricultor, criador, amansador de caballos, revolucionario, pintor, escritor, constructor, deportista, inversionista, cazador, navegante, boxeador, inventor, buen hijo, estudiante, buen padre, torero, alfarero, buen hermano, buen amigo, vaquero, fotógrafo, historiador, curandero, cocinero, millonario, conquistador, sacerdote, caballista, jardinero, un viejo sabio... poeta?

Desde muy niño miraba con ojos de radar todo lo que me rodeaba. Mi alma se encendía ante la mínima yesca de un comentario, de un suspiro. Me volví empático permanente, tratando de entender todo y a todos, buscando mi camino en cada encrucijada. Escuchaba, y me preguntaba: ¿será por aquí, como esto? ¿Cómo llegar adonde no sé y por un camino que no conozco? ¿Cómo hacer luz entre la oscuridad?

Con el paso de los años, mi padre, que de mis tribulaciones algo intuía, me dijo una ocasión en que yo alababa la historia de un jovencito que se había ahogado en la presa de un pueblo por salvar la vida de otros pequeños: "Te quiero vivo, mucho antes que héroe". (Al menos supe que no es el martirio el destino; que hay que vivir todo el camino.) Pero entre estos extremos me he debatido.

Alejandra me llama espejo, y seguro que yo también me miro en ella, o a través de ella. Me detengo, la reconozco como privilegiada escala; y entonces, de pronto, me doy cuenta de que todos los demás seres con que me he encontrado han sido una escala y un espejo de mí mismo. Una señal en mi camino. Y seguramente, lo hayan reconocido o no, yo también lo he sido para ellos.

Para bien o para mal, ahora que recapitulo, me doy cuenta de que los veía a ellos sin reconocerme a mí. Por eso quizá a veces fui superficial o frívolo, desatento, o mis juicios fueron tan injustos como

severos. Ahora que los puedo ver como un reflejo de mí, reconozco en mí sus virtudes y sus defectos.

No cabe duda, Dios (o la vida, que cada quien le llame como quiera), en su sabiduría, siempre me ha dado todo lo que necesito para llegar a mí. Revalúo entonces mi andar, mi niñez, mi juventud; a los conocidos y a los amigos; mis "éxitos" y mis "fracasos"; la cárcel. Cada encuentro, cada experiencia, toda situación. Todo era una clave, todo es un indicador. Todo lo que ahora descubro como nuevo, ya lo sabía.

La vida parece ser no un aprendizaje, sino un eterno redescubrimiento. Hay que estar muy atento para ver afuera, para ver al otro. Porque en cada situación y en cada uno me descubro a mí mismo.

Es lo que en este momento me pasa tan fuerte con Alejandra, que me tiene avasallado. Es un estado de alumbramiento, como de asistir a un milagro. Es poderme mirar a mí mismo, amorosamente. Sin culpa, por ejemplo, de ser privilegiado. Esa intensidad de Alejandra, esa pasión, su capacidad para comunicar, para decirse, me están reflejando. Todo me está hablando tan fuerte de mí, me está diciendo tanto de mí mismo.

Estoy como embriagado de conocerme. De reconocerme. De saberme todo lo que Dios me ha dado. Soy un hombre todo búsqueda, contestatario, inconforme. Siempre buscando más. Enamorado.

También sé que lo que me encargó mi madre lo he venido cumpliendo, pero con mi propio lenguaje, a mi propia manera. Y aunque mi padre lo dijo en otro sentido, soy el héroe de mi historia porque estoy vivo. Más aún, estoy en mi camino. Estoy vivo porque soy capaz de verme. Estoy andando en mi sendero. Me muero de hambre por conocer lo que falta de conocerme.

Lo que mis padres no me enseñaron, porque quizá ni ellos lo sabían, es que para ayudar a otros hay que ayudarse uno mismo primero. Tenga uno o no conciencia de ello. Paradójicamente, ahora descubro que lo mucho o poco que hacía yo por otros, lo hacía también por mí. Y viceversa: lo que hacía o haga por mí, servirá también a otros. He estado yendo hacia otros para encontrarme a mí. He estado ocupado de mí, para ser mejor para los demás.

Todo lo que he hecho en mi vida ha tenido sentido. Aciertos y errores, consciente o inconscientemente, todo ha sido en busca de mi sentido. Cada día, en la cárcel, ha sido un día que me ha permitido descubrirme a mí mismo y descubrir hacia dónde voy. Todo lo que puedo ser y lo que soy. He dicho en ocasiones, cuando me preguntan si mis amigos me han fallado, que hasta hoy nadie ha fallado. De quien nada esperaba he recibido algo. De quien poco esperaba, mucho me ha dado. Y del único de quien debía esperar todo, hasta ahora no me ha fallado. He flaqueado, pero no me he fallado.

De pronto, escribiendo, una luz se hace en mi memoria: un poema de Rudyard Kipling que me dio mi padre y que estuvo colgado en la pared del cuarto que por más de veinte años compartí con mi hermano Carlos:

Si puedes estar firme cuando en tu derredor todo el mundo se ofusca y tacha tu entereza, si cuando dudan todos, fías en tu valor y al mismo tiempo sabes excusar su flaqueza [...]

y si puedes llenar los preciosos minutos con sesenta segundos de combate bravío, tuya es la Tierra y todos sus codiciados frutos, y lo que más importa, serás Hombre, hijo mío. Me paro en seco y me digo: "Quisiera poder consultar al arquitecto de los destinos para preguntarle cómo se traza, cómo reconozco el sendero por donde camina mi alma". Me detengo en silencio y suspiro: "Y yo, ¿por dónde, hacia dónde he andado?"

Alejandra, nos pregunto, ¿tú que me reflejas, tú qué miras? De pronto, uno de tus párrafos me hace un ruido terrible:

"Nadie que haya estado en una cárcel deja de haber estado ahí. Es como la virginidad perdida para siempre en una violación. Es también la ofensa lastimosa que produce una violación seas o no virgen."

Y así caigo en cuenta de que tu rabia por esta violación no puede sanar hasta que la saques toda. Y entonces podrás perdonar y perdonarte. Si tu encarcelamiento fue una violación, ¿quién fue el culpable, quién fue el violador? No me contestes con la cabeza ("mi responsabilidad, las circunstancias en que me metí..."), sino respóndete con el corazón. Todo lo que tienes que hacer es preguntarte en contra de quién has estado sacando el coraje, de poquito en poquito, durante años. Tienes que sacar toda la rabia, completa, y no en pequeñas dosis, lo que te lastima y lastima a tus seres más queridos.

Si entendemos que el encarcelamiento tiene la violencia de una violación y que por ello hay un verdugo, nosotros somos la víctima de ese atropello y de ese verdugo. Pero también es cierto que por nuestro encarcelamiento hay otras víctimas. Lastimamos a otros, a nuestras parejas, a nuestros hermanos, nuestros hijos, nuestros padres. Por el hecho de estar en la cárcel, y también por las circunstancias que nos tienen en ella y por la manera como la vivimos.

Mi esposa Paulina fue perseguida con furia. Dos veces encarcelada, maltratada moralmente. No deja de estar a mi lado. ¿Qué se le dice a una mujer que ama a su esposo y se lo arrancan de los brazos? ¿Cuántas estrellas y ramos de flores hay que regalarle, para reconfortarla por tanto daño? ¿Cómo escalar los muros que han tratado de poner entre nosotros? ¿Cómo brincar los silencios que se vuelven abismos cuando nos separan? ¿Cómo encontrarse en privado cuando para vernos un custodio tiene que abrir y cerrar el candado?

Ana María me cuenta en una carta sobre mis hijos:

"Decidí estar para Mariana y Juan José cuando tu encierro desencadenó el terremoto que redefinió su mundo lanzándolos sin miramientos al territorio de la calumnia, de la mentira, de la persecución, del
miedo, de la Procuraduría y sus turbios agentes; del poder usado para
la venganza y el despliegue del odio. Juan José oculto en el balcón
que da a la calle, esperando con un rifle de municiones en las manos
a quienes podrían venir a atacarnos. Mariana despertando asustada llorando, gritando, saltando de la cama a la ventana para huir
de los cobardes que con nombre y rostro vehiculan el abuso y que como
sombras informes se cuelan en su sueño. Los dos valientes confundidos, llorosos, desesperados pero valientes. Decididos desde el primer
segundo después de recibir la brutal noticia de tu detención, a no dejarte, a acompañarte, a enfrentar contigo las condenas, a caminar
por el frío de las cárceles intentando hacer pasar al sol escondido en
sus manos y sus ojos... durante diez años."

Si en el camino de la vida nuestro vehículo sufre una volcadura, somos víctimas pero también verdugos de alguien más.

Entonces hay que perdonar, perdonarnos y pedir perdón.

XI. ALEJANDRA. COMPLETAMENTE CALLADA

Amaneció. Tuve un desayuno de negocios con una persona que no veía hace tiempo. Me preguntó si había tomado vacaciones o iniciado un proyecto emocionante porque me vio más fresca, llena de energía.

—Tengo varios proyectos interesantes en puerta —le dije, y me quedé completamente callada.

Cierto, me siento fresca y llena de energía con todo y la desvelada. Me quedé absorta buscando una respuesta más interesante que "tengo varios proyectos", pero no tuve ganas de contarle que el sábado que estuve en Almoloyita se me pegó magia en las manos para volver a escribir, ni que tuve la oportunidad de encontrar a alguien que espejeó lo mejor de mí, ni que fue fabuloso escribir hasta las cuatro de la mañana y me bailan las manos porque estoy ansiosa por regresar a explorar palabras nuevas relacionadas con la justicia y la libertad. Tampoco tuve ganas de contarle lo privilegiada que me siento al haber reaprendido que cantar corridos es una cualidad del alma y no de la voz.

Tampoco quise contarle que hace tres meses me cambié de casa, que mi hijo Alejandro entró a la universidad, que Ro tiene una novia formal y ya sabe cómo se apellida; que Cris escribió un ensayo que explora, aunque no responde, la pregunta "¿Somos libres realmente?" Pero bueno, escribir es mi pasión y el tema me apasiona. Me pregunté si podré encontrar respuestas a mi encierro, a mis pérdidas, a mis temores.

El amigo no quedó contento con mi silencio y preguntó si siempre soy tan tacaña como transparente con las cosas de mi vida. Dije:

—Sí, casi siempre, pero a veces no.

Lo cierto es que estoy un poco encapsulada y casi no hablo, cosa rara en mí, porque estoy pensando todo el tiempo lo que voy a escribir. Pensé que cuando escribo, en lugar de ser tacaña, despilfarro, y que cuando llueve me gusta sacar la mano por la ventana y sentir cómo las gotas de agua invaden mi piel, refrescan mi alma, me recuerdan que estoy viva como el pasto, como los árboles, como las flores, como los cerros, como los venados, como los delfines, como los niños y como los presos. Pensé que con Raul no fui tacaña. ¿Para qué? Él conoce desde adentro la injusticia, la falta de claridad en los juicios, la impotencia y decepción de saberse juzgado por lo que no cometió e ignorado por lo que sí hizo. Cualquier cosa que haya sido. ¿Y cómo ser tacaña con alguien que cuando te ve, te entrega el alma sin pedir nada a cambio?

Terminó la reunión.

Estoy queriendo imaginar un sitio ideal donde se da a los "culpables" la oportunidad de participar en las soluciones de aquello que tiene solución y se les ayuda a reparar el daño, su daño. Donde los papás no sólo permiten que el hijo limpie la pared, sino le dan el trapito y le dicen cómo. Donde el mundo te apapacha cuando las consecuencias de tu error, tu equivocación, tu pecado, no tienen solución y explora contigo otros caminos para no equivocarnos juntos de nuevo.

Sé que ante la pregunta de Raul Salinas que a la letra dice: "¿Qué hubiera sucedido si me hubieran enjuiciado por lo que en realidad hice y no hubieran fabricado las autoridades ninguna falsa acusación en mi contra, que llegaron al extremo de que el 'fiscal de las brujas' sembrara una osamenta?", la respuesta de los feligreses va a ser: "Entonces ¿qué es lo que hizo?" Y la respuesta sorda, en la que no cabe ni importa la opinión del entrevistado, ni la importancia que implica para él haber explorado sus errores y las consecuencias de sus tonterías o creencias o motivos o penas, o el dolor de una familia, o la justicia o la misericordia, o el perdón o el bien o la luz, sino la venganza, será: "No importa, seguro se lo merece porque 'algo habrá hecho'".

Queremos circo, no perdón. Y todos los que estén libres de pecado se callarán la boca porque no tienen boca y todos los demás tirarán piedras porque para eso usan las manos. Qué triste que tengamos manos para acariciar y escribir y crear, y bocas para besar y cantar y agradecer y sólo las usemos para maltratar.

La reunión en Cuernavaca fue un éxito. Sobre todo porque comimos en el restaurante de un hotelito maravilloso, sobre una terraza que da a una barranca llena de verdes y flores. Lo que más me impresionó fue una jacaranda que se asomaba con descaro arriba del barandal. Era un árbol con gigantescas flores anaranjadas en las que revoloteaban un colibrí impresionantemente activo y una enorme mariposa blanca, como del tamaño de un pañuelo del abuelo Pá. Buena música, buena comida, buena compañía y un negocio cerrado. Además es un negocio bonito, de búsqueda de esencias e

identidades. El clima estuvo perfecto. Tantito nublado. Nubes blancas sobre un cielo azul. Más turquesa que cielo. Humedad. Unas cuantas gotas que casi nos espantan, pero no llovió. De nuevo salió la luz del sol detrás de las nubes que tapaban el deslumbrón pero dejaban salir los rayos blancos, frescos, limpios.

La conversación giró del negocio al tema. Ahí estábamos tres, convencidos de que el mundo tiene que cambiar y pronto, de que la justicia existe y de que la tarea de todos es buscar, explorar, promover, hacer y ser lo que queremos que se haga y sea. Gaby nos contó que de acuerdo al calendario maya, en el 2008 la conciencia del mundo va a dar un salto sistemático profundo. Como cuando los changos aprendieron a abrir cocos. Uno lo logró, dos lo hicieron y desde entonces todos pudieron abrir cocos...

Los niños de ahora preguntan más, buscan más, perdonan más. Un día, pronto, la conciencia del mundo va a cambiar y los presos del mundo no van a ser changos encerrados, ni Keikos, ni carnada de mentes violentas y tristes, ni la escoria del planeta, ni despreciables, ni van a estar solos ni desterrados, porque no va a haber presos, sino humanos. Puros seres humanos, merecedores de amor y apapacho, y curación, con oportunidades de reparar los daños, ayudados por los otros y los unos. Alguien consigue un trapito, alguien presta el jabón y quien pintó la pared la limpia con ayuda de los demás. Otro día le tocará ayudar a reparar algún desmán ajeno, no por pagar, sino por participar. Sería lindo. Suena bien. ¿Y qué hacer con los daños irreparables? Surge la pregunta a la luz del desafortunado evento del niño atropellado y de explorar las colonias aplastadas que visitó Gaby la semana pasada, donde se respira la violencia por puro instinto de territorialidad. La propuesta es fácil en la utopía. Se ama al dañado responsable, se aprende, se asume, se llora, se sufre, se perdona.

Y con Raul Salinas, ¿qué se hace con Raul Salinas de Gortari? Nadie dice nada, porque ese es otro asunto. Un asunto que no se toca en esa reunión...

Entre los proyectos insignia de Cuernavaca está construir un Centro de Congresos Científicos. Es un proyecto que tiene diversos objetivos, entre ellos valorar el desconocido hecho de que Cuernavaca es el sitio con más científicos per cápita del país. Pero no estamos seguros de que suceda, porque, primero, hay que lograr que lo apruebe la oposición, y la oposición, que se conforma por los otros hasta que son los unos, tiene la costumbre de bloquear los proyectos cuando piensa que pueden beneficiar de rebote a los unos. Lástima que la miopía envidiosa nos impide ver que todos somos parte de lo mismo.

N con Raul Salinus, squa se brote con Raul Salinus de Clorranii Madre dice sada, proque ese es otro usumo. Un senoto que no es tom en est especion.

Entry los protectos insignia de Caernavara tesá construir un Centro de Cangresos Centro de Cangresos Centroles. Es un provecto que tima dirertos abjetivos entre ellos valoras el desconnecido hecho de que Caerna-vaca es el tido con más científicos per capita del país. Pero no estamas seguitos de que saceda, pórque, primero, hay que lograr que la apruder la constituir, y la oposición, que se conforma por los constituiros que constituir de constituir de constituir de provectina que sona los unos, ciene la contambre de ploquest los proveccon que la miopia entradiosa nos impide ver que rodos somos parte
de la miopia entradiosa nos impide ver que rodos somos parte
de la miopia entradiosa nos impide ver que rodos somos parte

XII. RAUL. ME DETENGO EN UNA JACARANDA

¿Por qué me detengo en el siguiente párrafo?

"...una jacaranda que se asomaba con descaro arriba del barandal. Era un árbol con gigantescas flores anaranjadas en las que revoloteaba un colibrí impresionantemente activo..."

Por mi paciencia.

Vaya contradicción: si paso por alto estas frases, no puedo decir lo que ahora callo. La larga estancia en la cárcel me ha enseñado a no perder el precioso tiempo de presencia de algún ser que me visita, en corregir o precisar lo que en otras ocasiones hubiera querido señalar. Es mucho más importante escuchar, compartir, permitir al otro decir, que tener la razón en cualquier pequeño argumento.

Mi mamá amaba de verdad las jacarandas...

Mi abuelo, el ingeniero Eduardo de Gortari, se hizo cargo del desarrollo de las obras públicas y de la construcción de los primeros caminos del estado de Veracruz. Cuando regresó con su familia a México, en recuerdo amoroso de Xalapa se trajeron cuantas jacarandas pudieron. En los años 30 y 40 arrancó el auge de esos hermosos árboles en la ciudad de México. Entonces el árbol era macho y se llamaba *jacarandá*, pero por algún misterio de nuestra lengua, a partir de los años 50 se convirtió en *jacaranda*, una voz femenina. En cada una de las tres casas en que vivimos como familia hubo siempre jacarandas.

Siempre hubo frente a nuestra casa jacarandas que cubrían durante la primavera calles y banquetas. Toda mi vida llevaré conmigo el color inconfundible de las jacarandas en flor. Son hermosos colores de un morado suave; como si Dios se hubiera ocupado en deleitarnos al crear un *nouvelle* color morado mexicano. Suave, amoroso, delicado, pero siempre morado. Nunca he visto una jacaranda como la descrita por Alejandra:

"...Era un árbol con gigantescas flores anaranjadas."

Ni en México ni en Cuernavaca he visto jacarandas con flores anaranjadas. Lo que he visto con deleite en aquella ciudad, llamada de la eterna primavera, con hermosas flores anaranjadas, son los bellísimos árboles conocidos como flamboyanes. ¿Pero acaso el color de las flores, o el nombre del hermoso árbol que "se asomaba con descaro arriba del barandal", pueden cambiar el instante mágico que vivió Alejandra y que con su texto me quiso compartir? ¡En lo absoluto!

Si hubiéramos estado platicando en la celda, lo hubiera dejado pasar, concentrando mi atención en lo bello del instante. Lo hubiera dejado fluir, a pesar de que soy de signo Virgo, meticuloso y perfeccionista. Además, de formación soy ingeniero: más exactitudes en el tablero controlador. Pero al paso de los años, en la soledad del encierro, he aprendido a aceptar estas pequeñas inexactitudes

y a concentrarme en el contenido de los mensajes. El brillo de los ojos que me miran, la mano que me toca en un gesto casi imperceptible, una pausa, el cambio en el timbre de voz, son señales para mi entendimiento a las que estoy sumamente atento.

Observar, escuchar, dar tiempo, entender con buena voluntad, son instrumentos con los que he adornado y enriquecido mi lección de paciencia. Muchas veces es más delicioso sentir la emoción o el aturdimiento del mensajero, que el mismo mensaje.

El contacto humano es el mejor, el verdadero mensaje al que pongo atención, a lo que abro mi corazón. y a concençame en el contenido de los mensiles. El brillo de los ojos que me minui, la osano que ine mos en un geno cási impunivatible, una gaças, el cambio en el milore de cor, una señales para mientendimiento a las que oscoy tamamente sermo.

Observoir, escuchán das riempor, entrander con buena volument, son instrumentos con los que he edomudo y enriquecido en lección de paciencia. Muchas veres es mas delicioso sentir la emoción o el atradituicam del mensitiero, que el mismo mensaje;

El contacto homano et el mejos, el verdalero mensas al que giongo ducinción, a lo que abro ini contación.

XIII. ALEJANDRA. HACEMOS UN TODO

A estas alturas, es lunes por la noche y estoy empezando a darme cuenta de que estoy obsesionada con esta historia, porque es la mía, porque es la suya, porque es la nuestra. De los unos y los otros, de los que hacemos un todo.

El sábado por la tarde, mientras tomaba café detrás de aquel candado cuya existencia se me había olvidado, escuché una canción de *Evita*. Me encanta esa obra de teatro y me encanta esa canción en particular. Es aquella que habla de lo difícil que es entender la extraña explicación de lo que siente, y se recuerda a sí misma mirando desde la ventana, permaneciendo fuera de la luz del sol y escogiendo la libertad. Tenía que dejar que sucediera, tenía que salir. No podía quedarse atrapada toda la vida y la respuesta había estado ahí desde siempre.

Me transporté a un día en que la vi desde una butaca del teatro. Atentos al escenario oscuro y sobrio, vimos la puesta en escena de *Evita* sin pestañear. Sentí aquel escalofrío en la nuca al encontrarme frente al ataúd de Evita. Suspiré. Platiqué la anécdota para salir del trance y en un descuido dije algo como:

—Qué maravilla que ahora tenemos mejores opciones de teatro en México, ¿no?

Qué ridícula me sentí. ¿Qué podría tener de maravilloso para un hombre preso que hubiera mejores opciones de teatro en México? Diez años son muchos años.

Lo difícil de salir es que cuando uno vive en la cárcel, se hace a la idea de que la vida real está guardada intacta. Es como si tuvieras en la memoria una bolita de cristal de las que tienen agua y diamantina adentro. Ahí guardas tu mundo y tu vida real. Pero así no es la vida real. El tiempo pasa diferente afuera que adentro. Tiene otra lógica, otro comportamiento.

Afuera todo cambia "hecho la raya". Adentro, los cambios se dan en cámara lenta. Un día pones las fotos de tu familia en la pared y ahí se quedan. Un día consigues unas tazas que como son de plástico, no se rompen y duran y duran. Un día te llevan unos zapatos nuevos, pero como sólo vas de la cama a la silla, de la silla a la cama, de la cama al baño, del baño a la cama, de la cama a la mesa, a la cama, al baño, a la cama, a la mesa, a la cama, pues los zapatos sólo van de tres en tres pasos y casi no se gastan. Las tendencias te llegan de reojo.

Yo sólo estuve seis meses encerrada. Cuando salí, la vorágine de las calles y los supermercados me daba vértigo. Me sentía como los marineros que llegan a un puerto y se les mueve el piso. Todo había cambiado. Mi bolita de cristal con diamantina se disolvió durante la celebración que me daba la bienvenida a "la libertad". Todo daba vueltas, todos eufóricos, hablando, caminando, opinando, felicitándose, felicitándome. Y mi bolita de cristal con diamantina se iba disolviendo con cada palabra, con cada paso, con cada opinión, con cada felicitación incomprensible. ¿De qué me felicitaban? ¿De haber

estado encerrada en una jaula, observada como un animal de zoológico? ¿De tener una familia rota? ¿De haber perdido la cuenta de los días hasta encontrarme ahora en ningún lado? ¿De mi sentimiento de no pertenencia? ¿De mis ganas de estar en una época interrumpida violentamente y que ya no existía más? ¿De aquel sentimiento de pérdida en que se agolpaban los pasos que dieron vueltas, los hijos que ya crecieron, los amigos que se fueron y los vecinos que se quedaron?

Me convertí en la sobrina que estuvo en la cárcel, la amiga que estuvo en la cárcel, la hija que estuvo en la cárcel, la tía que estuvo en la cárcel. La pobrecita. La que ahora sí tiene motivos para estar bien, para recuperar la vida perdida, para olvidar la cárcel. Pero no. La cárcel se lleva impresa, y la bolita de cristal con diamantina se disuelve ante tanto alboroto.

La maravilla de las opciones de teatro de allá afuera me puso en desventaja. Los códigos secretos y el dolor que comparten quienes estuvieron presos y quienes están recluidos, tienen una sutil diferencia. Los de adentro todavía no viven el dolor del parto. Por difícil que resulte entender la extraña explicación del gran dolor de salir de la cárcel para quienes no lo han vivido, es así. Así fue para mí, y aunque parezca Síndrome de Estocolmo, no es lo mismo. No es que uno se enamore de sus celadores y su celda. Por supuesto que el miedo al miedo es peor que el miedo. Pero ni el miedo al dolor, ni el miedo al miedo, han impedido nunca que un feto se empeñe en nacer y nazca. No sé si a un preso le hará bien o mal platicar sobre esto. Uno tiene la ilusión de encontrar su hogar, su sitio y su mundo cuando salga, pero la bolita de cristal con diamantina que uno construye en la cárcel con los recuerdos de su vida de afuera, es una quimera y no existe más.

Creo que es bueno saberlo. Después de todo, la satisfacción se mide en el contraste de lo que se obtiene contra lo que se espera. Un amigo muy querido me dijo una vez que la única forma de que no te decepciones es no esperar nada de nadie. Le creí, pero aunque procuro ver más allá de mis anhelos, no me ahorro las decepciones por la esperanza. Así es la vida.

Dicen que no hay peor nostalgia que la que se siente por algo que nunca existió.

XIV. RAUL. YA NADA ES IGUAL

De pronto releo que Alejandra señala que cuando uno sale de la cárcel ya nada es igual. Que afuera las cosas cambiaron, se fueron, incluso desaparecieron. Que el tiempo pasa afuera mucho más rápido de lo que transcurre dentro del encierro.

"Afuera todo cambia 'hecho la raya'. Adentro, los cambios se dan en cámara lenta."

Y así, de golpe, pienso que es cierto, que todos los días imagino que afuera todo me espera, en tanto libro esta batalla, pero que al regresar del combate todo volverá a la anterior normalidad. Alejandra me abre los ojos y me murmura a gritos que no es cierto.

Me miro en el espejo y no puedo mirar la forma en que pasa el tiempo. Es una trampa, mi cabeza lo sabe, pero mi psique no lo reconoce. Me siento físicamente el mismo. Me creo sin cambios mayores. El tiempo me burla. No alcanzo a captar la manera en que el pelo se me viste de plata cuando era fundamentalmente oscuro. Miro con atención mi pelo, mi bigote, y del cambio de cada día no al-

canzo a ver nada. Sólo la comparación con las fotografías sirve para simular una comprensión de eso que llaman "el paso del tiempo".

Aquí el engaño está hasta en el género; "el" tiempo. Tampoco es cierto. Siendo congruentes, debiera llamarse "la tiempo". El tiempo (me pliego a la tradición del género) es sin duda femenino. Lo intuyo por su manera de andar: su paso es lobuno, como de loba, diría Clarissa Pinkola (la autora de *Mujeres que corren con los lobos*), pues su pisada afelpada no se escucha al desplazarse, y puede hacerlo sin cansancio y sin que nadie lo note. Lejos nos puede llevar envueltos en su silencio. Tan lejos que cuando te sientas a descansar, o al menos a reflexionar, de pronto ya tienes, como en el tango afamado, "las sienes de plata".

Alejandra me ha ensartado en su lanza y no puedo escapar. Me detengo, en silencio. En la celda siempre hay silencio, demasiado silencio, por lo que, para ahuyentarlo, hay que mantener la tele prendida o al menos algo de música. El silencio carcelario es extraño: está colmado de ruidos. Choque de metales, algunas risas lejanas, el marchar de los custodios y sus botas. Pero es silencio. Imagino que es como el eco del cortejo fúnebre que se anida entre las tumbas. Se escucha, pero no por eso es, entre los muertos, menos silencio.

Reconozco que estoy enterado de que todo ha cambiado en mi casa. Pero era como un pensamiento fugaz, como si se tratara de un alto en el camino, de una tregua (inversa a la de Mario Benedetti) y nada más. Alejandra dice bien en su libro que "en la cárcel el tiempo se refleja; el tiempo se va de vacaciones".

Pienso en mi casa hoy abandonada. Mi esposa la dejó hace muchos años, siete u ocho, tal vez más. Los hijos crecieron, se casaron y se fueron. No de mi corazón, no están lejos, pero se fueron de casa. Incluso Simba, mi perro, acaba de morir. Siempre supuse que sería

distinto, que me recibiría al llegar, que todo estaría en su lugar. No me fue dado el placer de Odiseo al regresar a Ítaca.

A pesar de que en sentido mitológico me sé consentido de los dioses, Homero fue con Ulises más generoso que la vida conmigo. El divino astuto volvió a casa después de bregar por el Egeo durante diez años. Encontró a su hijo, para poder mirar al futuro; a su esposa, para amar el presente; y a su fiel perro, para poder acariciar el pasado.

Para mí, como bien dice Alejandra, que sabe lo que es salir de la cárcel, el pasado ya no está, incluso se han perdido sus huellas, sólo queda mi imaginación.

Pero aún no he salido, todavía no conozco el dolor del parto.

dictimo, que me recibirta al llegar, que como estacia en an lugar. Esta con con dado el placer de Ottino al regrosar a fracta.

A posse de que en sembro minológico eme el consequido de los dicesas, blomaro for con Ulses unte generos eque la vida contrigio. El divino artesta relivio a casa después de buegas poir el Egeo durante dice aires, lincontró a sa bujo, para peder inten al bustary a se espera, para amar el personner y a su bal perros para peder a artesas el pasacio.

Para mi, como bien dire Alcjandra, que sabe lo que es salir de la cárcel, el payado ya no enti, incluso se ivan perdido sus buellas, solo queda mi imaginación.

Pero son no ne stida, sodo o no cosocci el delor del parec-

XV. ALEJANDRA. MI ENCUENTRO CONMIGO

Tuve que detenerme y dejar de escribir para sostener una discusión sobre la justificación de castigar y maltratar a un criminal simplemente por el hecho de haber cometido un crimen. Qué asco. Me parece tan estúpido como ver a un papá golpear a un niño por haberle pegado a otro más pequeño, mientras grita eufórico:

—¡No debes pegarle a nadie, niño malo! ¡Mucho menos a alguien más pequeño que tú!

Y dale, le suelta otro golpe con su mano inmensa en la carita que llora, quién sabe si por el dolor del golpe o por la incongruencia del padre. El tema me lastima y el personaje que me interrumpe me agrede. Le pido que me deje. Sigo escribiendo.

Estaba yo en el clímax de mi encuentro conmigo. Parece que tengo poco derecho a hacerlo. Parece que asusta y disgusta a alguna gente verme recluida en mis letras y mis pensamientos, con cara de ¡eureka!, de júbilo, de fascinación.

Pareciera que el mundo, mi mundo, Raul, no sólo está asustado porque me atrevo a explorar contigo estos temas. Está celoso, envidioso de mi relación contigo y lo que es peor, de mi nueva relación conmigo. Las mujeres tenemos poco derecho a ser felices por nuestra cuenta. Por más "liberadas" que nos decimos, tenemos poco derecho a ser libres, somos mal vistas cuando estamos fascinadas ante nuestro propio encuentro, al ir a buscarnos y encontrarnos.

¿Sabes lo que pienso en este momento sobre el poema de Rudyard Kipling que también me regaló, por cierto, mi papá? Pienso que no siempre podemos ser firmes, que vamos en el camino, que a veces se nos pierde la cabeza, se nos doblega la calma, se nos escapan mentiras, se nos esconden verdades, nos ofuscamos en sueños locos que no tienen pies ni cabeza, sino pasión, que buscamos un discurso que nos permita salir triunfantes, y no tratamos al desastre igual, y no le preparamos discursos, y no queremos verlo. Veo que nos vamos con la finta como changos o ballenas, que arriesgamos la vida más que la riqueza, que chistamos cuando la vemos esconderse, mucho peor si la vemos desaparecer; que tratamos de impulsar al mundo para que crezca pero a veces no sabemos cómo; que podemos vivir con todos pero guardando distancias; que los hombres de negro nos imponen leyes, y a veces no hay manera de tenerlos a favor, simplemente porque se niegan, porque están ahí para detenernos, para mantenernos encerrados; que cada instante es eterno, no importa cuánto dure; que no somos dueños del mundo, sino buscadores de nuestra verdad. Eso pienso. Y sueño y me invento que somos exploradores del mundo, del amor, de la vida, del camino y de la búsqueda misma.

Siento que vivir el camino intensamente y aprender a cada paso es más importante que el triunfo, que el haber llegado, que el haber cumplido, que el deber ser. Me parece que a veces nos pesa la vida, porque Rudyard Kipling y nuestros papás, y la Mujer Maravilla y los héroes todos, bienintencionados todos, nos cuentan mentiras y

nos exigen ser lo que no somos, tener lo que no existe, soñar lo que no queremos y vivir con más deber que vida. Me encanta el poema. Pero si lo hubiera visto desde tu espejo, desde tu encierro, desde tu desesperación por no haber cumplido y no haber sido perfecto, tal vez hace tiempo lo hubiera descolgado de mi pared.

Ayer, en cambio, fui al Auditorio a ver y a escuchar y a sentir la Carmina Burana Monumental Opera y pienso que es un espectáculo impresionante. La Rueda de la Fortuna girando, iluminada por el fuego que avivan la Templanza y el Diablo al mismo tiempo, la Emperatriz da a luz un proyecto y el Emperador pone los pies en la tierra, mientras la Sabiduría reina en la cumbre del Árbol de la Vida. Me gustó tanto que estoy preocupada porque temo que me pase lo que le pasó a mi amigo Sergio, que no pudo volver a disfrutar los waffles igual, y ahora son su ex desayuno favorito, porque después de haber probado unos en Viena que eran fantásticos, no cree que pueda encontrar otros igual de buenos jamás en la vida. ¿Será mejor dejar de probar nuevos waffles antes de encontrar los mejores para que todos sean buenos? ¿O arriesgarse de nuevo y seguir buscando más y más para siempre?

Me miro escribiendo de regreso durante la noche sin poder dormir cuando debería estar dormida y no creo que Rudyard Kipling lo hubiera aprobado. Tal vez tampoco lo aprobaría mi papá, pero me siento dichosa y llena de mí y llena de vida. Tú que me reflejas, me aconsejas, me enseñas, me admiras, te reflejas, me escribes maravillas que nos hacen sentir grandes, importantes, sensibles, escuchados, mandrágoras, Machu Picchus, halcones, osos, niños, hermanos, papás y mamás de nuestros hijos, fresnos inmensos y bellísimos... Tú que me haces sentir diferente de todos, pero igual a ti, al tiempo que me reconozco en todos y veo en todos a ti... Tú,

que me haces dudar de todo y encontrar más preguntas que respuestas a la vida... ¿qué opinas de eso, se vale? ¿Es prudente? ¿Lo aprobaría Rudyard Kipling? ¿Será una utopía o una propuesta o una aspiración? ¿Realmente deberíamos tender a esa rígida perfección? ¿O vivir y ser vividos, explorar, amar, disfrutar, perdonarnos nuestros descarríos, dejar de buscar culpables y parámetros rígidos para entendernos a cada uno en nuestro contexto y en nuestra realidad?

El mismo interruptor, la misma pregunta dicha de otra manera.

—¿Piensas entonces que los criminales deben ser perdonados para que sigan matando a nuestros hijos, secuestrando a nuestros hermanos?

Ahora estoy enojada, muy enojada. Mientras yo pensaba en Kipling y la libertad, la discusión con mi interlocutor, interruptor de mi diálogo conmigo, no terminaba y seguía creciendo en profundidad e intensidad, aunque yo no estaba en eso. Estaba feliz descubriendo que he sentido nostalgia por una quimera durante doce años consecutivos. Pero esto no tiene la menor importancia para algunos.

Me detengo nuevamente y protesto desesperada. Mi propuesta de dejar de buscar culpables y evitar creer que estamos exculpados de lastimar a alguien que lastimó, o incluso que tenemos la obligación o el "derecho" de lastimar a quien lastimó, no me convierte automáticamente en culpable, en loca, en responsable de proponer una solución para que los criminales vivan sueltos por la ciudad sin hacerle daño a nadie. Basta. Esa no es mi propuesta. Cierto. Estoy convencida de que necesitamos certeza jurídica. Estoy segura de que mientras no sepamos cómo curar a los criminales debemos ponerlos donde no nos lastimen, pero eso no significa que los lastimemos y nos venguemos, sólo que nos protejamos, que les demos la oportunidad de vivir dignamente donde no nos lastimen. Eso no tiene nada

que ver con acusar a alguien de un delito que no cometió. Eso tampoco se vale.

No sé. No sé nada. Sólo pienso que cada quien, en la medida de sus fuerzas y sus recursos, debería preocuparse por cambiar su actitud, por evitar regocijarse con el dolor de otro, aunque ese otro sea "más malo". Me enoja hasta la médula la creencia de que unos tienen "derecho" de maltratar a otro para enseñarle, me enfurece la presunción de que los "buenos" pueden odiar a los malos, vengarse de los malos, aplastar a los malos, maltratar a los malos. En este juego no hay buenos y malos. Hay humanos. Llenos de defectos y de imperfecciones, de estupidez, de bestialidades sofisticadas y enfermas. Pero, francamente, que los "buenos" se sientan con derecho de apedrear a los malos es algo con lo que simplemente no puedo.

Me siento acorralada. Sí. Estoy de acuerdo en que existan lugares para mantener aislados a quienes no pueden dejar de hacer daño. Pero no para lastimarlos. Sólo para evitar más daño, resultado de nuestra impotencia por no saber curarlos. También me declaro culpable. Más de una vez he querido "sacarle los ojos" a alguien por haberme herido, por haber lastimado a los míos, por haber maltratado a otro, sea criminal o no. Eso me convierte en humana, no en criminal. Y procuro simplemente tratar de contenerme, intentar ponerme en los otros zapatos antes de suponer que conozco sus causas, sus efectos, sus motivos. Estamos locos todos. La justicia está loca también. Sería lindo que nos inventáramos otros pretextos para perdonar la locura. Yo qué sé...

Me quedé callada. Furiosa por un rato, hasta que recordé que si hubiera tenido en Cuernavaca una cámara de video que transmitiera realidad virtual en tiempo real, hubiera llevado a una celda encerrada el olor del bosque, la lluvia, las flores, la mariposa y el colibrí. Sobre todo al colibrí.

No tengo una cámara de video que transmita en realidad virtual y en tiempo real, pero tengo los mejores deseos para las personas que están presas. Cierro los ojos y les deseo bien. Que les sea leve el día. Que encuentren un recuerdo lindo. Que reciban a un amigo que los haga reír o llorar, o pensar, o cantar. Que alguien les cuente de las flores y los olores de afuera y despierte en su memoria la fragancia de la lluvia en primavera. No tengo soluciones sino búsquedas, pero le deseo a la humanidad que ya crezca. Me deseo a mí y nos deseo a todos un trabajo serio y continuo en la búsqueda de perdonar. Es duro perdonar algunas veces, pero mucho más duro es odiar y sentir que el deseo de venganza nos invade. Después la culpa, y el complejo de culpa y peores cosas.

Me pude perdonar por haberle dicho a un hombre, que ha pasado diez años en la cárcel, lo de la variedad de teatro que tenemos últimamente en México.

De nuevo se hace tarde. Otra noche, cada loco con su tema. Unos presos, otros libres, todos culpables y todos perdonables. Todos humanos. La mayoría de nosotros, llenos de miedo. Miedo de morir y miedo de matar. Miedo de ser lastimado y miedo de lastimar. Miedo de sentir y miedo de no sentir nada. Miedo de saber. Miedo al miedo. Estoy aquí viendo la hoja vacía. En parte porque estoy pensando y en parte porque lo que pienso me da miedo y me paraliza. Comprendo que era un riesgo desde el principio y lo tomo y lo asumo. Pero, ¿ahora qué? Ahora qué hago con mi noche si no puedo dormir...

Anticipo pesadillas que me transportan a cárceles aisladas o a celdas sobrepobladas. Leo y releo dentro de mi mente la historia de Almoloya y siento pavor. Leo y releo dentro de mi mente los "hechos y puntos de derecho" de mi expediente, del de Raul Salinas, del de Mariza la guatemalteca, que vivía atrapada en la celda de "Doña Lady", del de aquel muchachito que atropelló al niño, del de cualquiera que encuentro en el archivo de mi memoria y siento todavía más pavor. ¿Tengo miedo de que puedan volver a encarcelarme? Tengo pavor.

El estado de indefensión jurídica de los mexicanos es ridículo. Pienso en un proyecto insignia para mi causa y no puedo ocultar que lo encontré. Es un proyecto que tiene diversos objetivos: poner en evidencia que una miradita a un patético expediente judicial de un condenado es un gran ejemplo del estado en que se encuentra el Estado de Derecho en el país; atraer el interés de quienes no están dispuestos a aceptar que alguien de su familia o de otra familia pueda ser detenido o encarcelado con un caso inventado y falso; hacer notar que aceptar un caso cualquiera es aceptarlos todos de una vez. La táctica insignia es revisar un caso. Un expediente vistoso, evidente, que nos haga sentir que pese a todo el Estado de Derecho existe, o puede existir, que deje ver que el sistema judicial tiene una cura y que algún día no tan lejano dejaremos de estar apanicados por saber que en México se puede condenar a alguien con ficciones y pruebas inventadas que nada tienen que ver con la verdad.

¿Y ahora qué? ¿Propongo una manifestación pacífica que atore el tráfico durante un par de días para pedir que ya dejen salir a Raul Salinas? ¿Le escribo una carta al presidente? ¿Me propongo publicar una historia que se llame "Lo vi quedarse"? ¿O me quedo callada aquí encapsulada explorando mis miedos y mis penas?

Es irónico y paradójico. El sábado por la tarde había cambiado mi relación con Raul Salinas de Gortari. De ser la foto de un hombre famoso pasó a ser mi amigo, el hombre que me ayudó a descubrir que no puedo seguir sintiendo nostalgia por una quimera y buscando la vida en una bola de cristal con diamantina que ya no existe y nunca existió. Era sólo la búsqueda desesperada de un salvavidas que me mantuviera a flote durante mi encierro.

Llevo tres días casi sin dormir, poniendo en blanco y negro las cosas que empecé a descubrir ese día. Esta idea loca de hacerlo un proyecto insignia me suena un poco irrespetuoso con mis sentimientos, convierte mi visita del sábado a Almoloyita en un evento impersonal.

A menos que, como la ubicuidad existe porque cada momento es eterno, logre separar a Raul en dos. Raul la persona y Raul el personaje. Raul el amigo y Raul el del expediente con pruebas contundentes de que alguien, pronto, tiene que hacer algo para que el estado en que se encuentra el Estado de Derecho de los mexicanos cambie y se vuelva digno y verdadero, seguro y derecho.

Puedo intentar. Los únicos que no se equivocan son los que no intentan nada.

XVI. RAUL. ME DUELE

A lo largo de más de diez cuartillas, Alejandra deja explotar su ira contra la injusticia. Me duele tanto que mejor me callo.

De Guillén de Lampart hay una estatua en el Monumento a la Independencia. Casi nadie o muy pocos lo conocen, pero se le sabe el primer precursor de nuestra Independencia.

Resuenen en mí las palabras que don Guillén dejó plasmadas (y clavadas en la puerta de la Catedral de la ciudad de México) la noche del 25 de diciembre de 1650, en que escapó por un día de la cárcel de la Inquisición:

"Me hicieron preso, buscaron testigos inducidos, los cuales llamaron para prevaricarlos... inducidos testigos dos veces falsos. No tenían jurisdicción para prenderme, falsean una bula de Su Santidad incurriendo en mayor sacrilegio y traición."

Esto viene de tan lejos, es tan profundo en nuestro ser mexicano. Y me retobas: "Queremos circo, no perdón. Qué triste que tengamos manos para acariciar y escribir y crear, y bocas para besar y cantar y agradecer y sólo las usemos para maltratar."

Y para mentirnos, Alejandra. Queremos nuestras manos y nuestras bocas para mentirnos. Hemos hecho nuestro país mintiéndonos, Alejandra.

Alejandra exclama de pronto que quiere hacer una manifestación o un escándalo, un caso insignia me llama, por la fabricación de pruebas, por la arbitrariedad al fin de mi encarcelamiento. Ser, al cabo de una década, al menos en la intención, la causa justa de una persona, me llena tanto de esperanza como de rubor. En mi silencio gritan otras injusticias que están hartas de su propio silencio. Las mujeres y los indígenas que vi presos en Almoloya, tratados como extranjeros en su propio país. Las mujeres que son madres trabajadoras; trabajan como custodias, enfermeras, psicólogas, trabajadoras sociales, un turno completo en el penal y descansan trabajando un turno completo en su casa. Los salarios que nunca permiten una vida digna. Los maestros, las maestras que vienen a este penal estatal con un horario que les permite apenas otra plaza de maestros en el sistema federal y además dar algunas clases particulares... para nada más dar a los hijos un techo rentado y una comida siempre de prisa.

Afuera hay otros que viven en sus propias cárceles, encerrados entre muros de angustia, con apremio de pagos para los que no alcanza el ingreso; aprisionados por deudas, encajonados en ilusiones de lo elemental, a lo que nunca se accede, al menos no sin dejar el pellejo en el intento.

¡Hay tantos casos! Mejor dejo intacta la densidad del aire en la celda. Mejor me quedo quieto. Mejor no hacer ruido. Mejor me callo.

XVII. ALEJANDRA. SANTIAGUITO NO ESTÁ EN LA GUÍA

Le enseñé a Soledad la guía que compré en Cuernavaca que presenta lugares para visitar, comer y dormir en los alrededores del D.F. Santiaguito, por supuesto, no está en la guía. Lo sé aunque no la he terminado de hojear.

En la página 190 dice que los sitios arqueológicos construidos en las cumbres de la Sierra Gorda de Querétaro recuerdan a las no menos impresionantes ruinas de Machu Picchu, en la cordillera andina del Perú. Habrá que ver, pero me late que se sobredimensionaron un poco.

Soledad se rió conmigo de ese dicho. No cabe duda de que cada cabeza es un mundo. Abrimos en Internet la página de Google y buscamos "Alturas de Machu Picchu". La primera página que abrimos era un ensayo, tal vez bueno, pero nada comparado al poema de Neruda. Tal vez el ensayo recuerde los impresionantes versos de Pablo Neruda, pero jamás se me ocurriría decir sobre el ensayo que es "no menos impresionante que Neruda".

Alturas de Machu Picchu es impresionante y punto. Es simplemente un poema incomparable y ya. ¿Será legal reescribirlo aquí?

¿Releerlo allá? No lo sé, pero nuestras voces sonaban, se mezclaban, se imaginaban, volaban:

Del aire al aire, como una red vacía, iba yo entre las calles y la atmósfera, llegando y despidiendo, en el advenimiento del otoño la moneda extendida de las hojas, y entre la primavera y las espigas, lo que el más grande amor, como dentro de un guante que cae, nos entrega como una larga luna.

[...]

La poderosa muerte me invitó muchas veces: era como la sal invisible en las olas, y lo que su invisible sabor diseminaba era como mitades de hundimientos y altura o vastas construcciones de viento y ventisquero...

[...]

Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?
Aire en el aire, el hombre, ¿dónde estuvo?
Tiempo en el tiempo, el hombre, ¿dónde estuvo?
¿Fuiste también el pedacito roto
de hombre inconcluso, de águila vacía
que por las calles de hoy, que por las huellas,
que por las hojas del otoño muerto
va machacando el alma hasta la tumba?

[...]

Sube a nacer conmigo, hermano.

Dame la mano desde la profunda

zona de tu dolor diseminado.

No volverás del fondo de las rocas.

No volverás del tiempo subterráneo.

No volverá tu voz endurecida.

No volverán tus ojos taladrados.

Mírame desde el fondo de la tierra,
[...]

señaladme la piedra en que caísteis

y la madera en que os crucificaron,
[...]

contadme todo, cadena a cadena,
eslabón a eslabón, y paso a paso,
[...]

Dadme el silencio, el agua, la esperanza.

Dadme la lucha, el hierro, los volcanes.

Apegadme los cuerpos como imanes.

Acudid a mis venas y a mi boca.

Hablad por mis palabras y mi sangre.

blia melperula par of accessivation. A teorementeleire et in otto de la terro-

ections superior telephysics and promise and pro-

contracting radio, rathern at cardiorn, reliables to reliables, y passe to pure

Declare of effection, all agrees to export the

Studies of sensit in situal at society.

colours with our part of analogods.

Annion by maker the above to

Fielded per mit pelaterat y ant actions

XVIII. RAUL. LA PODEROSA MUERTE

Me detengo en uno de los versos del gigantesco poema de Neruda Alturas de Machu Picchu:

"La poderosa muerte me invitó muchas veces..."

Soy un hombre de casi sesenta años. Mis padres han muerto. Mi madre vivió hasta los setenta y seis y mi padre llegó a los ochenta y siete. He visto la justa muerte. Y así la he llorado. ¿Pero qué hay de la muerte para mí?

No conocí a mis abuelos, ambos murieron antes de que yo naciera. En 1960, cuando aún no cumplía los catorce años, acompañé junto a mis hermanos el llanto de mi madre por la muerte de mi abuelita Lola. No vi morir, en 1964, a mi abuelita Jesusita, en la ciudad de Monterrey.

Debo decir que de los regalos más grandes que recibí de mi madre, uno fue el saber llorar. Así como vi reír miles de veces a mi madre, también la vi llorar. Aprendí a llorar las lágrimas más sentidas de mi alma cuando vi llorar a mi mamá desconsoladamente en el sepelio de su amiga de toda la vida, la tía Irma. Lloraba no solamente por la pérdida de aquella mujer tan querida, inteligente, guapa, muy mujer, sino por el dolor de su vida lastimada.

El sepelio fue en un sencillo cementerio al norte de la ciudad de México, en las inmediaciones de Tlalnepantla, Estado de México. Acudimos unos cuantos familiares y amigos de la tía Irma y sus hijos, mis primos, Ludka, los cuates Ilya y Yuri, y el menor de los cuatro hijos que quedaban desamparados por la ausencia de la madre, su principalísimo sostén. Todo era triste, pero nada comparado con lo que sucedió en cuanto los trabajadores del cementerio terminaron de colocar el ataúd al fondo de la fosa.

Estábamos de pie, rodeando el hueco que recibía el féretro de la queridísima amiga de mi mamá. Los montones de tierra no nos permitían mantenernos en buen equilibrio, nos movíamos de un pequeño sitio a otro para lograr un cierto balance; recargábamos el peso de una pierna en la otra. Mi mamá se apoyaba en mi brazo, los lentes oscuros ocultaban apenas el manantial de sus lágrimas. De pronto, uno de los hermanos gemelos se adelantó, y antes de que los trabajadores procedieran a enterrar el féretro, le arrebató la pala a uno de ellos. Pala en mano le dijo a su gemelo de alma: "Hermano, agarra la pala, nosotros la vamos a enterrar". El chasquido de las paladas de tierra chocando contra el gris del ataúd nos sacudían lo más profundo del sentimiento humano al ver a aquellos dos amorosos hijos, pala en mano, deshacerse en lágrimas y soledad al enterrar, golpe a golpe, a su propia y queridísima madre. En cada palada las lágrimas les bañaban el rostro y los asistentes no podíamos contener la emoción de ver a esos dos jovencitos hacerse hombres en el crisol del dolor. "No pares, hermano", se decían el uno al otro aquellos dos hijos amorosos con la vida hecha pedazos, que enterraban con sus propias manos a su adorada madre.

No pararon de echar tierra y de llorar hasta que la labor quedó concluida. Fueron largos minutos, una eternidad de sentir cómo nos toca enterrar con nuestras propias manos lo que más amamos. Lloramos todos sin abrir la boca, un llanto silencioso que era como un torrente de gritos de amargura y soledad. Sólo el ritmo de las paladas de tierra que los muchachos continuaban acumulando sobre la muerte de su madre nos devolvía un eco que nos hacía recordar que la vida seguía. Vimos llorar a mi madre con todo su corazón, y así aprendí a llorar la muerte con toda mi alma.

Uno de mis mejores amigos fue Fernando. Un par de años después de terminar la preparatoria se quitó la vida.

Hace poco le escribí a una amiga:

"Estudié en la Preparatoria No. 1, que se ubicaba en el maravilloso edificio de San Ildefonso. Mi amigo y compañero muy querido en aquellos años de 1962-1963 fue Fernando Tielve. Al término de la prepa Fernando se inscribió en la Escuela de Arquitectura, y yo, un año después, en la Facultad de Ingeniería de la UNAM. Esto nos separó un poco pero la amistad continuó.

"Un día infausto de 1966 Mario Solórzano, amigo de Fernando en la Escuela de Arquitectura, y otro compañero, si mal no recuerdo también de apellido Salinas, me localizaron con urgencia por una noticia que todavía me duele.

"Fernando, asediado por su extrema sensibilidad, cedió al vértigo de sus más íntimos sufrimientos y se quitó la vida. No tenía 20 años; lo llevamos a sepultar a San Juan Teotihuacán, su pueblo natal. Cuando llegamos, 20 horas después de muerto, abrimos el féretro y me sorprendió que la barba le había crecido como si la muerte temprana hubiera terminado de madurarlo."

Me revolví furioso contra esta muerte. Me enojé, lancé patadas al viento, grité. Reclamé a mis padres por el maldito mundo que nos habían heredado, donde un ser como mi amigo no cabía con vida. Me hirió de fondo esta muerte injusta. También la lloré, pero con mucha rabia.

Hay otras muertes. Estos años en la cárcel la vida me ha enseñado que para los presos hay otras muertes. Hay las muertes de adentro y las muertes de afuera.

Cuando un interno se suicida, los demás presos somos parte de esa muerte. Darse "el corbatazo" le llaman, porque casi siempre el desesperado escoge ahorcarse; es lo más efectivo. Un cuerpo colgando por el cuello es mi cuerpo, es nuestro cuello. Todos los internos e internas vamos en esa muerte. Sabemos cómo se llega a esa meta. Algunos nos detenemos antes de llegar. Por los hijos, por miedo, por esperanza, por lo que se quiera. Pero cuando hay un suicida en la cárcel, todos los presos somos parte de esa muerte. De la soga que cuelga penden nuestras penas. Son nuestras esas protestas; mi desesperación también se balancea.

Cuando hay un muerto, la cárcel se queda quieta. El ambiente se suspende. Nada, ni nadie, es ajeno al lamento mudo del difunto. Los presos nos miramos entre nosotros, con un código de comprensión y tristeza que sólo entiende el que ha sufrido el encierro. No importa si éste es justo o injusto, lo mismo pesa el muerto. Ese cadáver que se columpia con el cuello roto es una bandera: es el clamor de nuestra protesta. Entre lágrimas secas miramos a los "otros", los que no son presos, los de "afuera". Los miramos con furia, para que no olviden que esa muerte también es suya. Para que lleven consigo esa muerte: esa muerte también es la muerte que debe cargar el mal carcelero; esa muerte es a cargo del mal juez, del mal hermano, del

mal esposo, de la mala esposa, del que se cree bueno y se queda indiferente, del mal gobierno, del mal sacerdote que no trajo consuelo. No se necesita ser un héroe para que la muerte sea una bandera; basta, a mí me basta y me sobra, con que la muerte sea por sufrimiento, por abandono, sea de tanto dolor. El cuerpo lánguido de un suicida es un llanto, es una lágrima grande que nos invoca.

En la cárcel hay otras muertes que también tememos: la del ser querido, allá afuera. Estando en la cárcel hay una oración diaria: "Dios mío, que no se muera mientras estoy aquí. ¡Padre, madre, no te mueras, espérame!"

Me duele hasta el alma la muerte de mi padre. Se fue haciendo silencio en su lecho de muerte y yo no pude estar con él. Y nadie estuvo conmigo para entenderme en esta muerte. Es una muerte sin rito. Es una muerte sin deudo, sin velorio, sin velas, sin abrazos de condolencia, sin luto, sin vestidos de negro. Sin adioses. Todo sigue igual, los uniformes son los mismos, los ruidos son los mismos. Las falsedades en la sentencia, los falsos testigos, todos son los mismos. Es sufrir el dolor de la muerte en el vacío.

En estas muertes, la cárcel hiere como el más filoso hielo, como la más venenosa serpiente. Y sin ninguna tregua. No le pude preguntar a mi padre si tenía miedo. No lo pude abrazar aunque tuviera frío. No le pude dar la mano, ni decirle que lo amaba. Tampoco preguntarle si algo le preocupaba o qué quería.

Mi padre se fue estando yo encarcelado; y ya no pude recibir su última lección de la vida: ¡cómo se muere, cómo se abandona esta vida!

Me quedé sin saberlo. Me quedé inundado de dolor y de lágrimas y sin saberlo.

mulesposo, de la mela esposa del que se vece huero y se quela tadiferente dei mal gobjerno, del mel escretare que su resocanação
lo. Pio se nocestra tea un bistor para que la mucrar sea machanderes
basta, a entrate trater y me rebra con que la mucrir sea por veitimento, por abandosos sea da tiena dobre. El cueron lángoldo de
un suitocia se un lianto, es una facrimo grinde que que que os (avoca-

En la cárcel bay otras majenes que también remonante la del ser questido, alla alitera. Estanção en la cárcel bay una oracion diaria. Dios mio, que no se mujera mierarsa estay aquit pladro, madres na re muestas, espérantes.

Me duele basta el atma la muerte de mi padre. Se fue battendo alcento en su locho de muene y so no pude come con el Y madie escure contingo pera emendente est esta muente da suna muerte sin dando, sin veloro, sin velas, sin absanza de condolencia, alo lino, sin venidos de negro. Sin adloses, Toda senie quanto, se mentro de negro. Sin adloses, Toda senie quanto de memora dos memors, los ruidos son los mismos las falsedades en la sometreja, los falsos resigos, vodos son las mismos.

En esta patente, la caixel biour como el más filoso bielo, como la más venenosa sequente. Y sin magana tregua. No le pode pregnacar a má padre a unia miedia. No lo pude abrasar anmigor tuniore, bios
les de pude char la mano, ni decada que lo amaba. Timpo con puento
racie se algo le preocupaba o que quería.

Wil padre se fue estando vo encurcelado: o ya no pode recibir su última leceium de la rada: primo se muere; cómo se abandona esta vida!

Me quedé sin siberia. Me quede immitato de dolor y de legiuna y sin saberia.

XIX. ALEJANDRA. SE QUEDA CONMIGO

 \mathcal{H}_{ay} muchas cosas que se nos quedan dentro y no salen de la cárcel al mismo tiempo que nuestros pies.

Un par de semanas después de que salí, uno de los muchachitos "talacheros" que nos ayudaban en la sección B se colgó en la obra que estaban construyendo en la parte de atrás del lugar. Cuando mi amigo de "afuera" me contó la noticia, remató mi silencio con un alegre: "Qué buena suerte tuviste, se han puesto muy estrictos desde entonces". No pude llorar, sino escaparme al baño y cerrar la puerta. Quería quedarme ahí para siempre. Odié a mi amigo con todo el odio que me permitía mi corazón. Él, mi amigo de afuera, me había llevado pizza y refrescos y chocolates tantas veces que hasta llegué a pensar que era "parte de nosotros". Pero ya ves que no. Y pensé que lo odiaría para siempre, pero no. Lo he visto de nuevo y lo quiero, pero confieso que la enorme muralla o el enorme barranco que me separó de él ese día era impresionante. Tendemos puentes a veces, nos queremos hasta donde aguanta la cuerda. Pero no va a ser nunca lo mismo. Tal vez es injusto. Es como cortarle la cabeza al mensajero que trae malas noticias. ¿Qué culpa tiene él por no saber que un "talachero" había alegrado mis mañanas y que aunque su celda

estaba lejos, en la otra sección, vivimos bajo el mismo techo, bajo las mismas lámparas que esconden las estrellas, frente a los mismos ruidos y los mismos miedos? ¿Cómo podría alguien saber que fuimos uno cuando el dolor no distingue privilegios? ¿Que vimos juntos al "Brocas" salir esposado y maltratado? ¿Que estaremos para siempre agarrados de la misma reja?

No fui a su misa ni a su entierro. No sé si hubo. No sé nada. Pero sí sé que a veces, en las noches, todavía escucho el ruido de un candado que se cierra y deja adentro la inmensa soledad de los días sin noches de mi celda. Mi celda no tenía puerta, ¿sabes?, sino una reja con una cortina que dejaba entrar la luz y las sombras. Especialmente cuando hacía viento. Era una reja casi transparente pero de hierro, que dejaba entrar los sonidos de otras celdas. Los murmullos, los sollozos, las visitas íntimas a la intemperie que eran también parte de los sonidos invadidos e invasores de esas noches vuelven a mí. Pero eso no se puede contar tan fácil. Es mucho menos doloroso hablar de "alerta uno, dos, tres", o de pisadas de los custodios, o del color de los uniformes, o de los candados que rechinan.

Me calmo poco a poco. Los sonidos que me llenan de tristeza se mezclan con las fotos de la pared de Raul y el corrido del cumpleaños de Juan José. Su celda está apretada, pero brilla. Divago de nuevo y me pregunto: ¿para qué andamos buscando lo que no necesitamos cuando lo tenemos todo? En fin, son un poco cosa del pasado, pero se extrañan. A mí también, como dice Raul:

[&]quot;A veces me gustaría volver a ser, o haber sido para siempre, la sencilla ciudad de mi amor primero."

Recuerdo que mi casa de Cancún era una fiesta permanente, un oasis. ¿Qué nos pasó? ¿Por qué se rompió todo ese mundo que era tan estable? ¿Por qué, como me dijo Raul, no fui a perseguir mi destino y a recuperarlo? ¿Por qué? ¿Es que en realidad ya no existía?, o ¿fue porque me asusté?, o porque no me parecía suficientemente interesante e intenso... O porque entre mi cárcel y el exilio de mi marido había una barrera infranqueable, códigos incomprensibles para ambos, dolores sin rumbo que nos destruyeron.

A veces no podemos recuperar lo que teníamos, pero aunque cuesta trabajo romper los hilos que ya no nos sostienen, hay que soltarlos porque la nostalgia del pasado nos llena de tristeza y nos paraliza...

Bueno, ya estoy llorando de nuevo, de este llanto que duele como espada clavada en el pecho, que sale desde adentro. Me duele el alma, pero me siento mejor. Creo que voy a ir a ver mis álbumes de fotos. También se vinieron algunos...

Anoche estaba exhausta. Deliraba. Toda la tarde, o algo que se pareció a toda la tarde, todo el día, todo el año, hablé con mis amigas sobre los fantasmas, los "dementores", sobre los perros que llenan nuestras historias de terror y mentiras y porquerías y hacen hoyos en nuestro suelo y en nuestra mente. Inventamos culpables, tratamos de poner nombre a los entes que nos han hecho daño y nos asustamos. Estos días mis pesadillas se mezclan con las suyas y con las de todos. Veo un pueblo que sólo ve sangre y oro. Me altero. Invento discursos huecos que nadie entiende ni en mis sueños. Fuenteovejuna sorda y ciega gritando: "venganza, sangre, tierra". Qué pesadilla. Corremos en círculos porque queremos circo, no perdón, pero los que no estamos libres de pecado, ¿podemos aprender a dejar de

tirar piedras y sembrar escopetas y abrir la boca? Porque sí tenemos boca para invitar al mundo a amar y a perdonar.

No sé hasta cuándo aguanten mi cuerpo y mi mente tanta pasión desbordada. Mis amigos piensan que escribir es mi tormento y mi fortuna. ;Crees en Dios?

Como siempre, no sé por qué te estoy diciendo esto. Ya no sé qué hacer conmigo y mis discursos locos. No sé cuánto deba decirte que es tiempo de que salgas, porque el último pedazo del camino es el más doloroso y el más complicado. Y quién sabe cuánto tiempo real falta para salir.

XX. RAUL. SU NOMBRE ES IMPORTANTE

En nuestra plática me preguntaste por mi madre y su papel en mi familia.

Margarita de Gortari Carbajal (te escribo su nombre porque es un nombre importante) es el punto de reunión de los cinco hermanos, y de nuestros hijos. Mi mamá fue y sigue siendo el sentido de vida de la familia como tal.

Somos cinco hermanos. Te los digo por orden de aparición: Raul, Carlos, Adriana Margarita, Enrique y Sergio. A mí me pusieron el mismo nombre de mi papá por ser el mayor. Carlos se llama como mi abuelo, y como el hermano querido de mi papá. Adriana Margarita lleva el nombre de mi mamá y por su origen clásico (viene de las culturas griega y latina), de lo que mis papás eran muy conocedores y apegados. Sin embargo, en la familia siempre le hemos dicho "Liru" o "Lirura", ya que el liruro es el ave del paraíso en la mitología. Y mi hermana, por ser la única mujercita, era el ave de nuestro paraíso familiar. Enrique (Eduardo, Guillermo) lleva los nombres de los otros tres hermanos de mis papás. Sergio el de mi mejor amigo en la primaria. Todos los nombres tienen "r", decía con orgullo mi mamá y mi papá sonreía satisfecho. Los cinco hemos sido siempre

muy unidos. Así eran mis padres con sus respectivos hermanos. Somos familias unidas por generaciones.

Con mi mamá viajamos los cinco hijos por toda la república, en tanto mi papá nos alcanzaba en algunos puntos de nuestro itinerario, según lo permitía su trabajo. A lo largo de los viajes, mi mamá nos platicaba sin descanso de historia, geografía o de la cultura del lugar donde estuviéramos. Mi mamá era sobre todo maestra, y con nosotros una amorosa maestra. Siempre cálida, siempre presente, aun después de haberse ido.

Hace no mucho, don Luis Nishizawa, ese pintor tan diestro como humano que nos regalaron de Oriente, dijo:

"Me encantan los colibríes porque en el Valle de México en la época prehispánica se cubría el cielo de estos animales, y decían que eran espíritus."

Y de pronto sentí una luz en la oscuridad: los colibríes. Déjame te cuento.

Yo nunca hablé de la muerte con mi mamá. Mi mamá estuvo enferma muchos años, ella murió el 16 de febrero de 1992. Pero desde 1981 más o menos, a mi mamá le dio un primer infarto y después sufrió dos o tres más en esos diez años. Todas las veces fuimos a dar al Hospital de Cardiología. Para mi mamá eso era algo muy fuerte porque mi abuelita Lola, su mamá, murió también del corazón y en el Hospital de Cardiología; y su papá, mi abuelo Eduardo, también murió del corazón muchos años antes. Por ello mi mamá relacionaba Cardiología con la pérdida de su mamá y con que algún día ella iba a terminar ahí, y así fue.

Recuerdo la primera vez que se enfermó. Era yo director de Caminos Rurales y andaba en una gira en la parte de los indígenas huicholes de Jalisco. Tres estados confluyen en la región huichola, que se le llama así aunque conviven varios grupos étnicos: los huicholes, los coras, los tepehuanos.

Habíamos construido primero la aeropista para comunicar a las principales agrupaciones de indígenas dispersas por la sierra, como en Mesa del Nayar (donde se encuentran, según dicen, los restos del legendario rey Nayar). En 1981 estábamos haciendo caminos en la zona huichola y un ingeniero amigo mío (quien sobre el río Mascota construyó un hermoso puente de estructura tridimensional siguiendo las enseñanzas del maestro Heberto Castillo) me mandó buscar para irme de urgencia a México, pues mi mamá había sufrido un infarto.

A partir de esa fecha mi mamá estuvo delicada. Varias veces tuvo infartos pero solamente en una ocasión me dijo: "Creí que se acababa todo". Recuerdo su mirada y su gesto con una mano haciendo énfasis en que se acababa todo. Yo no quise hablar de eso y le dije: "¡Ay mamá, cómo crees, de ninguna manera!" No le pude preguntar qué había sentido, qué temía o qué imaginaba y yo tampoco lo quise ver, ni siquiera imaginar, lo rechacé.

Cuando murió mi abuelita Lola, a los pocos años nos dimos cuenta de que mi mamá, cuando salía al jardín de la casa y aparecía volando un colibrí, decía: "Ese colibrí es mi mamá".

Los domingos comíamos con mis papás en el comedor de la casa, donde había un gran ventanal que daba hacia una zona del jardín cubierta de flores, un árbol de limón muy lindo, y muy fructífero por cierto, así como unas jacarandas que florecían bellamente.

Muchas veces, cuando estábamos comiendo, el colibrí nos llamaba la atención, incluso a veces con su pico, "tac, tac, tac, tac", tocaba sobre el cristal, probablemente viendo los reflejos de los árboles, no lo sé, pero nosotros nos sentíamos saludados. El colibrí fue durante toda mi vida, una vez que mi abuelita hubo fallecido, parte constante en las emociones y diálogos compartidos con mi mamá.

Mi mamá se puso realmente mal en la etapa final. Yo lo que hacía para acompañarla era tratar de estar junto a su cama las más horas posibles, para que siempre que abriera los ojos me pudiera ver a mí sonriéndole. Nos turnábamos los hermanos y mi papá, para estar siempre con ella.

La recuerdo en el cuartito de terapia intensiva del Hospital de Cardiología cuando entró en coma: ya muy delgada, con los ángulos de su cara muy marcados, cubierta con una sábana blanca y yo acariciando su mano, pues, aunque los doctores nos habían dicho que ya estaba en coma, yo le hablaba y le hablaba durante horas.

Me dediqué todas esas horas en que la fui despidiendo a decirle que siempre la quise mucho, que me dio mucha felicidad. Le fui recordando los momentos más hermosos que pasé junto a ella, como los del colibrí, cuando salíamos al jardín; cuando me llevó por primera vez a ver el mar, cuando nos explicaba los misterios de la luna o nos recitaba poemas, o nos platicaba de las amistades que había tenido su hermana Carlota, como Alfonsina Storni, una poetisa de Sudamérica... Sobre todo le dije que tenía una enorme gratitud por haberme hecho sentir siempre muy amado y que el sentirme tan amado me había hecho fuerte para vivir.

Le agradecía que me hubiera enseñado a prestar atención a los olores, en particular al excitante aroma de las gardenias cuando visitábamos Fortín de las Flores en Veracruz.

"Cuando nada subsiste de un pasado antiguo, cuando han muerto los seres y se han derrumbado las cosas, solos, más frágiles, más vivos, más inmateriales, más persistentes y más fieles que nunca, el olor y el sabor perduran mucho más y recuerdan, y aguardan, y esperan, sobre las ruinas de todo, y soportan sin doblegarse en su impalpable gotita el edificio enorme del recuerdo."

Pero de todos los olores, el que me acaricia con ternura el alma, siempre, es el del pan horneado en casa: dilato las narices, cierro los ojos y todo viene a mí, la cocina y sus ruidos, el ir y venir de mi mamá, el probar el pan caliente con nata, endulzado con la voz de mi mamá...

En el hospital, hablando quedamente y acariciando sin descanso a veces la frente, a veces el dorso de la mano de mi mamá, le agradecí esos recuerdos como le agradecí también que, de manera deliberada y sistemática, durante años y años nos llevara a mí y mis cuatro hermanos a viajar por tierra por toda la República Mexicana, con el fin de que la conociéramos y la amáramos como ella misma lo había hecho. Nos llevó a querer entrañablemente Monterrey y el pueblo de Agualeguas.

Mi mamá amaba la selva del Sureste que recorrimos con ella cruzando en pangas los majestuosos ríos del sur de Veracruz y Tabasco; así, también nos hizo maravillarnos con los atardeceres de los desiertos de Sonora cuando viajamos en coche hasta California.

Al despedirla le di las gracias por haberme compartido su amor por la literatura. Mi mamá era una lectora constante. Creo que ella y yo convenimos alguna vez que de todos los libros que habíamos leído en nuestra vida, si tuviéramos que escoger solamente uno como el mejor, nos llevaríamos las *Memorias de Adriano* de Marguerite Yourcenar.

Para mi mamá la ternura era el sentimiento esencial que la unía con el mundo en general y con nosotros sus hijos en lo particular. En el silencio de la noche en el hospital donde yacía, le di las gracias de todo corazón por haberme regalado la capacidad de disfrutar bailar...

Mis padres eran magistrales bailarines. Particularmente era un placer verlos bailar tango. Mi mamá tenía un humor exquisito, lo que aunado a su fina inteligencia traía siempre requiebros inesperados, llenos de gracia y de aguda observación sobre las lecciones de la vida. El buen humor me ha permitido transitar sin sentimiento de derrota el injusto encarcelamiento. Unas carcajadas, aun en los oscuros pasillos de Almoloya, desvanecen, aunque sea por unos instantes, la amargura, no importa el lugar o la circunstancia.

Mi mamá tenía de manera auténtica, pero también por convicción, una actitud siempre positiva ante la vida. Para ella no era aceptable el pesimismo y menos aún la derrota. Para ella siempre había, en toda circunstancia, algo positivo que aprender y una buena salida por difícil que fuera la ocasión. Mi mamá tenía una frase con la que buscaba exorcizar cualquier situación por difícil que fuera: "Todo va a salir bien".

Mi mamá nunca desperdició el efímero presente con un comentario negativo. Sabía escuchar. Con su silencio atento nos daba a cada uno nuestro lugar. La recuerdo bien cuando estábamos en algunas ocasiones en la biblioteca de la casa. Ella sentada en el suelo, recargada su espalda contra un sofá y su mentón apoyado en sus rodillas firmes sujetas en su propio abrazo. Escuchábamos a mi papá leer en voz alta a García Lorca; o, cuando yo era niño, el cuento No

se asombre sargento de la reciente factura de Juan Rulfo. Mi padre tenía los ojos inundados de emoción y la voz vibrante.

En febrero del año 2002 se cumplieron diez años de la ausencia física de mi mamá, de su fallecimiento. Cuando murió, los hijos sabíamos que mi mamá rechazaba con angustia la idea de ser enterrada. Por ello decidimos incinerar su cuerpo y colocar sus cenizas al pie de una cruz colonial en el jardín de su casa. Junto a ella reposa ahora también mi papá.

De pronto pienso que por algún camino esotérico escogí recluirme en la cárcel, y que todo lo que he llorado durante los últimos años en este encierro ha sido en buena parte llorar por la muerte de mi madre y ahora de mi padre. Y por ello viene a mí la idea de que transcurridos estos diez años de luto debo regresar a la vida para continuar avanzando.

Vistos en retrospectiva, diría yo que todos y cada uno de los pasos que he dado en la vida, desde los primeros que me enseñó a dar mi mamá, han tenido sentido. Ahora entiendo que lo que es eterno de mi mamá es su amor por mí. Su amor está no donde está su cuerpo, sino en el centro de mi corazón. Mientras yo viva, el amor de mi madre será eterno para mí. Su amor por mí y para mí está aquí en este momento, conmigo, eternamente. Y el de mi padre lo acompaña, sin duda.

Sé que mis hermanos y yo, que en todo hemos estado unidos, estamos también juntos en la cárcel, pero que estamos rodeados de amorosos colibríes.

Me preguntas si creo en Dios. Parece una pregunta de las que hacíamos los niños en la primaria para tratar de ir clasificando y segregándonos unos y otros. En el encierro he construido mi propio acuerdo ante Dios. He aprendido a fuego a luchar para lograr mis

metas, para construir mi sueño de libertad. He luchado sin desmayo, o, mejor dicho, desmayando y recomenzando cada vez, una vez y otra vez más. Pero siempre he confiado en Dios profundamente y Dios no me deja solo.

He aprendido a llevar en ambos brazos, en sendos lados del corazón, mi voluntad y mi confianza en Dios. Mi voluntad es luchar y luchar. Y mi confianza en Dios se finca en la seguridad de que su sabiduría y bondad están presentes y se harán presentes en el momento que deba ser. Así, me he construido la frase que combina mi voluntad de lucha humana y mi confianza en lo divino: "A Dios ni se le corretea ni se le deja plantado".

A Dios, me digo, no se le corretea ("Dios, ya quiero esto o aquello ahora, o para pasado mañana") y no se le deja plantado ("yo hago mi tarea, no la dejo para mañana o para otro día, mi compromiso es hacerla ahora"). Hago mi parte sin descanso y confío en la suya. Tú lo viste, la imagen de Dios y de la Virgen de Guadalupe dan fe en las paredes de la celda. Por más reducida que sea, en la celda del hombre siempre cabe Dios.

Las paredes de la celda son el territorio liberado del prisionero: ahí está el amor intocado de las fotografías de mis padres, mi esposa que en su mirada convierte lágrimas en sonrisa cálida, y mis hijos: Mariana todo un continente de ternura, y Juan José al frente del ejército de los que creen en mí.

Están también mis hermanos y todos mis sobrinos, porque soy un poco todos. Y porque siempre tengo presente que si me derrotan, los arrastro a todos. Los lazos que nos unen son más fuertes que el metal de las puertas de Almoloya.

Confío en Dios, y sé que cada uno de nosotros, cada día, cada instante, hace su tarea.

XXI. ALEJANDRA. ME CONMUEVE

Me conmueve verte ver a tu mamá. Me conmueve la forma en que la viste vivir y vibrar con ojos de niño millonario de besos en el jardín y con ojos de bebé indefenso junto a su cama en el hospital.

Me conmovió la forma en que la amas. La forma en que la extrañas. La forma en que se aparece frente a ti...

Me encantan los colibríes y los extrañaba, porque en la época prehispánica, cuando yo era náhuatl, cubrían el cielo, pero creo que tanta sangre, tanta confusión y tanto deseo de venganza los asustaron...

¿Por qué le dije jacaranda a un flamboyán? En el patio de la casa de mis papás hay una jacaranda que adorna nuestros desayunos. Le llamamos el Patio de la Jacaranda. Mi mamá y yo les hemos contado tantas veces a mis hijos que en casa de mi abuela había una jacaranda que nos regalaba sus flores para confeccionar collares y coronas que se saben la anécdota de memoria y recogen las flores cada temporada para adornar nuestro pelo. Sé, desde siempre, que ese morado sutil no tiene otro nombre que simplemente color jacaranda.

En la casa de Cuernavaca de mis abuelos había un flamboyán al que mi otra abuela le decía el "flamboyán latoso" porque dejaba caer las floresonas anaranjadas a la alberca, y cuando hacíamos travesuras nos decía:

-Ya llegaron los flamboyanes a dar lata.

Alguien explíqueme, ¿por qué le dije jacaranda a un flamboyán? No importa. Supongo que las ansias que llegaron a mis ojos, las ganas de capturar el momento aquel, fueron una especie de recuerdo anticipado, una premonición que me llevó a saber lo que ahora que me cuentas comprendo: hay un colibrí que llevas junto siempre. Por eso a veces estás un poco despeinado, porque con sus alas te refresca y con su magia te protege. Eres un hombre muy afortunado y muy amado.

Hablando de privilegios, ¿qué más puede uno desear cuando tiene en su memoria y en su aura la compañía de un colibrí? Tal vez sólo querríamos dejar de saber algunas cosas que sabemos y que nos asustan.

XXII. RAUL. AGOTADAS LAS PALABRAS

En la madrugada, agotadas las palabras de bailar con mis manos, doloridas de los pisotones de mis dedos, quise decirle a Alejandra, con colores y formas, cuánto admiro su talento: le pinté un cuadro. Es un Machu Picchu minimalista quizá, pero no por ello menos sentido: no hubo pinceles, me embriagué de abismos, y lo plasmé con la indiscreción de mis dedos y la fuerza de las manos.

No espero que Alejandra lo mire, sino que, como a la música, sólo lo sienta en la montaña que es su ser. Que su piel descifre lo que en el lienzo he fraseado. La magia de las ruinas y los acantilados es la de los cantos gregorianos: se anida en el alma su eco repetido.

Suspendo mi diálogo de tela y olores cuando está amaneciendo. Tras la ventana con rejas un pájaro canta.

Pintar es como platicar en silencio. A esta hora, en un puerto, un velero suelta las amarras para navegar.

XXII. RAUL. AGOTADAS LAS PALABRAS

En la madrogada, agoradas las palabras de bailar con mis manos, deloridas de los pisotones de mis dedos, quise decide a Alejandra, coa colores y formas, cuánto admiro su talentas le pinte un atradro. Es un Macho Picchu minimaliste quira, pero no por ello micros sentidos no hube pirecdes, una embrongas de abismos, y lo plasma con la indiscrección de mis dedos y la fuerra de las manos plasma con la indiscrección de mis dedos y la fuerra de las manos ado lo siente en la montenta do mico, sino que, como a la masica, ado lo siente en la montenta que es su ser. Que sa piel descifre lo que en el lientes he frascado. La magia de las micas y los acantidos un de los carros gregorianes: se quida en el alma su eco repecido la de los carros gregorianes: se quida en el alma su eco repecido fina la vertente con reias un ofino carros

Pantar es como planieir en silencio. A esta forta, en un puetro su valero suelta las amarcas para navegar.

XXIII. ALEJANDRA. PARA SALIR DE SU CELDA

El sábado por la tarde salimos de su celda cuando el custodio nos abrió por fuera y avisó que ya podía retirarme. Me acompañó hasta el próximo candado. El lugar elegido para verme irse y verlo quedarse.

Su mano en mi hombro. Pasos suaves, livianos, firmes, pesados. Íbamos todos. Padre e hija, hermano y hermana, madre e hijo, amigo y amiga, prisionero y ex reclusa, libres y rehenes. En ese pasillo, hombro a mano, mano a hombro, éramos mucho, mucho, mucho más que dos.

La magia se rompió cuando pedimos al custodio que abriera el candado de la puerta que lleva a otra puerta que separa los dos mundos. Me acordé de que un día, en mi Cereso que no era Cereso, sino cárcel municipal, aunque la diferencia es tan sutil que casi no tiene importancia, la visita de un compañero mío se llevó nuestros apodos escritos en papelitos que iba a tirar al mar para que se disolvieran en la sal y el agua de las lágrimas de la Tierra. Los apodos en la cárcel tienen un valor extraño. El sonido burlón de un sobrenombre impropio es como un beso de "dementor" que te roba el alma y a veces tienes que convocar un "patronum" de luz que te deja triunfante pero exhausto.

Le pregunté al oído si tiene un apodo, pero dijo que no. Así que me fui con las manos vacías escuchando mis pasos huecos sobre el pasillo solitario y helado que me conduciría al próximo candado en mi viaje a la calle.

Mi apodo era "la Very Good", escuché el eco de las voces de los presos-niños que se reían de mí cuando pasaba. Son sólo juegos crueles que jugamos...

El lunes siguiente, sin que terminara aún el día que sigue despierto en mis insomnios, alguien me preguntó cómo me fue con el "hermano incómodo". Lo quise morder primero, luego le conté rápido que encontré a un hombre sensible, inteligente, lindo, aunque ciertamente no muy cómodo ahí encerrado. Llegué a mi casa y llené la tina. La cárcel de Raul no está sólo en su celda, está en todos lados aquí afuera. Si me hubiera acordado, no le hubiera preguntado. Evidentemente no le gustó mi pregunta, pero no había ya tiempo de explicarle el ritual y así nos despedimos. La incómoda en ese último minuto fui yo. Disolví un poco de sal en el agua tibia. Puse en una servilleta el apodo incómodo y pensé dejarla para que se disolviera en esas lágrimas artificiales que había formado. No me atreví. Rompí el papel en pedacitos. Ni mi tina es mar, ni el asunto es relevante. Comprendí que la visita de aquel compañero mío no estaba haciendo un rito para nosotros, sino para él. Para curarse la pena.

Qué pequeñeces cobran importancia en un momento dado. Comprendí que no me fui del penal con las manos vacías. Yo me fui con las manos llenas. Sin más distracciones, me senté a escribir y comprobé la hipótesis formulada frente a la tina salada. Si no tuviera las manos llenas, no hubiera escrito cincuenta cuartillas de imágenes y sentimientos en tres noches y dos pedazos de día que le he robado a mi otra "vida real".

XXIV. RAUL. EN BUSCA DE ESPEJOS

Alejandra tiene una especial relación con los espejos. Su libro, el texto que me llevó a ella (o que la trajo hacia mí) se titula Donde el tiempo se refleja.

A lo largo de sus palabras, las imágenes y sus reflejos aparecen continuamente. Pareciera que anda por la vida en busca de espejos donde reflejar los contornos y los infinitos de su alma. Me imagino que si la llevara a una tienda de espejos, particularmente si fuera de espejos antiguos, podría buscarse hasta perderse. No quiero ni imaginarme una broma macabra como llevarla en una feria a la "casa de los espejos".

Cuando Alejandra escribe: "Raul [...] pasó a ser una persona sensible e inteligente, mi amigo, el hombre que me ayudó a descubrir que no puedo seguir sintiendo nostalgia por una quimera...", en realidad se describe. Soy su espejo.

No es difícil tocar el alma de Alejandra, sólo (¿como a todos los seres humanos?) tienes que ponerle la misma atención que le pone a su imagen cuando se refleja, ser un buen espejo.

Yo en cambio me reconozco, me encuentro, en las ciudades.

Unas veces el plano de mis calles es tan franco, tan sincero y trabajador como Monterrey. En la mayor parte de las ocasiones soy la ciudad de México: me siento tan sólido, cálido y centenario como Coyoacán con sus calles llenas de historias, antiguas mansiones y sus grandes fresnos. También un atolladero. Algo milenario no resuelto, como todo lo que sucede en el Valle del Anáhuac. A veces soy tan renacentista como Florencia, y me reconozco en las viejas piedras de Delfos. Me sé, sin saberlo, como el barrio de Montparnasse, con su Observatorio: el lugar de París en donde es más clara la sonrisa de las estrellas. Y soy a la vez su célebre cementerio. Soy la tumba juzgada y abandonada de Porfirio Díaz o la desconocida del pintor Julio Ruelas y duermo para siempre junto a Baudelaire, Sartre, César Franck... Me gusta el tiempo presente como es Nueva York. Mi ser se encuentra en casa entre las brumas y la magia de Cuetzalan; o tranquilo como en un caserío de la sierra más alta. Soy Mogador y también el sonámbulo que en ella habita.

¡Soy tantos pueblos y ciudades! Quien me quiera conocer, hará como el viajero que se detiene un poco aquí, muy contento allá, desagradado a veces, cansado en algún rincón, perdido entre las callejuelas que no se buscaban, sorprendido con algunos hallazgos. Pero ni yo mismo acabo por recorrerme, por descubrirme totalmente, nunca. La traza de mi corazón se asemeja a Venecia y su Plaza de San Marcos: en mis campanarios se acurrucan almas que anidan como palomas para siempre.

Hay ciudades caracterizadas por sus mujeres. En París se ven las mujeres más elegantes. Las que al cruzarte con ellas te ignoran para que continúes mirándolas como a una aparición. Las mujeres de Nueva York andan con prisa sofisticada, buscando que las detenga el sencillo milagro de un detalle. Las bellas mujeres de Madrid están

siempre dispuestas para la marcha nocturna y el jaleo. Las mulatas de Bahía y de Río de Janeiro son tropicales como las palmeras: únicas en su forma de moverse, hasta con la más suave brisa del mar. La mujeres de la ciudad de México dicen "no" cuando quieren decir "sí". Y murmuran entre ellas: "Son tan tontos los hombres: les dices 'vete'... ¡Y se van!"

A veces me gustaría volver a ser, o haber sido para siempre, la sencilla ciudad de mi amor primero. Ser también, como dijo José Carlos Becerra, la ciudad de todas las mujeres donde me he ido quedando. Me pregunto en mis noches: ¿Y qué era yo antes de ser ciudad de cal y canto? Y me respondo: Soy esencialmente un valle con sus montañas y su río.

En este momento miro a Alejandra como un atardecer en una bella plaza. Tu nombre es para mí una evocación de Alejandría, la ciudad maravilla que el inmortal conquistador construyó en el delta del Nilo, y donde, por supuesto, estaban dos de las maravillas del mundo antiguo: la Biblioteca de Alejandría y el faro del mismo nombre. Así te "apareces" tú en mi vida: como luz que me hace sentir protegido por el puerto, y como recinto de reflexión, y también de sabiduría. Cada vez que escribo o leo tu nombre, no leo "Alejandra" (del Magno vendaval imparable) sino "Alejandría" por mi nostalgia.

Si quieres llamarme por algún apodo, me puedes llamar "mi espejo" o "mi ciudad" o "mi casa". Me puedes a veces nombrar "ciudad de la pérdida y el llanto"; y otras muchas más decirme "capital de la risa, de la esperanza y de la alegría". Me encontrarás en la hacienda de Las Mendocinas, que es posada entre el valle y la ciudad.

También hay cosas que me duelen. El apodo de "hermano incómodo" me ha dolido sinceramente. Por ello me sanaste a profundidad al haber intentado un ritual, casi un exorcismo:

"Disolví un poco de sal en el agua tibia. Puse en una servilleta el apodo incómodo y pensé dejarla para que se disolviera en esas lágrimas artificiales que había formado."

En noviembre de 1994, faltando muy pocos días para que terminara la administración de Carlos como presidente, don Julio Scherer me dedicó un número de su revista. A don Julio lo estimo y respeto. No porque sea perfecto, sino porque sus defectos como hombre y como periodista me han ayudado a mirar los míos en muchos aspectos, que sin duda son mucho más grandes y más graves.

En la portada de *Proceso* aparecía mi rostro, con el título de "Hermano Incómodo". Fue un acierto periodístico de don Julio porque el concepto se ha quedado en los medios de comunicación y en el lenguaje político y hasta de la farándula también. Cuando se quiere señalar a algún personaje, se habla del diputado incómodo, el senador incómodo, el secretario de trabajo incómodo, el obispo incómodo, la hermana incómoda de *Big Brother*, etcétera. En todos los casos son asuntos con buena carga política y dicen que los políticos, si quieren serlo, han de tener la piel dura, para que este tipo de comentarios no los hieran. En mi caso, además de todos los defectos que tengo, confieso que, como mal político, el apodo me duele. Va directamente en contra de todo lo aprendido en silencio y de lo que nunca se habla: en contra de lo que supongo debía yo de ser.

¿Cómo es posible que habiendo sido formado para ser empático —y además serlo profundamente— resultara ser por antonomasia incómodo? Es absurdo, es horrible. ¡Qué manera de errar en el camino trazado por mi madre cuando me decía que yo venía al mundo para ayudar a mucha gente! —y yo con ello imaginaba por lo tanto "ya ser muy querido". En qué antihéroe me he convertido.

Para mí, psicológicamente hablando, estoy en la cárcel porque prácticamente nadie me quiere. El encierro es la prueba de toda ausencia de respeto o aprecio por mí. Es algo muy feo. Así, no sólo me duelo de la falta de libertad, que no es poco, sino además del ser "incómodo", no querido.

La calidez de tu texto mucho me ha sanado, porque con intensidad me llevas a mirar mi corazón, es decir, a un territorio íntimo, muy alejado de lo que piensan los demás. No es que la opinión de la sociedad no importe o no deba importar, es que no lo es todo. Hay un país donde se mira el alma, una nación para el corazón. Y en ese territorio me has encontrado y me has dado un pasaporte para viajar y reencontrarme. Mirar mi propio corazón es la caricia más grande que me podías regalar.

En mi continuo retiro espiritual, que es callado y muy mío, al tiempo que releo tu generoso texto, se produce un eco de mi lectura de los Proverbios:

"En el agua se refleja el rostro, y en el corazón se refleja la persona."

Mirar mi corazón, en nuestro texto, en estos reflejos de nuestros espejos, no me es incómodo. Es una imagen compleja, pero mucho más completa que la diatriba de un artículo de revista por más acertado que sea. El corazón, dicen, revela lo real de la persona, y no lo hace lo que los otros piensan de ti, o lo que las circunstancias muchas veces nos impulsan a ser o a hacer.

Este cautiverio y este rechazo me han dolido profundamente. Sólo tu ritual de poner el mote de incómodo en una servilleta de papel y lanzarlo para que llegue y se pierda en el mar, me ha ayudado a empezar a entender, a comenzar a sanar. Fue como el rito cele-

brado por Teresa Batista, la de Jorge Amado, al lanzar todas sus penas al mar, para volver a tener la capacidad de amar libremente. Como la ceremonia del Obon en el que linternas flotantes son puestas en los ríos, lagos, o en el mar, para guiar los espíritus a que puedan retornar a su lugar.

No soy igual a nadie, mucho menos mejor; pero soy como una ciudad que tiene corazón, y a esa ciudad me gusta llegar.

XXV. ALEJANDRA. COSAS QUE NO SÉ

Los ojos de Raul Salinas son a veces vivos y vibrantes, otras veces tristes y distantes.

La pura mención de Almoloya eriza la piel. El horror del castigo por el castigo, de la humillación de los humanos por parte de los dueños de la ley. Saberte observado cuando lloras, tener que ver al otro cuando desfallece de sed de justicia sin tener una sola gota de certeza para darle. La falta de noche y día atenta contra lo más real de la creación. El frío de ese lugar es pura desolación, y es tan intenso que nada más de reojo te roba el alma, se siente que te vacía de ti.

Sólo intuyo cosas que no sé, pero que salen del abismo de sus ojos cuando se asoma esa parte de su alma desterrada a fuerza de querer creer y no poder.

Parece mentira que exista semejante monstruo de concreto y hierro. Parece más mentira que los "buenos" pidan venganza disfrazada de justicia y estén dispuestos a premiar la existencia de ese sitio.

Lo siento.

Nada más que decir.

XXV. ALEANDRA. COSAS QUE NO SÉ

Any open de lead Selima son e mois vives y ellerantes, como veces comos e descritos

La para mesción de la humiliación de los humanos por parre de los direttos de la humanos por parre de los direttos de la largo. Saberne observado imando lloras, tener apresen el otro cuando destallace desen de pareira son tener una vala gora de certeza para darle. La laba de nothe y dia amente como la mata pod de la enerción, del tribute, de huma es para desolación, e el ten unaque so que estás seás de recjone soba el alexa, se aleste que la vala dastidad de signa de suca de su soba el alexa, se aleste que la vala desta de signa por esta de suca de suca de ser cambio se asoma esa parte de su alexa del absento de suca diserse como se asoma esa parte de su alexa de suca desen con esta reces y no podes.

Purce incurred que exista semejante montarses de concerto y luicmio Fance and atraquira que los "bacatos" podan cançanes distracada
de manda y caréa dispuestos a premiar la examerica de matilità.

Lo ciento.

Salas broad seed of 2

XXVI. RAUL. SABIDURÍA MILENARIA

Hay en el alma de la mujer una sabiduría milenaria. En tanto los hombres nos ocupábamos de cazar al mamut, ellas miraban las estrellas y comprendían adónde íbamos: ¡son tan sabias! Excepto cuando se enamoran. Dicen al respecto: "¿Cómo se enamoran las mujeres inteligentes?" Respuesta: "Como idiotas".

En ello coincidimos también los hombres.

Las mujeres son muy orales. Son como arcángeles caídos por el golpe de la palabra. Les hablas de amor al oído y dejan sus alas quietas. Quedan en trance. Las palabras que los hombres les susurramos, no se quedan en el oído; se deslizan hasta el corazón. Los hombres que las hacen reír, abren el corazón de las mujeres.

Las mujeres hacen que el mundo gire, nos enseñan a amar (casi) incondicionalmente y (casi) para siempre. Lo que es el sueño del que quiere saberse y sentirse de verdad amado.

Tu "vorágine post sabatina" es una caricia bellísima, siempre estará presente en mí. Me hace bien. Me sana.

XXXVI. FAUL, SABIDURÍA MILLENARIA

Elsey en et almo decla major uns sabiduma milenaria. En cutto los frombres nos occipalmons do cenar al mamuto ellas miraban ha recellos y comprendian adopele, francos, pun tan sabias fracque cuando le esamoran. Dicas al respectos "¿Climo te esamoran las muisces intelligences." Respuesas "Como delectas".

ii a elle seducidimos sambién les hombres

Las mujeres son muyoreles. Son camo arcingeles caldos por el golpe de la palabra. Les hubles de tames el oclo y dejan sus rias quies res. Querian en trances, Les palabras que los hombres les sucurrantes que los hombres de sociales, en el oldos se destiran hama el corazón, has hombres cius los bases el corazón de la consider de sociales.

Les majores l'accin que el mundo gire, nos enseñan a amor (casi) incondicionalmente, y (casi) pura tiempte. La que es el sacino del pia quieste salvene y senciase de verdad arrado:

The "nonigine pear salestine" as the caricle behinne, accompanies are presente on tall. Me have been. Me ratin

XXVII. ALEJANDRA. AMIGO INSTANTÁNEO

No cabe duda de que estoy impactada con el hombre, el amigo instantáneo, el expediente, el personaje, la causa, la capacidad de adaptación del ser humano.

También él está entusiasmado. Tere me llamó de su parte como tres veces esta mañana del martes. La última vez fue sólo para preguntarme a qué hora le podía enviar lo que estoy escribiendo.

—Pídele paciencia, Tere, que apenas acabo de empezar. Recuérdale que el tiempo acá afuera está lleno de ruido, de compromisos, de movimiento. Prometería apurarme, pero no puedo apurarme más.

Me imagino que después de diez años de darle vuelta a su expediente, habrá sido refrescante tener el punto de vista de una extraña. De una extraña amiga con quien puede compartir algunos códigos intraducibles para los "normales". Así dicen a veces. En algunas entrevistas me han preguntado qué les diría a los presos y qué a los "normales". Todos tenemos nuestras cárceles, y en estricto sentido, me parece que la mayoría somos más bien "anormales", pero en fin.

Lo que pase con este escrito será una decisión compartida. Se me ocurrió que podríamos escribir la historia de ida y vuelta. Yo cuento lo que veo desde acá, él desde allá. No sé, se me ocurren muchas cosas entre párrafo y párrafo que sale como bólido de mis manos...

La vida real sigue su curso mientras escribo. Hoy vinieron a comer las novias de los niños. Cris había puesto la mesa cuando llegamos Ro y yo a las tres de la tarde, pero todavía no decidíamos qué íbamos a comer. Estoy cerrando un proyecto, operando dos y abriendo tres y además ando medio ausente con esto de escribir toda la noche. Se nos hizo tardísimo. Alo pasó por las niñas después del colegio y llegaron casi a las cuatro. El chiste es que estaba cortando la fruta y pensando en estos temas, el hombre, el amigo instantáneo, el expediente, el personaje, la causa, la capacidad de adaptación del ser humano. Se me resbaló el cuchillo y casi me corto el dedo, la cocina olió a peligro. No era peligrito, como de rasguñarse un dedo. Entre la fruta encontré algo más sobre el encuentro. Encontré a un ausente. El ex presidente Carlos Salinas de Gortari, el hermano de Raul, su compañero de niño, ¿dónde se encuentra en el relato de hoy? Apenas aparece en la escena de la silla rota y el Gobierno sentado en el suelo. Pero ese cuadro no es del hermano de mi amigo, es un sitio común en la vida de cualquier mexicano.

Se ha hablado poco sobre eso, o mucho tal vez. ¿De quién se vengaba esta vez el sistema? Claro, Raul Salinas no está en la cárcel por haber matado a un compadre, está encerrado por ser hermano de un tío. Del tío de sus hijos, claro, del ex presidente de México, de ese tío.

En mi novela el ex marido está ausente, borroso, difuminado. Era a él al que perseguían y a mí a la que detuvieron. Su empresa era la inquirida, no la mía. Pero eso sí, ahí estaba yo, asomándome al abismo. Parada junto al abismo, junto al peligro, junto a su silla. Esa sí que fue mi decisión.

Qué doloroso. Ojalá logremos desausentarnos, perdonarnos. Otra coincidencia en nuestra historia. Dos ausentes.

—Perdiste algo más en la cárcel que seis meses —me dijo Raul convencido—: perdiste al marido ausente en tu relato.

¿Cómo lo supo? Nadie, nunca, de los muchos lectores de mi libro que han tratado de explicarme mi historia después de leerme, había dicho nada del ausente. Lo habían tratado como traidor, como culpable de mi encierro, incluso como víctima mía, porque según algunos "usurpé" su lugar al estar en un sitio que no me correspondía. Pero nadie lo vio como mío. Como mi ausente, mi viejo amigo perdido, mi imagen de futuro extraviada, como el marido que se arrancó de mis brazos para convertirse en un fantasma que mueve la mecedora de mi sala cada día al no sentarse en ella. Perdí al hombre que amaba.

La separación de mi esposo se convirtió públicamente en un asunto mal superado entre el papá y la mamá de nuestros hijos, pero nunca antes se leyó en ese contexto. Nunca había sido encontrado como mi ausente, sino como actor de eventos y escenarios, como abandonador, como nada que ver conmigo. Ahí empezó a fraguarse la imagen de esa bola de cristal con diamantina...

En estricto sentido, se puede decir que los ausentes no tienen la "culpa" de nuestro encierro. Es culpa del árbol, que se rompe por el lado débil. Pero ciertamente su impotencia para resolver un asunto que viene de una raíz común huele a abandono y genera distancia. La impotencia de rescatarnos tampoco debe ser muy buena compañera. Sin tener por qué, porque nuestra libertad no está en sus manos, deben sentirse culpables por no haber hecho algo a tiempo, y la culpa huele a pecado y genera distancia. No quiero imaginarme lo que se siente ser el patrocinador de una mazmorra infecta, pen-

sando en castigar a algún culpable de quién sabe qué faltas imprudentes, y encontrar a tu hermano dentro, purgando una condena que no le corresponde.

Distancia sobre distancia...

Escuchamos sólo conversaciones cortadas. Interpretamos sin tener idea de lo que se siente, de lo que hay atrás de las palabras. Después de este intenso diálogo, de encontrar a mi ausente, mi marido y yo estamos tramitando un convenio de divorcio en el que ratificamos el compromiso de amarnos y respetarnos todos los días de nuestra vida. Seguimos caminos distintos después de mi encarcelamiento, pero nos amamos y nos respetamos. Tenemos tres hijos que nos unen y somos una familia. Cuando dice Raul que los hermanos Salinas siempre han ido juntos, lo entiendo. Con todo y las distancias, los malentendidos y el dolor que un encierro nos provoca, hay amores que no se rompen así se caiga el cielo.

Se oye horrible decir que fuimos sólo víctimas de la vida y es espantoso escuchar que fuimos víctimas de la venganza. Pero así es. Así es siempre. Y al árbol roto le duele la rama que se quiebra y el pedazo de tronco que se queda.

Me acuerdo de ayer, con Caracol, leyendo a Neruda, instaladas sobre las "alturas" de Machu Picchu:

Piedra en la piedra, el hombre, ¿dónde estuvo?

Aire en el aire, el hombre, ¿dónde estuvo?

Tiempo en el tiempo, el hombre, ¿dónde estuvo?

Desde allá arriba se abre el precipicio y se siente el peligro, pero se convierte en reto que igual se disfruta. Por eso me advirtió Julia que más me vale tener cuidado con cualquier relación que establezca

con el hermano del ex presidente. Lo que me inquieta es que no necesitas ser politóloga experta para saber que todavía rondan por ahí enemigos peligrosos. Muy peligrosos.

Pero la decisión está tomada. Fue realmente gratificante para mi alma haber compartido el sábado pasado. Me encontré con un amigo, de pronto, surgido de quién sabe dónde. Desde siempre, estoy decidida...

El sábado por la tarde me vi irme y lo vi quedarse. No fue mucho más fácil que verlos irse cuando me quedaba. Pareció el mismo sentimiento revuelto, lleno de incapacidad, de imposibilidad, de incompetencia y de impotencia. Nudo en la garganta, agua en los ojos, piernas automáticas que llevan a la calle o a la celda sin remedio, sin voluntad, siguiendo un camino trazado por otro que nos manda. Iba apretando el paso en los pasillos fríos y oscuros, de candado en candado, de libreta en libreta, de puerta en puerta. Los candados tardan años en abrirse y nada en cerrarse de nuevo. El último de los candados se cerró con una violencia infinita.

Salí corriendo hacia algún lado, pero me equivoqué y no encontraba el coche de Lalo. Me paré en medio del estacionamiento y observé. No podía hablar, así que cuando lo vi, me subí al coche en silencio y esperé que arrancara y comenzara el camino de regreso. No fui muy educada ni cortés, pero si hubiera abierto la boca hubiera estallado en llanto. Había un torrente de imágenes en mi garganta.

Leí, leí, leí. Finalmente dije algunas cosillas para no ser tan grosera, entre página y página decía algo sin despegar los ojos del libro autografiado que me había regalado el nuevo amigo. Lalo dijo que lo mejor que tiene el ingeniero son sus hijos. Eso le da una ventaja, un privilegio, un descanso, un respiro. Su mujer también lo viene a ver cada semana. Cuánto más difícil debe ser para ellos verse irse y verlo

quedarse. Cuando uno habla poco, es más fácil pensar mientras escucha. Yo escuchaba al mismo tiempo el ruido del viento, las palabras del cuento y los latidos profundos de mi corazón apachurrado y feliz al mismo tiempo. El nudo en la garganta es confusión. No tengo duda. Es de ideas líquidas y frías que resbalan de arriba, de la cabeza, que arman turbulencia cuando encuentran el agua tibia de las lágrimas que sale del corazón. Estoy segura de que las lágrimas salen del corazón, pasan por la garganta (cuando no hay nudo de agua fría que surge de la cabeza) y llegan a los ojos para dejar salir del cuerpo el dolor. Las lágrimas de alegría siguen el mismo camino, nomás que son más raras de encontrar.

Llegué a mi casa y me puse a escribir como una loca. Las palabras salieron de mis manos liberadas, de mi mente abierta, de mi encuentro contigo y conmigo.

Por la mañana de hoy, me llamó el colega con quien desayuné ayer. Volvió a comentarme que me encontró radiante, llena de vida, de pasión, de encanto. Así me siento un poco. Pasos suaves, livianos, firmes, pesados. Padre e hija, hermano y hermana, madre e hijo, amigo y amiga, prisionero y ex reclusa, libres y rehenes. Me siento contenta. Ya sé que nada es permanente, que mis encuentros conmigo se vuelven desencuentros a cada rato, que hay todavía mil y una cosas inexploradas, mil y una culpas no pagadas, mil y un complejos de culpa, mil y una envidias, y mil y un candados. No importa.

No importa nada. Mañana será otro día. Habrá otra oportunidad de soltar mis silencios desde mis manos que escriben sin parar cosas del alma. Habrá más Ilíadas y Odiseas, menos Kiplings (espero); más Neruda, Pessoa y Benedetti; más canciones de Pedro Infante y Jorge Negrete; y habrá sopa de fideo, cuentos de libertad y noches de insomnio. Pero hoy no importa nada. Nada más que haber escrito esta historia. Nada más que haber abierto el alma en un suspiro. Nada más que haber sacado un grito liberador. Nada más que un inmenso agradecimiento a la vida por ponerme aquí ahora, ahí entonces. Doy gracias por el día, por las noches de insomnio que pasé escribiendo, por el sábado, por el domingo, por el lunes, por cada semestre de mi vida, por hoy.

Hablando de hoy, más vale que me ponga a trabajar. Hay diez millones de pendientes en mi bandeja de salida.

No sé qué va a pasar mañana, pero no importa. Hoy es hoy, y conmigo o sin mí, mañana seguro será mañana.

critio cant be corfu. Placks units que notice abiecto el chica co un suspico. Placks note que hisper en ado un grito liberad en Placks units que un innatenso agradecimiento e la vista por ponervae aqui abioca, ald entonces. Uny grades por el cita, por las noches de insemino que past escribire da, por el albado, por el sian ungo, por el times, por cada estrocere de un vida, por tory.

Hablando de ling ands vale que mi pongan subsida l'es dua millonis de pendiennes en mi breades de salubs

y god es yaft actoymican neep arement taag also hay to old soldaan best onlyes another and mit is symmes

XXVIII. RAUL. NADA SE QUEDA PARA SIEMPRE

El sábado pasado estaba yo muy a mi agrado y, de pronto, Alejandra decidió que quería irse. Hubiera preferido que se quedara aún más. Habíamos pasado cinco horas de reflejos del corazón.

Por un instante quise detenerla. Pero, si nada se va a quedar para siempre, entonces era necio forzarla a que se quedara unos momentos más. Hay que aprender a dejar ir, siempre.

En la cárcel de alta seguridad, a las pocas semanas de estar preso me llegó el mensaje de una verdadera dama, de una mujer que era todo corazón, se llamaba Soumaya. Ella ya murió. Sus amigos le decíamos Sumi. Sumi murió joven, vivió con mucho esfuerzo, con mucho dolor una enfermedad crónica de los riñones por la cual luchó mucho toda su vida. Sin embargo, nunca le vi un mal gesto, siempre tenía una sonrisa generosa y palabras positivas y de aliento.

Estando yo en el área de máxima seguridad de la cárcel, Sumi me mandó un mensaje de aliento que venía con toda la generosidad de su corazón haciéndome llegar el libro de Viktor Frankl *El hombre en busca de sentido*. Sumi me invitaba con su generoso y oportuno mensaje a que le diera sentido a mi vida aun en las condiciones más ad-

versas. Viniendo de ella, el mensaje tenía una carga de valor, de valentía, inigualable porque ella luchaba todos los días por la vida, sin quejarse.

Hace casi diez años que estoy buscando sentido no sólo a este encarcelamiento, sino a mi vida toda. Me siento mejor. Soy mejor: tengo tanto que dar. Pero no sólo con la cabeza, porque la cabeza se distrae, sino con el corazón que no descansa ni un segundo durante nuestra vida. Por mi parte, tengo mucho que dar.

En Alejandría hay una piedra que canta y es mía: tengo mucho que dar. Hace ya un buen número de años, no sé cuántos, empecé a decirme que mi meta en la vida era llegar a ser un viejo sabio. No ambiciono ser un hombre poderoso, o millonario, al final de mi vida; pero sí un ser en paz y que trasmita paz, sabiduría.

De las imágenes de mi infancia que vienen a mí, quizá la más fuerte sea el autorretrato de Leonardo, ya viejo, infinitamente sabio. En ese rostro de Leonardo veo el paso de la vida, la edad de la humanidad. Digamos que me gustaría tener no mis años, sino la edad de la humanidad, y su sabiduría. Leonardo, que seguramente estaba muy ocupado en mil y una cosas de su tiempo, se dio el tiempo a sí mismo de observar con cuidado la naturaleza que lo rodeaba, y se regaló instantes de imaginar el futuro de su tiempo. Miraba con detenimiento cada cuerpo expuesto, cada historia de cada persona: sus cuerpos muertos plagados de su historia. Me dice su mirada que empezó a tener la edad de la humanidad cuando se vio en la historia de cada persona. Cuando se pudo reconocer él como todos los hombres, como todas las mujeres.

Yo he sentido, al hacer el amor, hacerlo como la primera pareja amorosa, en la primera cueva, con el primer fuego. Quiero estar frente al espejo de las mujeres y los hombres. Me quiero siempre enfrentar a mí mismo. Como decía Viktor Frankl, si me pregunto quién soy y qué hago aquí, empiezo a crecer.

El espejo es siempre una búsqueda constante y el espejo siempre es el otro. Como Alejandra lo ha sido este sábado para mí. Hay que detenernos, cada quien, para escuchar lo que se dice y me dice Alejandra. Me gusta lo que soy cuando me veo en Alejandra. Alejandra es hoy el espejo de mi encierro; el reflejo de todo lo que he aprendido en esta dura experiencia. Somos donde el corazón se refleja.

El sentido de la vida está en ser lo que se es, y el camino está en el dar. A mis hijos, que son dos, a mi mujer amada, a mi amiga Alejandra con quien codo a codo somos hoy más que dos; a los demás. Dar lo mejor de mí mismo: yo.

El sentido de la vida, para mí, aquí en la cárcel y su crueldad, ha sido viajar sin visa ni pasaporte al país donde el corazón se refleja. Nada mejor entonces que retomar mis palabras de la boca de mi amiga Alejandra:

"Ya sé que nada es permanente, que mis encuentros conmigo se vuelven desencuentros a cada rato, que hay todavía mil y una cosas inexploradas, mil y una culpas no pagadas, mil y un complejos de culpa, mil y una envidias, y mil y un candados. No importa. No importa nada. Mañana será otro día. Habrá otra oportunidad de soltar mis silencios desde mis manos que escriben sin parar cosas del alma."

Como dice Alejandra: la decisión está tomada...

De pronto Alejandra abandona su asiento frente a mí, y dice que ya es hora de irse. Escucho que dice que "es hora", pero yo siento en mi corazón que escoge irse. No me atrevo a preguntarle si va a volver. Es algo que nunca sé, de nadie.

Camino unos pasos hacia la puerta de la celda. Llamo a los custodios. Espero a que vengan a abrirnos con la paciencia de siempre.

La acompaño por el pasillo, le paso el brazo sobre los hombros para que sepa que después de estos diálogos de un día ya la quiero.

Entiendo que deba irse y la dejo marcharse sin ningún aspaviento. La dejo ir; porque siempre hay que saber dejar ir, todo, incluyendo lo que ya se quiere.

Almoloya Septiembre de 2004 ESTA EDICIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 22 DE AGOSTO DE 2005 EN ACABADOS EDITORIALES INCORPORADOS, S.A DE C.V. ARROZ 226 COL. STA. ISABEL INDUSTRIAL C.P. 09820, MÉXICO, D.F.

RAUL SALINAS DE GORTARI ALEJANDRA ZORRILLA MARTÍNEZ



Diálogos de un día es una obra inclasificable: más allá de la correspondencia intercambiada entre dos almas, hermanadas por la experiencia de la cautividad, se trata de un experimento, un ejercicio de vuelo a gran altura donde otros han erigido cercas, rejas, límites...

Alejandra Zorrilla Martínez y Raul Salinas de Gortari, ambos enfrentados a las veleidades del sistema jurídico y político que impera en México, han sobrepasado los márgenes de varios géneros —la epístola, el diario, el ensayo— y ofrecen en 28 entregas el retrato de un momento en sus vidas: intangible pero opresivo, impreciso aunque real, sombrío a la vez que deslumbrante en la carga de humanidad que representa para estas dos sensibilidades.

A partir de la difundida circunstancia de Raul Salinas de Gortari, Alejandra Zorrilla Martínez revela una vivencia paralela que permite la reflexión acerca de la condición carcelaria y, más aún, sobre el ejercicio de la libertad en situaciones particularmente adversas. Recuerdos, alusiones, guiños, pero ante todo un diálogo entre dos inteligencias frente al temor y la sinrazón, que no dejará inmune a quien lea.



